

MAX NORDAU

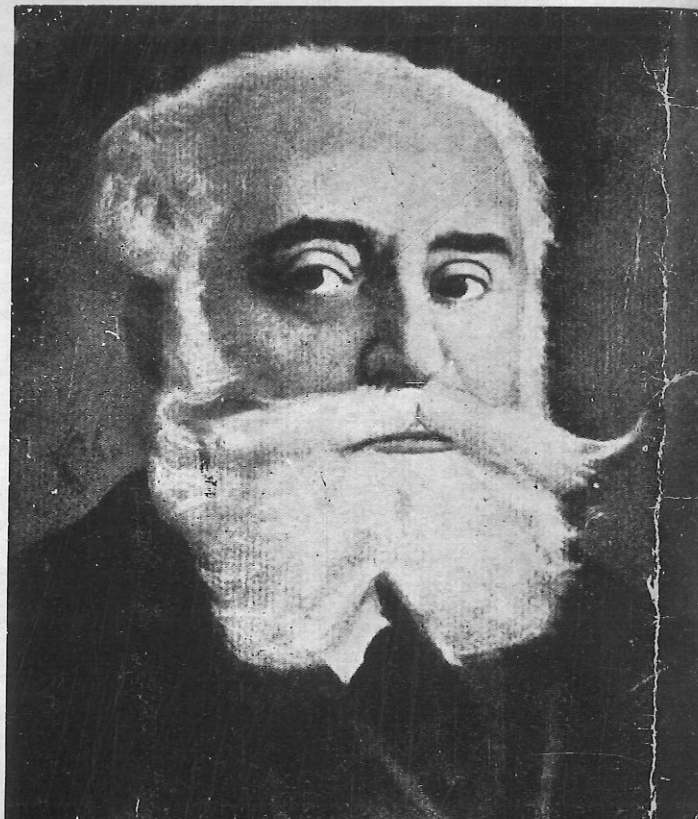
J U D A I S M O Y H U M A N I S M O



\$ 2.50 m/arg.

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

M. GLEIZER
E D I T O R
Buenos Aires, 1943



**BIBLIOTECA POLITICA
CONTEMPORANEA**

- Vol. I. Marcelo T. de Alvear:
Democracia.
- Vol. II. Carlos Saavedra Lamas: *Por la Paz de las Américas.* Premio Nobel de la Paz. 1936.
- Vol. III. Vicente C. Gallo:
Desde la tribuna.
- Vol. IV. Mariano de Vedia y Mitre: *En nombre de Buenos Aires.*
- Vol. V. Ricardo Levene: *Política cultural argentina y americana.*
- Vol. VI. Roberto M. Ortiz:
Ideario democrático. (A través de la República).
- Vol. VII. Gabriel Terra: *La revolución de marzo.*
- Vol. VIII. Miguel Angel Cárcano: *Realidad de una política.*
- Vol. IX. Eduardo Laurence-
na: *Centralismo y federalismo.*
- Vol. X. Antonio Sagarna:
Urquiza.
- Vol. XI. Adrián C. Escobar:
Ideas de gobierno y política activa.
- Vol. XII. Carlos M. Noel:
Principios y Orientaciones.
- Vol. XIII. Getulio Vargas:
La Unidad Brasileña.
- Vol. XIV. Héctor R. Baudon: *El Estado de Sitio.*
- Vol. XV. Camilo F. Stanchina: *Política criminal.*
- Vol. XVI. Marcelo T. de Alvear: *¡Argentinos!*
- Vol. XVII. Correas Edmundo: *Por la Cultura de Cuyo.*

JUDAISMO Y HUMANISMO



BIBLIOTECA DE TEMAS JUDIOS

(TOMOS PUBLICADOS)

ISER GUINZBURG. — *El Talmud.* — Traducción del idisch de Salomón Resnik.

ABRAHAM CORALNIK. — *Gentiles y Judíos.* — Traducción del idisch de Salomón Resnik.

ISRAEL ZANGWILL. — *El Rey de los Schnorrers.* — Traducción del inglés de Manuel Goldstraj.

BELLEZAS DEL TALMUD. — Versión de R. Cansinos-Assens. Prólogo de José Mendelson.

ANECDOTARIO JUDIO (Folklore, humorismo y chistes). — Selección y Prólogo de Lázaro Liacho.

NORDAU, MAX. — *Judaísmo y Humanismo* . . . \$ 2.50



ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

PRÓLOGO

de LAZARO LIACHO

I

Max Nordau nació en la ciudad de Pest el 29 de Julio de 1849 hijo de Gabriel G. Asser Jüdfeld, erudito judío de origen sefardi. En unos apuntes autobiográficos escritos en 1909, refiere Max Nordau: "Muy poco faltó para que yo fuera una víctima de acontecimientos políticos, antes de que naciera". La historia es la siguiente: Tres semanas antes de llegar al mundo Nordau, sus padres debieron huir de la casa que habitaban y ocultarse en la de un campesino. En las calles de Pest se producían encuentros armados; tenían lugar las últimas luchas por la libertad, iniciadas en el año 1848. Dos noches trágicas pasaron sus progenitores, ocultos en aquella casa, dentro del bosque, solos y sin ayuda.

"Mi madre se inquietó pensando que me abortaría —cuenta Max Nordau—. La fortuna dispuso de otro modo. El destino no me ahorró las pruebas y las responsabilidades de la vida".

Apenas nacido, su padre se marchó a la ciudad a cumplir su tarea como maestro de estudiantes de primeras letras. Sobre la mesita instalada junto al lecho de la parturienta, que se quedó

PRÓLOGO

sola con el niño recién nacido, colocó una jarra y un pedazo de pan, para que ella tuviera con que mantenerse.

Este fué el primer amanecer de Max Nordau en el mundo.

Estudiante, periodista, médico, el curso de su vida presenta los altibajos de un hombre modesto que se dispone a triunfar. Su esmerada educación judía, queda olvidada durante largos años en su existencia, como una reserva, que luego le ayudará a vivir y a sufrir. Recorrió las ciudades y pueblos más importantes de Europa; enviaba nutridas correspondencias de viaje, descubría la naturaleza, el hombre, la multitud, la humanidad y las contradicciones de la vida. Quiso ver la doble cara, y especialmente la cara oculta de las cosas, para identificar el verdadero curso de los sucesos humanos. Fué, volvió; de Pest a París, a Moscú, a Londres, a Berlín, a Viena, a San Petersburgo, a Madrid, a Pest a París... Se radicó definitivamente en la metrópoli central del mundo civilizado. Así lo había dispuesto él si bien los hechos que Nordau preveía, le obligaron en 1914 a buscar refugio en otros puertos. Las pruebas que le impuso el destino fueron múltiples. En cuanto a la estragadora cobardía de "fin de siglo", esa enfermedad de la que aún no se curó Europa, él supo enfrentarla con su obra, con su lucha abierta, con su llamado a la realidad. A los treinta y tres años, su nombre se difundió súbitamente por el mundo, y no porque cargara la cruz, sino porque empuñaba una tea. Su mundo era la tierra, y él denunció los males terrenos sin prometer el reino de los cielos. Contando los mismos años que tenía Cristo cuando ascendió al cielo abandonando a su pueblo, Max Nordau asumía su papel de hombre, defendiendo el destino de la vida y los fueros humanos. Demolía para enseñar a ver en la claridad. Europa estaba tremendamente confundi-

PRÓLOGO

da. Los elementos ideales habían sido encadenados al curso de la economía, de lo utilitario. La prédica de Max Nordau no despertó las simpatías de la clase dirigente. Fué excomulgado por todo círculo de gente encumbrada. Gracias a esta circunstancia pudo recuperarlo su propio pueblo, su pueblo pobre y perseguido. Teodoro Herzl fué su Virgilio en el reencuentro.

Desde temprana edad, Max Nordau había perdido su fe religiosa. Pero en una de las cartas que dirigiera desde Basilea —en ocasión del primer congreso sionista— a su esposa Ana (née Dons), "a la valiente compañera en la tormenta de la catástrofe mundial", le expresa la enorme admiración que le causó en la sinagoga de la ciudad, la aparición de Herzl, envuelto en los amplios pliegues del taleth. Veinte años más tarde, Nordau llevó sobre sus hombros el manto ritual. "Max Nordau —refiere en una página conmovida nuestro bienquerido Rafael Cansinos - Assens—, pudo asistir a un hecho memorable que reanudaba los hilos rotos de la historia y cerraba maravillosamente las heridas del tiempo vulnerado. Me refiero a la inauguración de la primera sinagoga israelita, establecida en Madrid, desde la época del éxodo. El doctor Max Nordau asistió a ese acontecimiento histórico, lo consagró con su elocuencia, lo realzó con evocaciones oportunas de la inmensa historia de Israel, ofició en los actos rituales revestido de la estola simbólica. El nuevo oratorio fué bautizado con el nombre de Midrack Abarbanel, en homenaje a su estirpe, que se ilustra con la venerable figura de don Isaac de Abarbanel, el noble y magnífico prócer que con gesto mosaico, condujo al destierro a las greyes exiladas. El doctor Nordau, se encontró aquí rodeado de correligionarios entusiastas, pudo ser acogido con palabras fraternas, en un hogar étnico, vió refulgir las lám-

paras victoriosas de Januca, en el mismo suelo en que las encendieron sus abuelos remotos, como un invencible presagio, y unió su voz senil a las jóvenes voces que entonaban los jubilosos himnos del retorno. Y hasta — admirable trasunto de la danza de Miriam — ¡danzó! ¡danzó no obstante sus setenta años, oh juventud eterna! ante el nuevo tabernáculo, como David un día ante el arca de cedro...”

Desde Madrid, emprendió Nordau un viaje a Segovia para comprobar si existía la casa de sus antepasados. Efectivamente: ella seguía en pie. Entonces evocó recuerdos que le contara su padre: sus antepasados, al salir de España, enterraron las armas bajo el umbral de la casa. Nordau hizo remover aquel sitio y halló, en efecto, las armas en el lugar señalado.

Nordau fué el último profeta de Israel, el Jeremías de nuestro tiempo; su voz resonó en nuestros oídos como la voz de un viejo maestro, de un portador de mandamientos. Su último deseo fué que lo enterraran envuelto en la túnica de oraciones.

II

Max Nordau fué un gran escritor y un pensador de renovadora energía. Durante su larga vida ejerció ininterrumpidamente de crítico literario y de arte, novelista, dramaturgo, cuentista, periodista y orador; dominó con igual maestría todos los géneros literarios, y aún la poesía, que le abrió camino en su juventud. A los catorce años publicó su primer poema, y sin embargo, su prosa rotunda y cortante encubrió luego para siempre al poeta que latía en él, a tal punto que Rubén Darío creyó que nunca hubiera existido; Nordau mismo era la “idea fuerza” que estructuraba el armazón de su teoría. Necesitaba estar

en contacto con todas las cosas y los hechos del mundo, porque su dinamismo no sabía de restricciones. Era un erudito, un hombre de ciencia; hablaba todas las lenguas europeas. Sus energías eran inagotables, como su voluntad, como su temperamento combativo. A todas esas cualidades que valoraban su personalidad sugestiva, les imponía el rigor en el razonamiento, la originalidad en la visión, el fuego vivo en el idioma, la libertad en el estilo, el coraje en decirlo todo y la dignidad en ser fiel a sus convicciones arraigadas.

Las ideas de Max Nordau eran precisas, claras, sintéticas. No fué un tanteador de teorías. Supo adonde iba, y ocupó por propios méritos las filas más avanzadas del pensamiento de su época, esgrimiendo las teorías más revolucionarias en el orden progresivo de la humanidad. Nunca fué un pensador enclaustrado en fórmulas convencionales, en moldes estrechos; él seguía el ritmo de la historia, el proceso de evolución marcado por el tiempo. Era un pensador honrado, creía en su tesis, y no forzó las conclusiones de sus análisis, ni quiso divulgar sus opiniones por la propaganda o por la fuerza. Era un espíritu respetuoso de la lógica; su razonamiento era viril y elocuente como el apóstrofe; su voz recibía el calor de lo humano, el acento vibrante de los profetas, la claridad de los libros sagrados. Denunciaba con ardido afán las cosas del presente, y luchaba con fe por los derechos del porvenir. Su discurso expresaba la hondura de su erudición, la confianza de su orgullo y la irreductibilidad de sus esperanzas. Era un gran espíritu, un alma ardiente, uno de los más altos valores entre las personalidades de su tiempo. No fué hombre para apartarse en torre de cristal; sus libros le atrajeron tremendas enemistades, agrias polémicas, odios furibundos, persecuciones enojosas y molestas.

Sus obras interesaron igualmente a todas las culturas universales, se tradujeron a las lenguas más difundidas, inquietaron a los espíritus alertas. Y se explica. Max Nordau era original. Fué el clínico de Europa, y sus ideas gravitaron poderosamente sobre el pensamiento europeo desde 1893 a 1914. Lo fundamental de su trabajo lo extractó en su estudio de lo más oculto, palpitante y sangriento que recorría el mundo. Nordau solo, sin grupos ni camarillas que lo defendieran o estimularan, arremetió conscientemente contra la pusilanimidad, la hipocresía, el escepticismo moral y la verdad enmascarada. Su crítica fué inexorable, casi siempre violenta y explosiva, si bien purificadora. ¡Cuánto valor se necesita para decir las verdades que él difundió! Poetas, gobernantes, reyes, políticos, artistas, escritores, estados, épocas, procesos, generaciones: todo lo humano que arrastra el curso de la historia fué analizado por Nordau y muy poco de ese vasto conjunto mereció su estimación o su aplauso. Y sin embargo era generoso. Es que no era él, el hombre de carne y hueso, quien sufría al ver traicionado el destino del mundo: era su espíritu profético, su herencia, en una palabra: su misión. Su profundo sentido de la realidad de las cosas, que en él era un instinto, no fué un regalo divino para que viviera tranquilamente en la tierra; él estaba señalado para decir la verdad con su acento acorazado y sincero. Su palabra está viva, porque ella sigue ardiendo en la pasión y en el ideal, en el amor y la belleza, en lo verdadero y lo humano que ya forma parte del proceso de continuidad histórica.

III

El mundo presente ha confirmado que Max Nordau tenía razón. "El crepúsculo de los pueblos" denunciado por él, ese

desgraciado "fin de siglo", el agotamiento, la agonía de una sociedad entera, la descomposición de un periodo de la historia que llega a su fin: esa corrupción organizada que Nordau se empeñó en descubrir ante el mundo civilizado, es un hecho dolorosamente palpable en los días que corren. La gente rica que formaba el gran mundo de histéricos y degenerados; el misticismo, el egotismo; los espíritus profundamente atávicos, enamorados de la edad media, como los prerrafaelistas y simbolistas; la postura engañadora del "modernismo" con que los literatos del decadentismo disfrazaron sus tendencias reaccionarias, fueron combatidos por Nordau en combate leal, a cara descubierta. Ese mundo en descomposición permitió que se encumbraran los locos, y que se proclamara a "Los Hermanos Karamazoff" como la Biblia del presente. Nordau reclamaba un saneamiento moral, la vuelta a las fuentes morales, contra la soberanía del "yo". Unamuno no podía comprender a un hombre así. Se indignaba que Benedetto Croce lo mentara en su "Historia de la Estética". Nordau se refería a sí mismo en circunstancias de excepción; nunca alzó un canto a sí mismo; Unamuno, en cambio, convertía su yo en el centro del mundo. España yace hoy bajo la bota de un caudillo egotista a causa de la enseñanza de los cultores de la personalidad, que propagaron el virus de ese culto peligroso y trágico. Oswald Spengler quiso acomodar la cultura al sello de un protagonista en el proceso histórico. Los males que Nordau denunció y que no curamos a su tiempo, se nos han vuelto ahora ríos de sangre. Nordau no se había equivocado:

"El alma alemana — dijo — ha sido metódicamente pervertida, desmoralizada por la enseñanza, la administración, la literatura, la propaganda, el fraude intencional astutamente or-

ganizado, el terrorismo escolar, oficial, social. El pueblo alemán goza con su esclavitud. Se siente orgulloso, pues sus maestros han sabido darle nombres lisonjeros. La librea se llama uniforme; la servidumbre organización; la degradación abyecta de la personalidad humana, disciplina; el renunciamiento a todo derecho, a toda dignidad, a todo carácter, abnegación heroica”.

IV

“El Max Nordau que se presenta ante el mundo judío y no judío, después de haber sido tocado por la gracia de la idea nacional judía — dice el maestro Dante Lattes—, fué un Nordau completamente diferente: un Nordau formador de espíritus, un talento optimista, soñador, romántico, que se entregó a recrear los valores históricos. Se podría decir también que iba a demoler la más persistente y la más burda de las mentiras convencionales, que había durado dos mil años, con el objeto de detener la degeneración de un pueblo. Era esta la faz positiva de su carrera”.

La tesis sionista de Max Nordau puede resumirse en el siguiente texto:

El deber de todo ente racional consiste en rodearse de condiciones de vida que le proporcionen la posibilidad de realizarse a sí mismo. Un pueblo es también un ser vivo y pensante. También en él puede producirse un deseo de realización propia; también en él puede surgir el propósito de crear condiciones de existencia que no traben el escape de su vida interna hacia el exterior. ¿Y no es, acaso, el pueblo judío un pueblo? ¿Y no es, acaso, la vida independiente en un territorio propio la condi-

ción más adecuada para la realización propia del alma de un pueblo?

Aún cuando Rubén Darío incluyó una semblanza de Max Nordau en su libro “Los Raros”; aún cuando José Ingenieros le dedicó un largo capítulo de su obra “Crónica de Viajes”, y Juan José de Soiza Reilly le consagrara dos páginas de “Caras y Caretas” con fotografías originales de ambiente familiar; a pesar de los cientos de artículos que Nordau publicó en “La Nación”; a pesar de que la mayor parte de sus obras circula traducida al castellano; si bien Horacio Quiroga y Roberto F. Gius-ti, utilizaron, al iniciar la carrera literaria, el nombre del protagonista de “El Mal del Siglo”, — Guillermo Eynhardt — que simboliza, según Nordau, “alta idealidad, elevada concepción moral, pureza de sentimientos, carácter íntegro y noble anhelo de descubrir la verdad”, — lo cierto es que, en nuestro país, la gloria literaria del autor de “Las Mentiras Convencionales de la Civilización”, “El Sentido de la Historia”, “Degeneración”, “Biología de la Ética” y “La Esencia de la Civilización”, quedó rezagada tras el tiempo que corre y descubre nuevas fuentes en el pensamiento del hombre, nuevos valores en la ciencia, nuevos conceptos en la vida, nuevas fuerzas en la naturaleza. En cambio, la memoria de Max Nordau judío y humanista, permanece inmutablemente cálida y arraigada en el corazón de sus “hermanos en Israel” y en el de sus “hermanos en la Humanidad”. Judaísmo y Humanismo, no fueron de los “ismos” a los que Max Nordau fustigara.

V

Al reunir y ordenar los discursos y artículos que forman este libro, me fué dado repasar, y releer gran parte, de los es-

critos de Max Nordau aparecidos en "La Nación". Son piezas acaloradas, vigorosas, en las que el autor nunca escapa a su tema. Sus conocimientos son tan numerosos, y su memoria es a tal punto prodigiosa, que en sus escritos se mantiene estrictamente subordinado a la dilucidación del tema elegido, sin permitirse digresiones. Muchos de esos comentarios los recordaba yo todavía, tal la impresión que me causaron en la lejana primera lectura. Ahora van aquí, y me conforta verlos nuevamente impresos, corriendo su destino en un libro. Al exhumar estas págnas, sentí la emoción que sólo aviva el afecto filial, y Maxa, la hija adorada del Maestro, lo comprenderá sin duda. Padre nuestro es Max Nordau, y su nombre y su obra inmortal, son el escudo invencible en el movimiento de la resurrección del pueblo judío.

Algunos de los artículos que van a leerse, electrizan la sangre, desesperan, confunden nuestros sentimientos y nuestras ideas. ¿Así era la humanidad de "fin de siglo"? ¿Siguió siendo así durante la guerra Europea? ¿Lo fué también en la postguerra, hasta la muerte de Max Nordau, en el año 1923? La humanidad ha empeorado todavía. La criminalidad actual supera el amargo diagnóstico de Nordau. La guerra de hoy, denota un carácter de criminalidad a tal punto desenfrenado, que ya no es posible creer en la salvación del género humano. Es casi seguro que no sobrevivirá un sólo judío en la Europa naziificada — ¡los nazis sueñan aún con masacrar a todos los judíos del mundo! — pero con o sin judíos, la humanidad queda tarada, amputada, barbarizada, eternamente. ¡Los treinta mil judíos de Varsovia, —los últimos civiles, mujeres, niños y rabinos de aquel ghetto—, tienen derecho a ser llamados héroes, a

ser cantados como héroes, a immortalizarse por la suprahumana heroicidad que los llevó a morir matando! — ¡No hay Alcázar en el mundo como el heroico ghetto de Varsovia! Max Nordau debe sentirse satisfecho de sus judíos. ¡Ay, falta su voz para confundir el silencio culpable del mundo!

Mayo de 1943.

LAZARO LIACHO

J U D A I S M O

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PRIMER CONGRESO SIONISTA

Los oradores delegados de los diferentes países expondrán ante Vds. detalladamente la situación de nuestros hermanos en sus respectivos países. Ya he consultado algunos de esos informes, pero, aún de aquellos países sobre los que no me informaron mis colaboradores, tengo cierto conocimiento por mi observación directa y de diferentes fuentes, al extremo que no exagero si me creo en el derecho y con la suficiente capacidad para exponer ante Vds. un cuadro general de la situación de los judíos en los últimos años del siglo XIX.

Semejante cuadro se puede pintar con un solo tono. En todo lugar donde los judíos habitan entre los pueblos en número mayor del común, reina para el judío la miseria. No es éste un mal general que, como otros tantos, aqueja a la humanidad, no; es una calamidad especial que persigue a los judíos no como a seres humanos, sino porque son judíos.

Este mal presenta dos aspectos: uno material y el otro moral. En la Europa Oriental, en el Norte de Africa, en Asia Occidental, precisamente en los países donde está radicada la gran masa judía, —casi nueve décimas de nuestro pueblo—, allí hay que considerar la miseria en que vive

el judío en su sentido real; es una miseria física y diaria; la preocupación y el temor por el día de mañana. Una lucha penosa, agobiadora, por asegurarse la existencia.

En la Europa Occidental, la lucha por la existencia se ha aliviado algo para los judíos. Empero últimamente "el ojo experimentado" nota la tendencia de dificultarla nuevamente también aquí. El problema del pan y del techo; el problema de la seguridad de vida y de la tranquilidad personal, no les ocasiona tantos sufrimientos. La miseria en estos países es más bien moral. Se manifiesta en las humillaciones que ofenden diariamente el sentimiento de dignidad y el amor propio del hombre; se manifiesta en la opresión grosera de querer ahogar las aspiraciones espirituales a que tiene derecho todo ser humano.

En Rusia, donde el número de la población judía sobrepasa de 5.000.000 y es la patria de más de la mitad de los judíos, los derechos de nuestros hermanos son limitados. Solamente una secta judía, poco numerosa, la secta de los "caraítas", goza de los mismos derechos que los súbditos cristianos del Zar; al resto de los judíos le está prohibido la residencia en la mayor parte del país. El derecho de transitar y moverse libremente es concedido tan sólo a un número determinado de judíos, como ser: los comerciantes de "primera guilda", los diplomados universitarios y otros por el estilo. Sólo pueden incorporarse a la primera "guilda" los comerciantes ricos; y muy pocos judíos son ricos en Rusia. Pocos judíos logran ser favorecidos con un diploma universitario, pues los institutos oficiales de enseñanza superior reciben estudiantes judíos solamente en número muy limitado, y a los diplomados en el extranjero no se les concede

ningún derecho. Se prohíbe a los judíos determinadas ocupaciones, cuyo ejercicio es permitido a todos los cristianos en Rusia. Estos desafortunados judíos viven confinados en algunas gobernaciones donde no pueden desarrollar su capacidad. Las fuentes de instrucción oficial les benefician mezquinamente y, las propias fuentes, no están en condiciones de rendir beneficio debido a la pobreza extremada de la masa judía. Aquél que puede emigrar deja el país a fin de encontrar en el extranjero el aire y la luz que le son vedados en su propia patria; en cuanto al que no es lo suficientemente joven o no tiene bastante valor para hacerlo, queda en su prisión y vegeta allí en la pobreza espiritual, moral y física.

También en Rumania, habitada por un cuarto millón de judíos ellos carecen de derechos humanos. Pueden vivir únicamente en las ciudades y se hallan a merced del gobierno y a veces hasta de funcionarios inferiores. De tiempo en tiempo caen en manos del populacho, que los despoja y asesina, y viven en las peores condiciones económicas. Nuestro relator especial de Rumania calcula que la mitad de la población judía de aquel país carece de todo medio de vida.

Aterra el cuadro que el informante de Galitzia expondrá ante nosotros. El 70 % de los 772.000 judíos de Galitzia se encuentra en la indigencia absoluta, gente cuya pobreza es su profesión, vagan pidiendo limosna, sin conseguirla las más de las veces. No quiero referirles otros detalles. ¿Para qué hacerles sentir, por adelantado, el espanto que ello provocará en Vds.?

En cuanto a la situación en Austria Occidental, que cuenta aproximadamente 400.000 judíos, se nos asegura que, de las 25.000 familias judías de Viena, la pobreza de 15.000

es tan grande, al extremo que es imposible cobrarles ninguna contribución para los menesteres de la comunidad. De los 10.000 contribuyentes, 90 % pertenecen a la categoría de pobres y tres cuartos de los mismos no están en condiciones de cumplir con las cuotas que se les asigna. La legislación austriaca, a diferencia de la rusa y rumana, no establece distingos entre judíos y cristianos. Pero los que tienen en sus manos las riendas del gobierno, contemplan con indiferencia la ley y la consideran letra muerta. La exclusión de los judíos que la nueva legislación anuló, vuelve a renacer debido al hábito. Dicha excomunión dificulta la existencia de los judíos y dentro de poco las posibilidades de subsistencia serán absolutamente imposibles.

De Bulgaria nos llegan los mismos gemidos desgarradores: la legislación justiciera, no hace distingos de derechos a causa de diferencias religiosas, pero el gobierno la desconoce sistemáticamente; en todos los círculos reina el odio a los judíos; la pobreza y la miseria los agobia y no hay esperanza de alivio.

En Hungría los judíos no se quejan. Poseen ampliamente todos los derechos; tienen derecho al trabajo, a la propiedad y su situación mejora constantemente. Empero esta feliz situación no cuenta aún con suficiente tiempo como para permitir a la mayoría de los judíos elevarse de la miseria en que están hundidos. Por consiguiente tampoco en Hungría llega aún a una posición mediana. Agréguese a ello que también en Hungría, el antisemitismo fermenta cautelosamente; estallará en la primera oportunidad cometiendo grandes horrores.

De los 150.000 judíos marroquíes y de los judíos de Persia, cuyo número me es desconocido, no puedo hablar. Los más pobres de ellos ya no tienen fuerzas para luchar contra su miseria. La soportan resignados; no se quejan y nuestra atención hacia ellos despierta cuando el populacho invade sus ghettos para robar, violar y asesinar.

Los países a que acabo de referirme encierran el destino de más de 7.000.000 de judíos. En todos, menos en Hungría, los oprimen por medio de la restricción de derechos y el odio oficial o social; los reducen a la situación de proletarios y mendigos, sin dejarles siquiera la esperanza de elevarse del bajo nivel económico por el doble esfuerzo individual y público.

Las personas "prácticas", las que se abstienen de toda "fantasía improductiva" y que orientan sus aspiraciones a lo más inmediato, piensan que la anulación de las limitaciones de derechos pueden eliminar la miseria judía en la Europa Oriental. Galitzia se encarga de desmentir tal opinión y no solamente Galitzia. La cura por medio de la igualdad de derechos es ensayada por todos los países de elevada cultura. Veremos lo que nos enseña la experiencia.

Los derechos de los judíos del Occidente de Europa, no fueron limitados. Ellos gozan de la libertad de desenvolvimiento y desarrollo, exactamente como sus conciudadanos dieron muy buenos frutos. Las características raciales judías, como habilidad y constancia, hubieran desaparecido del todo, —pude comprobarlo en algunas partes— si no fuera porque se alimentan de la inmigración de los judíos del Oriente. Los judíos accidentales que consiguieron los derechos de igualdad, adquirieron en poco tiempo, relativamente, hasta una posición material mediana. Por lo menos la lucha

por un pedazo de pan no cobra aspecto doloroso como en Rusia, Rumania y Galitzia. Pero estos judíos sufren otra miseria judía que va intensificándose constantemente: el sufrimiento moral.

El judío occidental tiene pan, pero no solamente de pan vive el hombre.

El judío occidental no ve amenazada su vida por el odio de las masas, pero no sólo las heridas corporales duelen y sangran. El judío occidental se imaginó la Emancipación como una verdadera liberación y se apresuró a sacar de ello todas las consecuencias. Los pueblos, en cambio, le demuestran que no tiene razón el ser tan ingenuamente lógico. La legislación con su generosidad fija las normas de igualdad de derecho, pero, los gobiernos y la sociedad reforman la aplicación de esta igualdad de derechos y la ridiculizan grotescamente, igual que el encumbramiento de Sancho Panza a Gobernador de la ínsula Barataria. El judío afirma: "Soy hombre, y nada humano me es extraño". Y oye la respuesta: "Despacio, debes valerte con cuidado de tu humanismo; careces del verdadero sentimiento del honor, del sentimiento del deber, de moralidad, de patriotismo, de idealismo y tienes que colocarte fuera de todas las reformas, para las que son indispensables todas estas virtudes".

Estas acusaciones jamás fueron fundadas sobre hechos. Cuanto más, se publica de vez en cuando, y con alegría triunfal, el caso de algún judío, vergüenza de su pueblo, y, contra todas las reglas del sentido común, se tiene la osadía de convertirlo en ejemplo típico de la colectividad entera; pero, psicológicamente, esto se explica. Tal es el camino de la conciencia humana: hallar aparentemente motivos "lógicos" para

los prejuicios que el sentimiento les sugiere. La sabiduría popular conoció desde hace tiempo esta ley psicológica y por sus procedimientos instintivos propios, la expresó en una forma llena de vitalidad por medio de este refrán: "Si un hombre quiere ahogar un perro, pregona que está rabioso". Cargan al judío todos los pecados y hábitos vituperables, porque la gente quiere demostrarse a sí misma que tiene razón en ser cruel y despiadada. Pero en el fondo queda subsistente el hecho de que los judíos son abominados y execrados.

Me veo obligado a confesar una verdad dolorosa: los pueblos que concedieron a los judíos igualdad de derechos, tranquilizaron sus ánimos sin conocer sus sentimientos. A fin de que su obra fuera perfecta, debieron liberar los propios sentimientos antes de formular la ley. Pero no fué así, sino al contrario.

La historia de la emancipación judía es uno de los capítulos más interesantes del pensamiento humano. La emancipación de los judíos no es el resultado del reconocimiento de los grandes pecados cometidos contra todo un pueblo al que se hizo sufrir, y de la convicción de que llegó el momento de expiar dicha falta milenaria; ella es nada más que la consecuencia de una reflexión geométrica que, siguiendo tras la línea recta, predominó durante el racionalismo francés en el siglo XVIII. Sin prestar atención al sentimiento vivo, y solamente sobre una base lógica, el racionalismo fijó, con la seguridad de un axioma, reglas y principios; quiso con toda energía asentar en el mundo de la realidad a estas creaciones de la razón pura. "Es mejor que se pierdan las colonias y no los principios", clama un adagio popular que

denuncia los procedimientos del sistema racionalista en política. La emancipación judía representa, a su vez, un ejemplo del uso automático de dicho sistema. La filosofía de Rousseau y de los enciclopedistas condujeron a la proclamación de los derechos del hombre. De la declaración de los derechos del hombre, los revolucionarios obtuvieron la lógica petrificada para sus conclusiones sobre la emancipación de los judíos. Plantearon un silogismo correcto; todos los hombres tienen determinados derechos naturales; los judíos son hombres; de aquí que los judíos tienen derechos naturales. Y fué así como se proclamó en Francia la igualdad de los derechos para los judíos, no como expresión del sentimiento de fraternidad a los judíos, sino porque así lo exigió la lógica. El sentimiento popular, es cierto, se ha opuesto a ello, pero la filosofía revolucionaria ordenó anteponer sus principios a los sentimientos. Perdóneseme la expresión, pues no la manifiesto por desagradecido: los hombres de 1792 nos emanciparon porque actuaban en función de conquistadores de principios.

Los demás países de la Europa Occidental imitaron a Francia, que les sirvió de modelo, no bajo el apremio del sentimiento, sino porque los países culturales sintieron cierta presión moral en aplicar también ellos las conquistas de la gran Revolución. Así como Francia en los días de la Revolución dió al mundo el sistema métrico, así creó también una especie de medida espiritual superior, que los demás países recibieron de buen grado u obligados, como unidad de medida para apreciar su grado de cultura. Todo país

que pretendía colocarse a gran altura civilizadora se vió obligado a introducir determinados cambios e instituciones que fueron creados o perfeccionados por la gran Revolución, como ser: la representación popular en el gobierno, libertad de prensa, tribunal de jurados, división de poderes, etc. La emancipación judía era también, entonces, una de las piezas finas indispensables en la administración de un gobierno de elevada cultura, como el piano que debe hallarse en un salón distinguido, aunque no haya quien toque en él. Los judíos de Europa Occidental fueron pues emancipados no por presión interior, sino por imitar la moda en política; no porque los pueblos resolvieran en sus corazones extender su mano fraternal a los judíos, sino porque los dirigentes de aquella generación, reconocieron y cargaron con el ideal de la civilización europea, reclamando que también en la constitución que confeccionaban, figuraba la emancipación a los judíos. Se exceptúa de ello solamente Inglaterra. El pueblo inglés no permite la imposición del progreso desde afuera; evoluciona por sí mismo. La emancipación judía en Inglaterra tiene un sello de sinceridad; no es solamente cuestión escrita, sino que ha penetrado en la vida. Ella maduró y existió en los corazones antes de ser confirmada por el legislador. Por respeto a la tradición, vacilaron aún en Inglaterra en anular oficialmente la limitación de derechos de los no anglicanos, en tanto que, durante toda una generación no establecieron ninguna distinción en la sociedad entre cristianos y judíos. Se sobreentiende que un gran pueblo de inmensa vida espiritual no puede librarse de las corrientes espirituales y de algún desvío moral, y es por eso que notamos también en Inglaterra casos aislados de antisemitismo. Pero

allí no es más que una imitación a la moda del Continente, que los imbéciles, por pedantería, han traído como última innovación importada del extranjero, como algo "chic", para vanagloriarse con ello ante los demás.

En general, en el informe del señor De Has, encontrarán Vds. abundantes datos sobre la situación de los judíos en Inglaterra, que nos pueden consolar y satisfacer más que los restantes que se expondrán ante vosotros.

La emancipación modificó del todo al judío y lo convirtió en un ser distinto. El judío carente de derechos antes de la emancipación era un extraño entre los pueblos, pero nunca trató de levantarse contra tal estado de cosas. Se consideró como hijo de una raza totalmente distinta, que nada tenía de común con los otros habitantes del país. No le gustó el remiendo amarillo que tenía que llevar sobre su vestimenta, pues era una especie de invitación dirigida al populacho por parte del Gobierno a cometer excesos groseros, y al mismo tiempo una consigna de que sus delitos serían justificados; pero con gusto denunció siempre su modalidad judía en forma mucho más expresiva de la que podía hacerlo la mancha amarilla. Allí donde las autoridades no lo encerraron en su ghetto, ellos solos lo formaron. El judío quiso vivir con los suyos y relacionarse con los cristianos solamente en asuntos comerciales. Cuando oímos ahora la palabra ghetto, el eco de la humillación y bajeza aturden nuestros oídos. Pero el investigador de la psicología de los pueblos y el historiador de costumbres sabe y reconoce que sea cual fuera la intención de los que fundaron el ghetto, los judíos de antaño no lo consideraron como una cárcel, sino como un refugio.

Concuerdan con la verdad histórica las afirmaciones que solamente el ghetto dió a los judíos la posibilidad de imponerse a las horribles persecuciones de la Edad Media. En el ghetto encontró el judío su mundo, era para él un asilo seguro cuyo valor moral y espiritual equivalía al de la patria; allí estaban los compañeros entre los cuales quería valorarse, quería y podía; allí reinaba la opinión pública, cuyo conocimiento apetecía su amor propio y la ofensa o el enojo, constituían el castigo severo que se aplicaba contra actos impropios; allí sabían apreciar las cualidades especiales judías y con cuidado y trabajo se llegaba a gozar de estima, de este poderoso aliciente que más estimula al alma humana. ¡Qué le importaba a él que fuera del ghetto lo miraran con desprecio, si dentro de él gozaba de prestigio! La opinión de afuera le era indiferente, porque era la opinión del enemigo ignorante.

Cada judío deseaba ganarse la estimación de sus hermanos. Era ésta su más elevada aspiración. De este modo vivieron los judíos del ghetto una vida espiritual completa. Su situación exterior era débil, a veces hasta muy peligrosa, pero en el ghetto consiguieron desarrollar su personalidad en todo sentido y en su alma no había nada incompleto. Eran hombres llenos de armonía a quienes no faltaba nada de los fundamentos normales de una existencia propia de todo ser social. Sintieron instintivamente el valor del ghetto para su vida interna y ellos solamente trataron de afirmar su existencia, rodeándola con murallas invisibles mucho más anchas y altas que los paredones de piedra en que los encerraron. Todos los hábitos y costumbres judías tendían inconscientemente al único propósito de mantener el judaísmo por medio del aislamiento de los otros pueblos, de cultivar

la solidaridad judía, de inculcar en cada israelita la idea de que le amenazaba el exterminio si cedía su autonomía. Dicha aspiración de aislamiento fué el origen de gran parte de las costumbres religiosas, que para el judío común constituye el fondo de la religión y de la fe. Y hasta en los aspectos exclusivamente externos del aislamiento, como los distintivos en la vestimenta y las accidentales introducidas en las costumbres, una vez naturalizadas entre los judíos, quedaron santificados, porque así su conservación era más segura. El capote, los tufos, la gorra de piel, el idisch, no tienen nada que ver con la religión, pero los judíos del Oriente miran con sospecha a todos y ven en ello un comienzo de apostasía, si alguno de su pueblo se viste a la europea y habla correctamente en alguna de sus lenguas.

Con esto corta los vínculos que lo ligan a los hermanos de su pueblo y ellos sienten que tales lazos son la garantía necesaria de su pertenencia a la comunidad, sin lo cual el individuo no podría prolongar su existencia moral, psicológica y también económica.

Tal fué la psicología del judío del ghetto. Y vino la Emancipación; la ley aseguró a los judíos que ellos son perfectos ciudadanos en el país donde nacieron. La legislación influyó también sobre aquellos que la promulgaron y en su "luna de miel" trajeron al campamento cristiano la grata satisfacción de haber vertido sobre la Ley la tibieza de la luz vivificadora.

Como embriagado, el judío trató de quemar todos los puentes que dejó atrás. De hoy en adelante tenía otra patria y no necesitaba más del ghetto; ya tiene otra sociedad y ya no necesita seguir a sus correligionarios. Su instinto se adaptó

en seguida a las nuevas condiciones de la vida. Antes, el mismo instinto lo había orientado hacia el aislamiento absoluto; ahora desea el acercamiento extremo. En lugar de la resistencia salvadora, apareció la adaptación utilitaria. Una generación o dos, según el país, pasaron con asombroso éxito. El judío podía ya creer que era alemán, francés, italiano, etc., como los demás hombres del pueblo que le brindó la parte de la vida social necesaria para el desarrollo perfecto de su individualidad.

Y he aquí que en la Europa Occidental, hace unos veinte años —de lo más profundo del alma popular— desbordó el antisemitismo que parecía dormido durante años y descubrió ante los ojos de los judíos su verdadera situación, que habían desconocido en el transcurso de todo este tiempo. Es cierto que el judío aún tenía derecho a participar en la elección de representantes del pueblo, pero se sintió alejado y separado, delicada o groseramente, de todos los círculos y asambleas de sus conciudadanos cristianos. Aún no se le quitó el derecho del libre movimiento, pero en todas partes se encuentra con la inscripción que dice: "a los judíos es prohibida la entrada"; le es permitido aún cumplir con todos los deberes que tienen los ciudadanos, mas le apartan cuando quiere unirse a ellos; perdió su patria anterior y los beneficios y derechos superiores le son negados groseramente.

Tal es la situación presente del judío emancipado de la Europa Oriental.

Abdicó de su personalidad judía, pero los pueblos insisten en afirmar que no asimiló sus modalidades; él se aleja de los de su raza porque el antisemitismo desacreditó a sus hermanos ante sus propios ojos, y sus conciudadanos lo apar-

tan cuando quiere unirse a ellos; perdió su patria anterior, el ghetto, y el país donde nació se niega a ser su patria. No tiene suelo bajo sus pies, no hay sociedad a la que pueda adherirse como miembro deseado con derechos amplios; ni sus costumbres, ni sus actividades hallarán, en el corazón de sus conciudadanos, un eco justo y mucho menos buena voluntad, y en tanto con los suyos, con los compatriotas judíos, perdió todo contacto.

Lleva el presentimiento de que todo el mundo lo desprecia y no hay rincón donde pueda ser recibido con el afecto por el que siente nostalgia y que trata de merecer.

Esta es la miseria moral judía, mil veces más amarga que la física, pues ataca a las personas más cultas, más orgullosas y más sensibles. El judío emancipado no tiene arraigo, le falta seguridad en sus relaciones con las personas cercanas; es temeroso y vacilante en contacto con extraños; sospecha, en cuanto a cosas íntimas, hasta de los mismos amigos. Gasta lo mejor de sus energías en el esfuerzo de borrar, anular o por lo menos disimular los rasgos personales más salientes, pues teme sean reconocidos como modalidades judías y nunca experimentará la alegría de mostrarse tal como es, de ser él con sus pensamientos y sentimientos, con todos los matices de su voz, con todos sus gestos y expresiones. En su interior es un mutilado y es artificial en su exterior. Por eso es ridículo y en el alma de las personas delicadas y sensibles, provoca repugnancia, como todas las cosas falsas.

Los judíos más nobles de la Europa Occidental gimen bajo el peso de tal opresión y buscan salvarse y liberarse. Se agotó la fe que da paciencia para soportar todos

los sufrimientos, se debilitó la esperanza en la venida del Mesías y también se duda de que un día milagroso el pueblo judío será elevado por la mano de Dios que castiga, pero que también acaricia. Se perdió la grandeza y la gloria. Muchos judíos tratan de salvarse huyendo del judaísmo, pero el antisemitismo racial que desconoce la virtud transformadora del bautismo, no confirma la esperanza cifrada en tales medios de salvación. Tampoco se les recomienda tal paso, pues la mayoría son incrédulos (de los pocos sinceramente religiosos no hablamos ahora) y se incorporan a la Iglesia cristiana hipócritamente, lo que es un verdadero sacrilegio.

De este modo se forma una nueva secta de marranos, peor que la vieja. Los viejos marranos poseían ciertos rasgos idealistas, oculta nostalgia a la sinceridad, remordimiento y arrepentimiento atormentadores y a veces para conseguir su perdón y purificación de los pecados, solían entregarse consciente y voluntariamente al martirologio. Los marranos de ahora abandonan al judaísmo con furor y amargura, pero en el fondo de su ser, aunque no lo declaran, sienten odio también al cristianismo que les recuerda sus humillaciones, su insinceridad y el odio que los impulsó a la traición. Tiemblo al evocar el futuro desenvolvimiento de esta generación, la generación de los nuevos marranos, que no tiene ningún sostén moral en ninguna tradición, cuya alma está llena del veneno del odio, tanto a la sangre de su raza, como a la raza extraña, y cuya dignidad está derrumbada por la conciencia del constante engaño. Otros confían en la salvación sionista, que para ellos no es la realización de una promesa legendaria de las sagradas escrituras, sino el camino hacia una existencia mejor, donde el judío halle finalmente aque-

llas condiciones de vida, sencillas y primitivas, comprensibles a cualquiera que no sea judío y que se llaman: segura posición social, sociedad generosa, posibilidades de explotar todas las fuerzas orgánicas para el desenvolvimiento de la verdadera naturaleza, en lugar de valerse de ella para el mal, inhibirla, falsificarla u ocultarla. Por último hay otros que sufren a causa de esta situación de marranos, pero están demasiado ligados a sus patrias y consideran las concesiones que el sionismo reclama —como condición indispensable— una exigencia demasiada extrema. Estos se entregan a los brazos de las más cruentas revoluciones, pues en sus corazones palpita un sentimiento oculto, y creen que al arruinarse el mundo actual y se edifique otro nuevo, no revivirá el antisemitismo entre los males que broten de las ruinas del viejo mundo, para fortalecerse en el nuevo orden de cosas.

Esta es la imagen de Israel en los crepúsculos del siglo diecinueve. Lo expresamos en una sola palabra: los judíos constituyen en su mayoría un pueblo de mendigos y vagabundos; un pueblo más enérgico y vivo que el tipo europeo mediano y mucho más que los indolentes asiáticos y africanos; el judío está predestinado a un proletariado de pobreza extrema, pues le está vedado valerse de sus fuerzas libremente, según su deseo. Atormentado por el hambre de instruirse, que no puede satisfacer, atacado de avidez febril por la ilustración, se ve arrojado y alejado de las fuentes del saber; el suyo es un verdadero sufrimiento de Tántalo por instruirse en una época en que no existen mitos. Dotado de una excepcional imaginación que lo eleva de tanto en tanto de los abismos fangosos donde le han hundido y donde le quisieron sepultar, destroza su cabeza contra la cubierta de

hielo del odio y desprecio que le envuelve. El judío, que es un ser social al extremo de que hasta en sus fundamentos religiosos se establece como digno del hombre, y placentero a los ojos de Dios realizar toda comida en compañía no menor de tres personas, y todo rezo en grupo no menor de diez, este ser ha sido excluido de la sociedad normal, ha sido colocado al margen de sus connacionales y destinado al aislamiento trágico. Se quejan de él acusándolo de abalanzarse a ocupar los primeros puestos, pero él aspira solamente a superarse, ya que le niegan la igualdad; le observan su sentimiento de solidaridad, su adhesión al judaísmo universal, pero su desgracia consiste en que, precisamente, con la primera expresión de simpatía por la emancipación, arrancó de su corazón, sin dejar rastro, toda su fraternidad judía, para dejar lugar tan solo para el predominio del amor a sus connacionales. Aturdido por el torrente de acusaciones antisemitas empieza a dudar de sí mismo y a ratos se considera como un espantapájaros moral y físicamente, como lo pintan sus acérrimos enemigos. Con frecuencia se le oye decir que él tiene que aprovechar la lección de sus enemigos y tratar de curarse los defectos que ellos le descubren, pero no se le ocurre que la acusación antisemita carece absolutamente de valor, ya que no contiene críticas a defectos reales, sino que es el resultado de la ley psicológica, según la cual, los niños, los salvajes y los tontos, arrojan la responsabilidad de sus dolores sobre seres u objetos que le son odiados. En el tiempo del cólera negra, acusaron a los judíos de echar veneno en los pozos de agua; en nuestros días los agricultores les ocusan de bajar los precios de los cereales; los obreros manuales inculpan a los judíos de haber arruinado la pequeña

industria; los conservadores les imputan de ser los opositores de todo gobierno. Donde no hay judíos, allí acusan como culpables a los grupos más odiados de la población, generalmente pequeñas minorías nacionales, sectas o comunidades nativas de aquellos países. Este antropomorfismo de sentimiento de repugnancia no puede servir de prueba contra los acusados; sólo atestigua que los acusadores le odian desde el comienzo de sus desgracias y que buscan en ellos al chivo emisario.

Este cuadro no sería completo si no agregara un rasgo más. Cuenta una leyenda y la creen también gente seria y liberal —y no precisamente antisemitas— que en la mano judía se halla toda la fuerza, todo el poder y todos los tesoros. ¡Estos terribles dominadores, poseedores del poder, estos judíos no pueden ni siquiera defender a sus correligionarios contra los instintos sanguinarios del miserable populacho, en los países árabes, Marruecos y Persia; la mitad de estos judíos, símbolo del dinero, no poseen ni siquiera una piedra para descansar la cabeza, ni un trapo para cubrir su desnudez! Esta burla sangrienta derrama gotas de hiel sobre la profunda herida. Es cierto, hay algunos centenares de potentados, cuyos llamativos millones atraen la atención desde lejos. Pero ¿qué tienen que ver éstos con los judíos? La mayoría —con placer hago excepción de algunos pocos— pertenecen a los seres más bajos del judaísmo, a quienes una inclinación natural arrastró a negocios en los que se consigue acumular millones y hasta billones! No me pregunten de qué modo, ni cómo! En la sociedad exclusivamente judía, tales personas ocuparían por sus modalidades orgánicas el último lugar en la consideración del

pueblo. Por lo menos jamás hubieran sido favorecidos con los títulos de nobleza y altas distinciones con que se las distingue en la sociedad cristiana. El judaísmo de los profetas y del Talmud, el judaísmo de Hilel Hazaken, de Philon, Ibn Gabirol, Yehuda Halevi, Maimónides, Spinosa, Heine, les desconoce. Fanfarrones del dinero, desprecian todo aquello que apreciamos y estiman todo lo que despreciamos. Esta gente es el motivo principal del nuevo odio al judío, que en el fondo es más bien económico que religioso. Nada hicieron para el judaísmo que sufre por su causa, fuera de las donaciones que arrojan —donaciones que para ellos no significa ningún sacrificio— y que acrecienta el cáncer peculiar judío: la mendicidad. Es imposible conseguir su cooperación para finalidades más nobles y será también imposible conseguirla en el porvenir. Muchos de ellos abandonaron del todo al judaísmo y nosotros les deseamos un feliz viaje; sólo lamentamos que en sus venas corra sangre judía.

La miseria judía debe preocupar a los pueblos cristianos no menos que a los judíos. Es un crimen permitir que un pueblo, a quien sus mismos enemigos reconocen talento, se petrifique por la alta presión moral y física; es una iniquidad contra este pueblo, y es un delito contra la actividad cultural en la que el pueblo judío quiere y puede participar con dignidad. Puede ser de gran peligro para todos los pueblos, si a causa de una actitud injusta contra los judíos, se amarga la vida de personas de gran voluntad, cuya acción, tanto para el bien como para el mal, sobrepasa al tipo común, y les convierte por angustia en enemigos del orden existente. La microbiología nos enseña que los pequeños seres no son dañinos mientras viven en el aire, pero, se con-

vierten en portadores de graves enfermedades si se les quita el oxígeno, al convertirlos, según la expresión técnica, en seres anaerobios. Los gobiernos y los pueblos tienen que tener cuidado en no convertir a los judíos en seres anaerobios, pues en caso contrario tendrán que sufrir las consecuencias, cualquiera sea la actitud que asuma, para aniquilar al judío a quien transformaron, aplicando en él los propios errores, en un individuo peligroso.

Vemos el dolor judío clamar por un remedio para su mal. Encontrar dicho remedio ha de ser el principal motivo del presente congreso.

A continuación cedo la palabra a mis colaboradores. Ellos terminarán de reflejar el panorama que yo denuncié a vosotros en rápido análisis. Cuando llegue el momento de esa exposición ustedes tendrán la seguridad de estar escuchando "las lamentaciones"!

Basilea, 29 agosto 1897.

EL SIONISMO

Existen historiadores, y hasta historiadores racionalistas, que dicen que la existencia del pueblo judío, después de cerca de dos mil años de dispersión, es un milagro. Yo no empleo nunca este término, porque no creo en la cosa. O el milagro es una ilusión subjetiva, o es un fenómeno objetivo mal observado y falsamente interpretado. No hablemos, pues, de milagros. Limitémonos a decir, más sobriamente, que la persistencia del pueblo judío como individualidad étnica, en las condiciones en que se encuentra desde la conquista de Jerusalem por los romanos, en el año 70 de la era cristiana, es un hecho único en la historia.

Cada vez que un pueblo, libremente o contra su voluntad, abandona sus hogares primitivos y transmigra a otros países en medio de otras naciones, donde no forma más que una minoría sin vinculaciones tradicionales al suelo, está condenado fatalmente a la muerte como pueblo, a la desaparición lenta o rápida, pero segura. Sea que llegue como conquistador o como vencido, como nuevo amo, como refugiado tímido o como prisionero de guerra, su suerte es inevitable: se asimila a la población en cuyo centro se establece. La aristocracia, trata en vano de mantenerse pura de toda mezcla; el proletariado, hace esfuerzo inútiles para

aislarse, para mantenerse a distancia; en uno y otro caso, sus destinos son iguales: adoptar la lengua, las costumbres, las maneras de la mayoría. La penetración recíproca se opera. El resultado es, quizá, la aparición de un tipo nuevo, trasunto de los inmigrados y de los autóctonos; pero en todo caso, al cabo de unas cuantas generaciones no queda ningún rastro viviente de los recién llegados. Todos se han fundido en la mayoría, modificándola más o menos profundamente. Sería inútil citar ejemplos. Todo el mundo puede encontrarlos pensando en los francos y en los burgondos en Francia, en los visigodos y en los vándalos en España, en los longobardos en Italia, en los normandos en Inglaterra, en los varegos en Rusia, en los hugonotes en Alemania.

Esta etapa histórica no conoce más que una sola excepción: la del pueblo judío. Expulsados de la Palestina, su patria, por Tito, y por segunda vez, y más cruelmente, por el emperador Adriano, los judíos se han establecido en todos los países habitados por la raza blanca. En todas partes formaban una pequeña minoría. Pero, en todas partes también se han constituido aparte de la población general y se han mantenido como elemento distinto hasta el día de hoy. No es mi intención recordar aquí las vicisitudes, las torturas, las tragedias que pasaron para llegar a eso. Adoptaron la lengua del país, aunque muy imperfectamente, en los países bárbaros como Polonia, Rusia, Valaquia, Turquía. Pero éste es todo el esfuerzo que han hecho para adaptarse al ambiente. Por lo demás, han conservado siempre, celosamente, su manera de vida propia y sus tradiciones distintas.

Es evidente que los judíos se habrían ahorrado sufrimientos espantosos y sin número si se hubieran decidido a hacer lo que en todas partes y siempre hacen las minorías, esto es, disimular al principio y sacrificar después definitivamente su identidad étnica. Habrían muerto como pueblo judío, pero habrían vivido, y probablemente prosperado, como individuos y compartido la suerte general de los países adonde los hubiera llevado el destino. ¿Por qué se han defendido tan desesperadamente contra la absorción? ¿Por qué han preferido un martirio de cerca de dos mil años a la redención cómoda y agradable, por medio de la conversión a la fe ambiente y de los matrimonios mixtos?

Por una sola razón: porque estaban convencidos de que se hallaban en posesión de una verdad superior a todas las doctrinas imperantes en torno suyo. El absurdo, evidente para ellos, de las creencias de los otros pueblos chocaba a su razón; los principios de vida de los demás les parecían salvajes y viciosos. Caracteres fuertemente templados, habituados a una vida espiritual intensa y a la sinceridad para consigo mismos, rechazaban con repugnancia la idea de una capitulación de la conciencia. Trocar la verdad por errores groseros, renunciar a una moral pura y a reglas de conducta elevadas para caer en la brutalidad, en la bestialidad también, les pareció una degradación tan vergonzosa, que comparadas con ella, las más feroces persecuciones eran siempre, a su juicio, un mal menor.

Este sentimiento íntimo de superioridad moral, esta convicción inquebrantable de ser ellos los portadores y guardianes de una verdad inapreciable, tenía un corolario lógico: la certidumbre de destinos mejores para el pueblo

judío en un porvenir próximo o lejano. Los judíos soportaban con paciencia sus pésimas condiciones de vida, porque las consideraban provisionales. Contaban firmemente con una liberación que se imaginaban de una manera diferente, según fuera su grado de cultura. Algunos esperaban el advenimiento de un reinado de fraternidad universal, de paz, de justicia y de pureza, que pondría fin a todas las divisiones y odios entre los hombres; esto era, en suma, la idea cristiana del Milenium, del "pastor único y del único rebaño". Pero la inmensa mayoría, más realista o más pesimista, no esperaba nada de la evolución de la humanidad; aspiraba con todas las fuerzas de su ser al retorno a Palestina, para vivir allí libremente, según su propio genio nacional, sobre el suelo histórico regado por el sudor y la sangre de los antepasados.

La historia marchaba. A la noche siniestra de la Edad Media seguía la aurora de los tiempos nuevos. La Revolución francesa, aportaba al mundo la libertad, y a los judíos, por lo menos en Francia, los derechos del hombre y del ciudadano. El libre pensamiento demolía triunfalmente las barreras de odio que los dogmas religiosos habían levantado entre cristianos y judíos. Los mejores judíos hasta dejaban de cultivar en su alma la vieja esperanza de la restitución de Sión a su pueblo. Renunciaban sin reserva a la idea de que su estado presente era provisional. Consideraban que los destinos del pueblo judío se habían cerrado definitivamente, y que su pueblo no era ya más que un recuerdo venerable del tiempo pasado. No querían ser en lo sucesivo sino hombres como todos los demás, ciudadanos de su patria,

y se proponían consagrar todas sus energías a la obra del progreso común de la humanidad.

Esto era un sueño, en el que los judíos no han podido persistir por mucho tiempo. El odio con que la Iglesia ha perseguido durante largos siglos al pueblo deicida estaba demasiado profundamente arraigado en los corazones. Se había hecho un instinto orgánico, inconsciente, de las masas, y ha sobrevivido a la fe que lo ha predicado. Después de un embotamiento de varios lustros, más aparente que real, el antisemitismo surgía por todas partes, furioso como una oleada de fondo, y amenazaba tragarse a los judíos arrancados a sus ilusiones patrióticas y humanitarias.

Cruelmente heridos en su dignidad por calumnias estúpidas, pero infames, rechazados por sus conciudadanos, cuyos hermanos e iguales se creían, cercados como de una muralla de hielo por la desconfianza, el temor o el desprecio, se pusieron a meditar sobre su posición en el mundo. Pronto llegaron a comprender que habían hecho un negocio tonto al sacrificar sus ideales judíos para arrodillarse ante otros altares. Se sentían patriotas ardientes hasta el fanatismo, y se oían llamar por todos lados: "¡Extranjeros! ¡Sin patria!". Se habrían emancipado fácilmente de toda persecución dogmática, y se les acusaba de conspirar por rencor religioso contra el cristianismo y de querer demoler la Cruz. Se reconocían cualidades y energías privilegiadas, y se afirmaba, con pretendidas fórmulas científicas, que no eran siquiera hombres, sino una raza animal bípeda a la que le faltaban todas las nociones de honor, de compasión, de justicia, de generosidad, de heroísmo, de belleza, en una palabra, todos los sentimientos que elevan al hombre por encima

de la bestia. Entonces recordaban que su pueblo no había muerto, que su vitalidad era tan poderosa como siempre, y que esta vitalidad podía dar a su pueblo un lugar indispensable entre los demás de la tierra. Pero para eso era necesario empezar por no renegar del judaísmo, por llamarse altiva y orgullosamente judío, y por tratar de reconquistar la tierra de Palestina, a fin de reunir en ella a los miembros dispersos del cuerpo nacional.

Existen esparcidos por el mundo, cerca de doce millones de judíos (1). De éstos, diez por lo menos no tenían necesidad de recordar la existencia del pueblo judío. No la habían olvidado nunca. No habían disimulado nunca su verdadera nacionalidad. Se habían conservado siempre fieles a sus tradiciones. Han esperado siempre volver a Palestina, para continuar allí la historia de la nación judía.

El estado actual de estos diez millones de judíos, que habitan Rusia, Rumania, Austria, Persia, Marruecos, el barrio de Whitechapel en Londres, al este de Nueva York, es el más miserable que se puede imaginar. Basta recordar lo que ocurrió en Kischeneff para caracterizar su situación en Rusia. En Rumania tratan de hacerles morir de hambre prohibiéndoles toda ocupación rentada, a fin de obligarlos a emigrar. ¿Adónde van a emigrar? Ningún país de Europa les permite la entrada, y los propios Estados Unidos de N. América, les cierran sus puertas. Estos diez millones de judíos, inteligentes, aplicados, sobrios, de moralidad ejem-

(1) Este artículo fué escrito en 1903, y en ese año el número de judíos en todo el mundo no pasaba de doce millones. — (N. del E.).

plar, forman el proletariado más infeliz que haya conocido hasta hoy la raza blanca. Y, como para insultar su desgracia, una leyenda idiota continúa denunciándolos como detentadores de todas las riquezas de la tierra, como capitalistas poderosos, como los verdaderos inspiradores y directores ocultos de la política del mundo.

Un hombre de elevado carácter y de intelectualidad excepcional, el Dr. Teodoro Herzl, de Viena, se volvió hacia estos desheredados y les dijo:

“No desesperéis. Haced un esfuerzo de voluntad, y el porvenir será vuestro”.

“Preparaos a salir de los países bárbaros donde se os persigue y donde no habrá nunca justicia para vosotros. Vamos a tratar de conseguir del sultán las tierras actualmente desiertas y sin cultivo de la Palestina profana. Pediremos la autonomía administrativa bajo su dominio, y nos estableceremos sobre el suelo de la antigua patria, como cultivadores, como criadores, como artesanos libres, productores orgullosos. Crearemos la civilización allí donde no existe en estos momentos más que la barbarie asiática. Transformaremos en jardín una comarca desolada. Nos regeneraremos por el contacto de la tierra de donde se nos arrancó hace veinte siglos. Achatados, debilitados, enervados por la residencia forzosa en las ciudades, por ocupaciones sedentarias impuestas por la prohibición despiadada de guiar el arado, recobraremos músculos, sangre, nervios, salud y vigor, bajo el cielo azul y en el verde de los campos. Y, creando con nuestras propias fuerzas una nueva cultura nacional, trataremos de presentar al mundo el ejemplo de un pueblo

audazmente progresista, de instituciones sociales justas, de democracia fuerte y sabia, y de fraternidad real”.

Este mensaje del Dr. Herzl ha electrizado a las masas judías de los países de la persecución. Ha sido adoptado como programa por las innumerables sociedades que se han organizado en todas partes. En agosto de 1897, estas sociedades eligieron delegados que se reunieron en congreso en Basilea y han anunciado formalmente al mundo su entrada en un movimiento, al que han dado el nombre oficial de sionismo, y cuyo objeto han definido en estos términos:

“El sionismo aspira a crear en Palestina un Hogar Nacional para el pueblo judío, asegurado por el derecho de gentes.

Para la realización de este objetivo, el Congreso resuelve emplear los siguientes medios:

1) Colonización racional de Palestina con agricultores, artesanos y obreros judíos; 2) Unión y organización de los judíos en asociaciones locales de acuerdo a las leyes de los países respectivos; 3) Afirmación de la conciencia y el sentimiento nacionales judíos; 4) Gestionar ante los distintos gobiernos el consentimiento necesario para la realización de los objetivos sionistas”.

El Congreso, que se reunió por primera vez en 1897, se ha convertido en una institución permanente. El número de sionistas que se han adherido formalmente al programa de Basilea era 340.000. Pero se puede decir, sin exageración, que se cuentan a millones entre los judíos los sionistas de corazón que no han entrado de una manera formal en la organización del partido.

A decir verdad, los judíos de los países avanzados son en gran parte hostiles al movimiento sionista. También los acosa, los vilipendia y los amenaza a ellos el antisemitismo, que no es menos rencoroso en Alemania y en Francia que en Rusia y en Rumania. Pero ellos se ilusionan con la idea de que esta hostilidad es un extravío pasajero, y creen que sus compatriotas cristianos han de acabar por reconocer sus errores con respecto a ellos. El sionismo les molesta. Temen la regeneración del pueblo judío y la formación de un organismo político autónomo en Palestina, porque se figuran que entonces, más que nunca, se les tratará de extranjeros y de intrusos en su patria y no se querrá reconocerlos como franceses, alemanes, etc.

Estoy convencido de que ésta es una vana aprensión. El día en que haya en la Palestina un pueblo judío autónomo que se haga digno de la estimación del mundo por sus obras de paz, de justicia y de civilización, la opinión será, en todas partes, más favorable a los judíos, se hará más fácilmente justicia a sus cualidades y no se dará ya al nombre judío el sentido de un insulto. Voy más lejos aún. Sólo cuando exista una tierra y una nación judías, internacionalmente reconocidas, se dejará de insultar a los judíos establecidos fuera de la Palestina con las palabras de “extranjeros” y de “sin patria”. Porque se comprenderá entonces que el judío que, pudiendo unirse a sus hermanos de raza en su propia patria, prefiere seguir siendo ciudadano de su país de nacimiento, obra así únicamente por amor profundo a su país y por arraigado apego al suelo donde, desde tiempos inmemoriales, se ha mezclado el palvo de sus antepasados.

TEODORO HERZL

Ocho días pasaron ya, desde que llegó la terrible noticia que me dejó aterrado y aún no puedo volver a mi calma, aún estoy enteramente aturdido y desde mi angustia y mi pena, tengo que hacer un esfuerzo para convencerme de la realidad: Teodoro Herzl está muerto.

¿Es posible? El, el magno, el héroe pleno de vida, manantial de ideas y poseedor de múltiples recursos; él, diez años más joven que yo, desapareció; y yo tengo que escribir su necrología! ¡Esto no es justo! Yo lo quería con un amor profundo, con un amor que tiene sus raíces en el corazón y en el espíritu a la vez.

Las multitudes judías, tienen la vaga impresión que la muerte de este hombre ejemplar es un desastre nacional.

Pero estos hombres ingenuos no pueden medir la gran desgracia que aconteció para ellos y para todos nosotros.

Mientras Herzl vivía, luchando al frente de todas las exigencias de la situación, de todas las penas, de todos nuestros enemigos, aún pareció que la cosa era fácil, que así debía ser siempre y que no era posible otra cosa.

Pero ahora, después que se fué de nosotros, con el vacío que dejó detrás suyo, la imposibilidad de reemplazarle,

llevarán al pueblo poco a poco, a comprender el valor de Herzl y la importancia de la gran pérdida.

Una vez, estando en compañía de nuestro amigo Alejandro Marmorek le dije a Herzl: "Si yo fuera creyente y quisiera expresar mi opinión en secreto diría: Que su aparición en la hora de mayor crisis para el pueblo de Israel, es un milagro de Dios; que llegó en una hora de angustia para devolver la esperanza a los desesperados y la fuerza a los abatidos".

Herzl se sonrojó de modestia a pesar de mi sincera y natural afirmación y casi se enojó contestando: "¡No, por cierto! ¿Cómo puede Vd., que conoce el valor de las palabras, decir estas cosas? Mi aparición no tiene nada de particular, ni nada de "extraordinario".

"Si yo desapareciera, Israel tendría para reemplazarme cien, mil personas, que siguieran mi labor perfectamente desde el punto en que yo la interrumpí".

No quise continuar la conversación en este tono, pensando que era una suposición vana; moví la cabeza y lo mismo hizo Alejandro Marmorek.

Y lo que entonces creí imposible, vino a realizarse hoy. Herzl ya no está y vean Vds. cuánta razón tuve entonces!

Ni cien, ni mil hombres; no hay ninguno que sea capaz de reemplazarlo, él era el único.

Era único en su género, no tanto por cada una, de sus muchas cualidades aisladas, sino que por su maravillosa amalgama en una sola persona.

Escritor de gran talento, si se hubiera concentrado en sí, entregándose enteramente a su arte, hubiera llegado a la cumbre de la literatura alemana, aunque dudo que hu-

biera alcanzado el eslabón como primer escritor de la época.

Excelente orador: tranquilo, profundo, sencillo, dotado del sentido de la medida y del buen gusto, dominaba la belleza de la forma perfecta y hasta en sus discusiones improvisadas no abandonaba el buen sentido ni por un momento.

Supo dominar sus sentimientos como nadie y por eso pudo imponer su crítica en reuniones numerosas, turbulentas, cosmopolitas y en medio de discusiones acaloradas. Con todo no tuvo confianza en sí, solía escribir sus disertaciones aunque este medio debilitaba un poco el efecto intentado sobre los objetos; y sus palabras comprensibles, pausadas y lógicas sólo tuvieron raras veces la fuerza conquistadora y embriagante para el que duda.

En su fructífera imaginación creadora hubiera podido hallar solución para todas las preguntas y crear maravillosas y soberbias imágenes.

Pero con todo esto no superaba a Jorge Elliot y hay personas que dan la supremacía a "Daniel Deronda" sobre "Altnailand".

Dotado de espíritu inquieto y creador, como lo demostró por medio de la organización del movimiento Sionista, de los Congresos, del Banco Colonial, del Fondo Nacional.

Poeta, aunque no como Enrique Heine; orador, pero no de la altura de Disraeli, dueño de una imaginación no tan fecunda como la de George Eliot, economista inferior al Barón Hirsch, y, sin embargo, era superior a cada uno de ellos, reuniendo en sí a todos los talentos juntos.

Y algo más tenía en sí. Su espíritu se alimentó de la nueva y moderna cultura de la Europa Occidental, pero en



corazón latía al unísono con aquellos judíos religiosos de la Europa Oriental.

A sus grandes proyectos, frutos de su imaginación poética, agregó el sistema político, inteligente fruto del espíritu reposado del calculador, y no omitiremos nada: estaba dotado en su aspecto exterior de estas cosas insignificantes que tanta importancia tiene en la vida de un hombre. De bella apariencia, de estatura alta, frente delicada como la de un pensador, ojos negros dominadores, sonrisa mágica y una voz fuerte, tibia, cual un eco lejano. Nació y fué criado en la opulencia y su orgullo hereditario no conoció la ofensa de la pobreza.

Miraba siempre fijo y directamente, aunque se hallara delante del Zar, de un rey, o del mismo honorable "Papa". Su situación económica independiente manteníalo erguido, soberbio. Su espina dorsal, no conoció nunca el golpe de la sumisión.

El pueblo judío ha producido muchos talentos, pero algunos estuvieron encerrados dentro de sí y otros fueron valores trancos. Hemos tenido a Enrique Heine, quien cantó al amor, al Rin y a la Santa Madre en Kivilar; hemos tenido a Jehuda Halevi, pero sus nostalgias de judío se han reducido tan sólo a un lirismo armonioso; Disraeli, pero él se ha sacrificado para la creación del Imperio Británico; Menashé Ben Israel, empero su ideal era conseguir la apertura de las puertas de Inglaterra para los judíos; Samsón, el "jefe desde su nacimiento", pero él cambió su credo para poder dirigir presidencias en reuniones políticas de Alemania; Mendelsohn, anunciador de la cultura occidental, pero él enseñó a burlarse de la tradición hebrea y de sus valores.

Por primera vez, después de dos mil años, el pueblo de Israel trajo al mundo, un hombre, que fué maravillosamente europeo a la par que judío ardiente; para quien las aspiraciones más adelantadas del radicalismo eran suyas y conjuntamente con eso estaba dotado de un sentido histórico superior. Poeta y político en beneficio de los intereses judíos; presidente, orador, organizador, soñador, hombre práctico, prudente donde podía, valiente cuando el momento lo exigía, dispuesto al propio sacrificio hasta el extremo, pero tolerante con los demás; orgulloso, generoso, respetable, pero con todo eso modesto, hermano de los mas ingenuos e insignificantes.

¡Tal era Teodoro Herzl y tenía solamente cuarenta y cuatro años cuando nos dejó.

Sabemos lo que ocasionó su muerte; pero no hablemos de ello; no quiero exteriorizar la amargura que nos embarga. No quiero que mi ira se mezcle con mi dolor. Oigo alrededor murmuraciones: "El que se dedica a la vida pública ha de tener la piel dura, debe estar escudado contra ataques y calumnias".

¡Infelices! Si Herzl careciera de su delicadísimo sentimiento, ¿acaso hubiera sentido dolor por el dolor judío, al extremo de quitarle la tranquilidad, de tener que abandonar su carrera literaria, en la que tuvo bastante éxito, para arrojarle en las llamas de la lucha por Sión? Precisamente su particular delicadeza sentimental le hizo creador del Sionismo y su dirigente, pero también fué lo que ahondó más las heridas que sus perversos enemigos le han inferido.

Y ello es lo que ocasionó la rotura de su corazón sensible y dolorido.

¿Y el porvenir?

Continúo en mis esperanzas como antes, pero no me preguntan por el futuro. Mis lágrimas me impiden verlo claramente.

PATRIOTISMO Y SIONISMO

Existe una objeción que, desde el primer día, hemos escuchado oponer al Sionismo y que no cesa de levantarse. Es ella: "Desde el momento que os declaráis sionista, admitís tácita y expresamente que sois un extranjero en vuestro país y que vuestro ardiente deseo es abandonarlo lo más pronto posible para alcanzar vuestra verdadera patria: la Palestina. Pero entonces no tendréis derecho de quejaros si os niegan los derechos de ciudadano o si os lo despojan en los países que generosamente os lo han otorgado y justificáis, de antemano, a los gobiernos que lleguen hasta expulsaros de un país con el cual no estáis ligados por ningún sentimiento de patriotismo".

Estas frases han sido la respuesta a nuestras primeras manifestaciones orales y escritas. Hemos respondido inmediatamente. Pero nuestros adversarios han fingido no entender nuestra réplica, y en todas partes donde organizamos una reunión polémica, vemos surgir algún profundo pensador que triunfalmente entona la copla:

"Siendo sionista no podéis ser patriota y justificáis así, etc..., etc...".

Sonreiríamos de ver al eterno contradictor blandir el eterno argumento de la incompatibilidad entre el sionismo

y patriotismo, si el espectáculo no tuviera un aspecto bien irritante. En efecto, una de dos: o bien nuestros adversarios saben que hemos refutado cien veces sus sofismas, entonces son de una mala fe despreciable, o no lo saben, entonces prueban que jamás se han ocupado de nuestro movimiento, que no tienen idea alguna de su historia, de su literatura, de su filosofía; y, en este caso, uno queda confundido ante el descaro de gente que osa hablar públicamente con tal suficiencia de cosas, a las cuales son tan profunda y enteramente extraños.

Antes de demostrar una vez más la inanidad del reproche de falta de patriotismo, compruebo que este reproche jamás ha sido hecho al sionismo más que por judíos. Evidentemente, para los antisemitas, somos y hemos sido extranjeros, hasta enemigos, y ellos nos han acusado siempre de ser unos sin patria. Su acusación no se dirige a los sionistas más que hacia los asimilados; más bien menos. Con toda su bajeza de renegados, con todos los excesos de un patriotismo nacionalista y ruidosamente demostrativo, los asimilados jamás han obtenido de los antisemitas el título de civismo, y parece que deben renunciar a obtenerlo. Pero excepción hecha de los antisemitas, nunca un no judío ha puesto en tela de juicio la fidelidad de los sionistas hacia su país de nacimiento y sus conciudadanos cristianos. El famoso argumento de la pretendida incompatibilidad entre el sionismo y el patriotismo no se impone, por consiguiente, por el efecto del pensamiento lógico; es únicamente un grito de angustia, una manifestación de temor lastimero, una revelación de estremecimiento interior secreto que aflige a los desdichados asimilados que hacen tan soberbiamente gala

de su patriotismo y parecen tan seguros de su posición en la patria.

Nosotros les invitamos a hacer un esfuerzo para dominar sus cobardes terrores, para razonar tranquilamente. ¿Cuál es la definición de patriotismo? Es un sentimiento profundamente afectuoso por el país de nacimiento, el deseo de serle útil en toda circunstancia, la firme determinación de defenderlo contra sus enemigos y en caso necesario sacrificarle la vida. Este patriotismo, el sano, legítimo y razonable, tiene dos orígenes: El uno es la ternura que todo ser humano normal siente por su propia infancia, su juventud y por todas las impresiones asociadas a su recuerdo. Es naturalmente conmovedor el pensamiento del primer horizonte que han contemplado los ojos en la aurora de la vida, los primeros ruidos que han golpeado nuestros oídos y que ha tratado de repetir nuestro infantil balbuceo, del ambiente vivo y muerto, físico y moral, en medio del cual hemos crecido y recibido nuestras primeras sensaciones dulces y dolorosas. Los parajes que nos han visto nacer y desarrollarnos, son una parte de nosotros mismos. Nuestro apego a ellos no es más que una forma de egoísmo, porque en ellos nos amamos a nosotros mismos. La otra fuente del patriotismo es un razonamiento complejo. Es la gratitud por la colectividad que nos garante la seguridad de la vida y la propiedad, que nos asegura todos los beneficios del orden, del derecho, de la justicia, de la civilización; es el orgullo de un pasado histórico del cual nos sentimos los coherederos, es el deseo que debe tener todo hombre honesto de conservar intacto, de aumentar, si es posible, el patrimonio de gloria que le han dejado las generaciones anteriores, que

ellos han adquirido con su sangre y por consiguiente, tiene la satisfacción de ser ciudadano de un país prestigioso.

Tales son los elementos sentimentales y racionales del patriotismo sincero y fecundo, que hace la fuerza y la salud y puede hacer la grandeza de un país. Dejo de lado el patriotismo de ostentación que es su caricatura; esa pose de entusiasmo desatinado ante ciertas palabras, ese fetichismo hipócrita delante de ciertos símbolos, esa verdadera manía de grandezas, esa afectación de odio y de menosprecio por todo lo que sea extranjero, esa actitud de boxeador, ebrio de matanza, que sería inefablemente odiosa, si no se supiera que todo ello no es más que comedia, excepto en aquellos pobres dementes, víctimas de su propia grandielocuencia o cándidos de la retórica cincelada por extraños. Ese pseudo patriotismo lo condeno con la fuerza moral que puedo poseer; y ello, de ningún modo, en mi calidad de sionista, sino simplemente como hombre que ha pensado sobre la vida y sus problemas. De ese patriotismo estúpido, xenófobo, injusto, jactancioso, retrógrado, no quiero saber nada y, al repudiarlo me siento acompañado por lo mejor del mundo. ¡Que los cobardes escapados del ghetto se den por ofendidos! Si les place tomar el tono y el gesto, los más rabiosos, de nacionalistas, de volverse ridículos a los ojos de los cristianos de buen sentido, despreciables a los mismos especuladores del chauvinismo, odiosos a los obreros del progreso humano, es asunto de ellos. No les envidiamos por la triste gloria de aventajar en demostraciones repugnantes a los patriotereros más moderados.

Pero el buen patriotismo, el verdadero, el judío sionista lo posee al igual que los mejores ciudadanos. Y ¿cómo no

habría de tenerlo? Sentimental por naturaleza, se enternece más fácilmente y más profundamente con la poesía de su infancia y su juventud que los temperamentos más fríos; de ahí un apego más apasionado a su medio. Todavía sacudido de un horror silencioso en el recuerdo del ghetto, cuyas puertas le fueran abiertas hace apenas un siglo. Asimismo, en los países más progresistas, está más reconocido que ningún otro ciudadano, de los beneficios de un orden político que le garantiza la dignidad de hombre y de ciudadano, y más confiado que la mayoría de sus conciudadanos no judíos en los destinos pasados y futuros de su país, destinos en los cuales se le permite colaborar desde hace poco tiempo. Las dos fuentes del buen patriotismo concurren, por consiguiente, en él, más abundantemente que en cualquier otro. ¿La prueba? Ella abunda. El número de judíos que sellaron con su sangre el amor a la patria ha sido tan grande, que no soporta comparaciones con su proporción en la población general, en todas las guerras de los últimos cien años. Se los encuentra en primera fila en todas partes donde se trate de hacer sacrificios por la cosa pública y de cumplir los deberes cívicos en toda forma que no fuera por vanas palabras. Asimismo, en más de un país de Europa y de América, monumentos elocuentes testimonian los méritos patrióticos de judíos y de la justa apreciación de esos méritos por la nación.

Mi sinceridad me obliga, sin embargo, al deber de declarar con toda franqueza que ese patriotismo activo, fervoroso, heroico y noble de esos esfuerzos y sacrificios, no ha tenido razón de ser más que en los países que han venido a ser verdaderas patrias para sus judíos. Los Estados que tratan a sus habitantes judíos como parias, que les rehusan los

derechos del hombre y del ciudadano, que los toleran apenas y les hacen sentir constantemente y de la manera más brutal y más cruel que consideran su presencia como un mal y que serían felices de desembarazarse de ellos, esos Estados estarían errados al exigir de sus judíos el amor y el deseo de sacrificios patrióticos. Asimismo en esos países bárbaramente injustos, el judío no reniega de su ternura invencible por el escenario en que se desarrolló su juventud y asombra a veces por la intensidad de su nostalgia hacia el lugar de su nacimiento cuando ha logrado arrancarse y encontrar en el extranjero un asilo más hospitalario. Asimismo en esos países, el judío es un modelo de observación escrupulosa de las leyes y de respeto hacia las autoridades. También allí ofrece, aun sin ser invitado, sin ser incitado, su colaboración singularmente eficaz a la obra del progreso material, moral, científico y artístico nacional. Es más de lo que debe; es más, en todo caso, de lo que su patria madrastra, no está en derecho de exigirle a cambio de las persecuciones y malos tratos que prodiga a sus judíos.

Ahí donde el judío está oficialmente declarado extranjero en su país de nacimiento y donde se le rehúsan los derechos de hombre y de ciudadano, el sionista prepara abiertamente su éxodo y no hace ningún secreto de su esperanza de abandonar lo más pronto posible un país donde permaneció por falta de un abrigo más seguro. En los países donde la igualdad de derechos existe para el judío, los sentimientos y la mentalidad del sionista son diferentes. En su calidad de hombre libre desdeña el mimetismo de los esclavos y no aparenta el haber dejado de ser judío. Separa netamente su calidad de ciudadano de su individualidad étnica

y siempre cumpliendo con júbilo sus deberes, todos sus deberes hacia la patria, no olvida por un instante que es hijo de un viejo pueblo de cuatro mil años de existencia, cuyo pasado es de una grandeza trágica prodigiosa y que espera firmemente continuar su evolución histórica hacia un glorioso porvenir. Siente que tiene el deber, pero también el derecho absoluto, de ayudar en la preparación de ese porvenir y no admite que se haga un reproche a su fidelidad hacia su raza, hacia su pueblo, todavía disperso en el mundo. La patria no sufre del culto activo del sionismo por su idea. Ese culto no disminuye su patriotismo y no le impide en nada cumplir sus deberes cívicos. Jamás el sionismo puede entrar en conflicto con su patriotismo. No tiene necesidad alguna de sacrificar uno al otro. Sí, si existiera una tierra judía, que tuviera su política propia, se podría imaginar teóricamente un antagonismo entre los intereses del país judío y los de la patria del sionista que pudieran llegar hasta la amenaza de un choque. Repito que eso sólo lo admito como una posibilidad teórica, aunque me rehúso absolutamente a creer que a ello prácticamente se llegaría. En este caso, el sionista debería evidentemente elegir. No pudiendo ser al mismo tiempo patriota leal y sionista sincero, deberá renunciar a su ideal sionista o a su patria para ir a habitar en medio de los de su raza. Pero en tanto que no exista una tierra judía desempeñando un rol político internacional que pueda amenazar con un antagonismo a la patria del sionista, el sionismo tiene, mientras tanto, el derecho de ostentar sus insignias, de expresar sus aspiraciones y de

trabajar por la realización de su ideal como lo hicieron los helenófilos hace ochenta años y como lo hacen todavía los americanófilos, quizá más comprometedores de la política exterior de su patria, que lo que pudiera serlo el sionismo.

La mala fe puede todavía decirnos: "El sionista entrevé y prepara para el pueblo judío un porvenir nacional; si es sincero, debe participar de ese porvenir. Piensa, por consiguiente, emigrar tarde o temprano. Su estancia en la patria tiene entonces, dentro de su propia idea, un carácter provisorio. Desde entonces, él es esencialmente extranjero, un huésped pasajero en la patria, y no ha de pretender esta confianza que se concede solamente a los ciudadanos definitivos que han confundido indisolublemente su existencia con la de su patria y no conciben su porvenir separadamente del de su país".

A ello responderemos: "Todos los años, muchos centenares de millares de ciudadanos de diversos Estados europeos emigran de su patria buscando una nueva, allende los mares. Son italianos, ingleses, franceses, alemanes, escandinavos, españoles, todos hombres en los que ninguno jamás pone en duda su patriotismo. En tanto que ellos habitan su patria la que fueron los hijos auténticos y los ciudadanos incontestados, gozaron de todos los derechos y a nadie jamás se le ha ocurrido preguntarles cuáles eran sus proyectos para el futuro. Después, un buen día, se han sacudido el polvo de la patria y se lo han quitado. Nadie les ha hecho por ello un reproche, nadie les ha gritado a guisa de adiós: "Ah! ahora probáis que jamás habéis sido verdaderos pa-

triotas!". Al contrario, continúa el interés por su suerte; la patria los protege a lo lejos tanto cuanto necesiten de su protección y sigue con la más calurosa simpatía sus ulteriores destinos. Lo que no está vedado a nuestros conciudadanos no judíos debe sernos permitido también a nosotros. No se tiene el derecho de escrutar el futuro, un futuro puede ser lejano. No se tiene el derecho de pedirnos una prenda de nuestras intenciones futuras dado que no se la pide a los no judíos que nutren la corriente continua de la inmigración. Pocos sionistas occidentales, es decir patriotas occidentales, saben a esta hora, lo que harán el día en que les será lícito hacerse ciudadanos de una tierra judía. Habrá los que seguramente emigrarán. Habrá los que entonces sentirán la imposibilidad moral de separarse de su patria y decidirán dejar a otros la gloria de continuar los destinos de la tierra judía. Mientras tanto los unos como los otros no ceden en patriotismo práctico a ningún ciudadano y trabajan por el porvenir de su patria, por lo menos tanto como aquellos que quizás serán mañana emigrantes y hoy ciudadanos, patriotas insospechados e insospechables. En nuestros días, la concepción de la nación, del Estado, no es tan estrecha, ni tan tiránica para absorber enteramente al individuo. Cada uno guarda su autonomía y su personalidad. No está en libertad de olvidar sus deberes presentes, pero es libre de guardarse su futuro. Prepara suficientemente el porvenir de la patria sirviendo en su presente. El sionista que emigrará quizás algún día, o no emigrará nunca, tiene derecho a la misma confianza de sus conciudadanos que los

otros habitantes del país a quienes la búsqueda legítima de bienestar conducirá, acaso algún día, a la expatriación.

En tanto, llegado al final de mi argumentación, no ocultaré el fondo de mi pensamiento. Los adversarios judíos que nos oponen la antedicha incompatibilidad entre el sionismo y el patriotismo no creen en la primera palabra de su propia objeción. De ahí entonces que seamos demasiado buenos en quererles probar la inutilidad de ella.

LAS CRISIS MODERNAS EN LA HISTORIA JUDIA

Hacia fines del siglo XVIII se acercó el momento crítico del desenvolvimiento judío. La educación había abierto brechas o destruído por entero las murallas impenetrables que hasta entonces habían separado a judíos y cristianos. Los judíos que tuvieron deseos de adquirir la cultura occidental fueron admitidos en la comunidad de los cultos. La Revolución Francesa dió un paso más adelante, un paso grande y decisivo: incorporó a los judíos de Francia a la plena ciudadanía y borró todas las diferencias legales entre ellos y sus compatriotas. Hasta aquel día de la historia nadie había expresado jamás una duda acerca de la existencia de un pueblo judío como tal. Todos los documentos oficiales que tenían que ver con los judíos, ya fueran de carácter amistoso u hostil, hablaban invariablemente de "la nación judía" y los propios judíos jamás se habían designado a sí mismos con otros términos que los de "una nación" o "un pueblo". La Revolución Francesa hizo todo lo que estaba en su poder para disolver finalmente aquella "nación judía" que, al menos como concepto, había sobrevivido diecisiete siglos a la destrucción del Estado judío. Al establecer la igualdad civil entre los judíos y los demás ciudadanos, la Revolución, con un golpe decisivo, separó a los judíos de

su pasado, que hasta entonces había sido a la vez orgullosa herencia y pesada carga, y convirtió a estos inmemoriales franceses palestinianos del día y de la hora, a quienes se había de reprochar su origen asiático, en nada más que bretones con su origen británico, francos y visigodos con su origen germánico, o normandos con su origen escandinavo.

De las puertas de la legislación revolucionaria francesa los judíos occidentales entraron en la vida europea. Ya no eran errantes extranjeros, soportados de mala gana, ni huéspedes admitidos con resignación. Tenían una patria. Estaban establecidos como ciudadanos con plenos derechos. Se los injertaba en el cuerpo de un pueblo poderoso y proferían mucho esta nueva relación político-biológica a aquel arraigo natural e inmemorial suyo del que ahora se les separaba.

Apegados a una mala costumbre que habían adquirido en los dos mil años anteriores, los judíos no se cuidaron de mirar más allá del momento y extraer de su nueva situación sus consecuencias y conclusiones lógicas. No pasó lo mismo con Napoleón, que extrajo de la idea de emancipación las conclusiones que los hebreos no habían sacado. Interpretó la igualdad de derechos en el sentido de que los judíos habían de convertirse en franceses sin ninguna reserva. Sin ninguna reserva, es decir, sin el deseo ni la esperanza de ningún cambio futuro en sus relaciones con la patria, sin ningún ideal más allá del comprendido en el Estado francés, sin el cultivo de ninguna solidaridad con los suyos fuera de la frontera francesa, sin la conservación de ninguna línea divisoria entre ellos y sus semejantes cristianos, sin siquiera un secreto o inadmitido deseo de cualquier separación de seres dentro de la nación igualitaria.

Con desconfianza y sin piedad, el gran realista puso a los judíos en presencia del problema que no habían visto o no habían querido ver y exigió imperiosamente una solución inequívoca. Citó al Sanhedrín a París y entre las preguntas claras que le formuló se contaron las siguientes: Nº 3: "¿Puede casarse una judía con un cristiano y un judío tomar esposa cristiana, o establece la ley judía que los hebreos pueden casarse solamente entre sí?". Nº 4: "A los ojos de los judíos, ¿los franceses no judíos son hermanos o extranjeros?". Nº 6º "Los judíos nacidos en Francia y aquellos a quienes se concede la ciudadanía francesa, ¿consideran a Francia como su patria? ¿Están obligados a defenderla, a obedecer sus leyes y a observar las estipulaciones del código civil? El Sanhedrín no tuvo dificultad en contestar las preguntas cuarta y sexta, no solamente con sinceridad, sino con júbilo. Pero Sinzheim, el presidente de la asamblea, que tenía que formular las respuestas, quedó muy embarazado por la tercera pregunta. Porque fué esta pregunta lo que primero reveló al Sanhedrín el significado mediato y el significado final de la legislación francesa. Los hombres como Sinzheim entendieron perfectamente bien lo que se les pedía y, cruelmente atormentados en sus conciencias, se retorcieron como en un torno.

Porque lo que se les exigía era que, en favor de este nuevo presente, renunciaran a la vez a su pasado y a su futuro. No debían recordar ya que una vez habían estado a los pies del Sinaí; no debían abrigar ya la esperanza de que les estaba reservada la renovación de algún destino mejor. Debían dejar de creer en el Mesías y de anhelar su llegada. Se habían rehusado a reconocer a Jesús de Nazareth

como Mesías y por esa negativa habían pagado dieciocho siglos de infierno en la tierra. Ahora se les pedía que reconocieran en la Revolución Francesa y en el Imperio Francés la realización de sus esperanzas mesiánicas y, por ende, que admitieran ya sea que durante dieciocho centenas de años habían esperado este acontecimiento político, o bien que habían estado engañados por una larga ilusión.

Pues bien, la esperanza mesiánica no es el centro ético ni el metafísico de la religión judía. Es su centro histórico. Los judíos piadosos y sabios se negaron a admitir, para sí mismos, que, conforme a la intención de los legisladores cristianos, la emancipación significaba el desarraigo de la esperanza mesiánica de sus corazones. Evitaron, simplemente, advertir la significación de sus derechos cívicos. Consintieron en aceptar a Francia como patria eterna, ser franceses y nada más que franceses, y al mismo tiempo siguieron implorando, en sus plegarias, la llegada del Mesías...

En el curso del siglo XIX el ejemplo de Francia fué imitado por todos los países civilizados. Más tarde o más temprano, en todas partes, excepto en la Rusia zarista y en Rumania, se dió a los judíos nativos una patria, y en todas partes, abierta o tácitamente, se les impuso la condición de que esa patria debía ser considerada definitiva y aceptada sin reservas, y que se prohibía a los nuevos ciudadanos que se dedicaran a cualquier tendencia centrífuga o aún a sueños centrífugos.

La multitud es irreflexiva. Esto es cierto, también, en lo que atañe a las masas judías. Esas masas no tuvieron una clara noción de las condiciones que habían aceptado. Después de muchos siglos de fugas y de constante vagar,

se consideraron felices con la sensación de tener, al fin, terreno firme bajo sus pies. La costumbre inmemorial las persuadió de que observaran sus antiguas tradiciones religiosas, todas las cuales simbolizan el nacionalismo judío y evocan a la vieja patria de Palestina. Convirtieron esas ceremonias en rutina y no pensaron en su significado. Con demasiada calma siguieron implorando por el retorno a Jerusalem. Pero esto no las turbaba, porque elevaban sus plegarias más y más raramente cada vez, con una atención cada vez menor por su contenido, a medida que se extendía el olvido del idioma hebreo en que estaban compuestas.

Una minoría de judíos muy cultos y éticamente sensitivos no podía substraerse tan ligeramente a sus dificultades. Esta gente necesitaba una relación firme con la vida y con su mundo. Buscaban la sinceridad y la armonía interna, una filosofía que pudiera satisfacer la mente y el corazón a la vez, que pudiera conciliarse con la lógica e impedir un trágico conflicto de ideales. Hallaron varias soluciones al problema, cuya gravedad supieron apreciar. Los mas acomodaticios eligieron el camino mas fácil: se sometieron al bautismo. Se hicieron apóstatas. Aceptaron la religión dominante del Estado. Decenas de miles de judíos, entre ellos muchos de privilegiada inteligencia, han elegido este camino en el siglo XIX cuando, para evitarlo, sus padres habían preferido destierro tras destierro, y a menudo la muerte en la hoguera. Otros desdeñaron el bautismo como acto de insinceridad consigo mismos, así como con sus semejantes cristianos. Escogieron la actitud de la indiferencia religiosa... Estos fueron más numerosos aún que los apóstatas decididos. La burla según la cual el judaísmo se había convertido en

una religión de ateos era justa. La esperanza de este grupo era que su tendencia iluminista haría tan rápidos progresos entre los cristianos que pronto quedarían confundidos con la gran masa de librepensadores de diversos orígenes. Un tercer grupo, finalmente, se decidió por una política de oportunismo, que no fue ni muy heroica ni muy atractiva. Estos judíos consintieron en seguir siendo judíos. Pero armonizaron su judaísmo con la negación de toda esperanza mesiánica. La reformaron, es decir, reemplazaron su venerable ropaje oriental por una elegante casaca de corte moderno. Convirtieron su sinagoga en una iglesia sin cruz y la llamaron templo. Eliminaron el idioma hebreo, que ignoraban, del libro de plegarias, y expurgaron de las oraciones toda referencia al Mesías y a la restauración de ellos mismos. Conscientemente, el judaísmo reformista rompió con el judaísmo histórico...

Además de los apóstatas, de los librepensadores y de los reformistas, surgió un cuarto movimiento, que buscó otros medios de conciliación filosófica con el mecanismo inherente al judaísmo. Los rabinos que representaron este movimiento inventaron la famosa teoría de la misión de Israel. Pero aun al decir que la inventaron les estoy haciendo demasiado honor. No hicieron más que tomar una doctrina que la Iglesia Cristiana había enseñado durante muchos siglos y, con impudicia, la revalorizaron. ¿Qué era esa doctrina? Que el pueblo judío estaba condenado por la Providencia a ser dispersado por la tierra, y vivir en el destierro y la degradación, a fin de ser en todas partes un testigo viviente de la verdad de las Escrituras y de sus profecías, y que no habrá expiado su pecado hasta el fin de

los días, en que el Salvador reaparecerá sobre la tierra y los últimos realcitrantes le aceptarán y no habrá más que un rebaño y un pastor. Veamos qué enseñaron los propagadores de la idea de la misión de Israel. Enseñaron que el pueblo judío estaba destinado por la Providencia a vivir disperso, para ser en todas partes un testigo viviente de la verdad de las Escrituras y de sus profecías, y que no habrá cumplido su misión hasta que los últimos realcitrantes hayan aceptado el Dios Único y la necesidad del amor fraterno entre todos los hombres y no haya más que un rebaño y un pastor. Es, como se ve, la doctrina idéntica, salvo el reemplazo de las palabras que simbolizan juicios de valores por otras. La Iglesia dice, condenado: los rabinos, dicen, destinado; la Iglesia habla de la expiación de la culpa; los rabinos lo llaman el cumplimiento de la misión...

En estas diversas formas se cumplió el autosacrificio del judaísmo histórico. La idea central que había creado su solidaridad durante tantos siglos quedó destruida y empezó el proceso del desmenuzamiento. Solamente los hebreos de Oriente siguieron algún tiempo intactos ante este decaimiento y constituyeron una masa nacional. Por eso los judíos occidentales se disociaron categóricamente de sus hermanos del Este y pretendieron usar el término "judío polaco" como insulto. Como recompensa por tanta doblez en un pueblo que durante tan largo tiempo había sido considerado empecinado, este pueblo esperaba que el mundo cristiano se deshiciera de todos sus viejos prejuicios y reconociera a sus miembros como verdaderos compatriotas y hermanos. Durante una breve generación, alrededor del tercer cuarto del siglo XI, pareció que en verdad habían llegado a esa meta.

Hubo unos pocos años plácidos, más o menos entre 1860 y 1875, en que aparentemente no hubo problema judío en Occidente. Donde el viejo odio ardía aún bajo las cenizas era objeto de piedad y hasta de hilaridad. Los judíos lo miraron como una extraña supervivencia, tal como podría mirarse a la creencia en las brujas o en el diablo.

El último cuarto del siglo XIX fué señalado por un cambio repentino y catastrófico. De un extremo a otro de Europa ardió un encendido antisemitismo sin paralelo desde la Edad Media. Con desesperado asombro los occidentales de fe mosaica vieron cómo sus conciudadanos cristianos, como individuos y como grupos sociales, renegaban de aquella igualdad que les había conferido su entidad jurídica: el Estado. Sobre todo, se negó una vez más a los judíos hasta la capacidad del sentimiento patriótico; una vez más se les llamó extranjeros y se les trató como tales. Y ésa era la herida más dolorosa que se les podía infligir. Celosamente, hasta furiosamente, habían negado la existencia misma del pueblo judío; habían negado violentamente toda solidaridad con los judíos extranjeros; habían perdido en el trueque, de bastante buena gana, toda esperanza de un futuro nacional para su pueblo, todo deseo de ese futuro. Y ahora eran extranjeros otra vez. Lo que les hirió más profundamente fué que los antisemitas no dieron cuartel a los librepensadores, ni a los reformistas ni aun a los apóstatas judíos. Si determinada clase de judíos fué tratada con algo menos de rudeza, fué, precisamente, la clase despreciada y humillada de los judíos religiosos y reaccionarios, con sus sentimientos nacionalistas y su fe mesiánica.

Porque triunfaba un nuevo principio en el mundo civilizado: el principio del nacionalismo. En la conciencia de las clases cultas, ocupó precisamente el lugar que en épocas anteriores había sido ocupado por la religión. El sentimiento de solidaridad, necesario a los hombres, iba a derivar ahora exclusivamente de su pertenencia a la nación, y esa pertenencia debía ser condicionada, no por lealtades comunes, o idioma y moral comunes, o experiencias e ideales comunes, sino exclusivamente por ascendencia y sangre comunes. Este principio exagerado del nacionalismo, transformado en insensatas teorías de raza, revelaba la misma exclusividad y arrogancia, el mismo fanatismo y hostilidad hacia el extraño que había demostrado la religión de la Edad Media. Una vez más los judíos afrontaron una muralla que no tenía puerta; una vez más fueron tomados por extranjeros, en sus patrias legales, por sus conciudadanos legales, y tratados en tal carácter; una vez más fueron moralmente expulsados de Europa.

Fué diverso el efecto de este cambio radical de actitud sobre los hebreos occidentales, entre quienes se habían roto los vínculos o se habían manifestado los principios de la disolución. Por una parte, apresuró el movimiento de apostasía, que había comenzado con la emancipación misma y produjo, aquí y allá, una fuga en masa ante el enemigo. Por la otra, causó una curiosa ceguera voluntaria del alma. Muchos aseguraban que no habían observado aquel antisemitismo cuyo puño amenazador se alzaba contra ellos. Quizá no lo hayan observado en realidad. Otros asumieron una noble postura militante y emprendieron osadas campañas contra los antisemitas, que consistieron en gloriosas quejas

a ministros de Estado y otros personajes gubernamentales, cada vez que algún profesor trivial llamaba perezoso o cosa parecida a un estudiante judío en presencia de toda la clase reunida. Y, finalmente, hubo quienes, conforme al principio homeopático de que en la enfermedad está el remedio, se convirtieron ellos mismos en antisemitas de la más enconada y ponzoñosa especie. Así se creyeron a salvo de toda vejación, pues los gentiles no podían infligirles afrenta o difamación o vergüenza alguna que no se hubieran infligido ya ellos mismos.

Pero esta nueva expulsión moral de sus patrias y de la sociedad europea tuvo un efecto de carácter muy diferente sobre una parte de los hebreos occidentales. Es todavía una parte muy pequeña, pero importante, porque comprende a la juventud judía que une el carácter al intelecto. Decenas de miles de jóvenes judíos de alta cultura y elevados ideales han retornado a las grandes tradiciones históricas de su pueblo; han revivido dentro de sí mismos el pasado judío y despertado a una fe en el futuro judío como incentivo para la acción vigorosa. Con tranquilo orgullo, estos jóvenes judíos han aceptado el principio de la nacionalidad y la raza sin abandonarse ni por un momento a las exageraciones grotescas y a las insensatas inferencias de estos principios, y así afirmaron para sí su propia nacionalidad y su raza judía. Se unieron a los judíos de Oriente, en quienes esta conciencia de lo que eran no tenía que ser despertada previamente por nuevas persecuciones, y se consagraron a la concentración y reconstrucción del pueblo judío, que desea, como los pueblos más felices, vivir su pro-

pia vida nacional y, viviendo esa vida, prestar su aporte, libre e igual, a la humanidad.

El siglo XIX fué la época de la descomposición del pueblo judío, el que, a cambio de su aparente admisión dentro de la familia europea de naciones, estaba dispuesto a abandonar su pasado, su futuro, su mismo yo. El siglo XX se anuncia como la época de concentración de todos los elementos vitales, de todos los elementos valederos de los judíos que están decididos a llevar adelante la historia de su antiguo pueblo, de conformidad con sus inmutables ideales. Y en este siglo veremos si el pueblo judío decide perecer o vivir.

Yo, por mi parte, estoy lleno de esperanza. El primer procurador de la Iglesia rusa, Pobjedonoszeff, que durante veinte años fué en Rusia, después del zar, el hombre más poderoso, explicó un día cómo entreveía la solución del problema judío en Rusia. La tercera parte de los judíos en Rusia, dijo, aceptaría el bautismo y la rusificación, otra tercera parte moriría de hambre, y la parte restante emigraría.

Puede haber un elemento de verdad en esta profecía. Durante el siglo XX una parte del pueblo judío puede desaparecer por medio de la conversión, aunque no creo que llegue a ser un tercio; otra parte, aunque probablemente no morirá de hambre, puede ser llevada por la miseria a los partidos obreros revolucionarios y fundirse con ellos en completo olvido de su carácter y sus orígenes. Pero otra parte despertará a un viviente judaísmo de acción nacional creadora, y esta parte —pueden estar seguros de ello tanto nuestros amigos como nuestros enemigos— será una parte noble, digna y destacada de un pueblo antiguo pero rejuvenecido.

A N T I S E M I T I S M O

ILOTAS Y ESPARTANOS

Desde los primeros tiempos en que adquirí nociones de historia griega, los ilotas lacedemonios me han atraído de modo singularmente misterioso. No sabemos mucho de aquel pueblo oscuro, y malaventurado, nada seguro acerca de su origen, nada, en absoluto, sobre su mentalidad y sus sentimientos. Las escasas noticias que tenemos de los ilotas nos han sido transmitidas por sus opresores y sus detractores, los espartanos. Ellos mismos perseveran en el mutismo. En vida no les fué permitido expresarse por medio de las sublimes formas de la manifestación histórica: el bronce y el mármol del monumento, y el perennemente sonante verso del poeta. Al extinguirse fueron bajados a la fosa común de los pobres que no tienen nombre en la Historia.

Ellos, al igual que todos los seres que sufren, habrán tenido sus suspiros y sus gemidos, sus cuentos y sus leyendas, en que ellos eran los señores, y los espartanos sus siervos, y habrán tenido sus adagios y sus fábulas, en que se vengaban de sus perseguidores reaccionando con dichos agudos a los tormentos, y sus canciones llenas de tristeza de muerte, en que su desesperación se deshacía en llantos. Pero aquellos movimientos del alma del pueblo no han llegado hasta nosotros. Susurraríanse, tal vez, sólo en los sótanos y

en los departamentos interiores, entre dos luces, cuando no se hallaba cerca ningún escucha lacedemonio. Los ilotas son condenados en contumacia, y no se defienden.

Acaso fuera esto lo que me prevenía en favor de los ilotas. Habría deseado ser defensor de oficio de aquellos acusados indefensos. No pensaba, cierto que no conscientemente, en alguna semejanza de su destino con el de mi propio pueblo. Era yo colegial por la década de 1860. Por aquel entonces no había antisemitismo declarado; al contrario, estaba preparándose en todas partes la emancipación, y nunca se me habría ocurrido la idea de considerarme un ilota, y mi destino análogo al de los ilotas.

Otros colegiales soñarían con un drama de historia romana. Yo, al despertar de mi afán de escritor, soñé con una tragedia de ilotas. Compenetrábame de la situación de los ilotas, al extremo de olvidar el mundo en que vivía. Odiaba a los mothaxes, los encopetados hijos de madres ilotas y padres lacedemonios, quienes no querían tratar en absoluto a los parientes maternos; despreciaba a los neodamodes, ilotas asimilados a los espartanos y que se creían superiores a sus hermanos de raza, a quienes daban la espalda; lloraba de impotente rabia al hacerme presente la krypteia, la persecución anual a los ilotas, con algo de devastación, brutalidad y asesinato, y que era organizada por el gobierno para que ni los espartanos ni los ilotas olvidaran sus relaciones recíprocas; y causábame bochorno la infamia de la beodez animal a que se obligaba a los ilotas con el fin de enseñar a los espartanos, con el ejemplo de aquéllos, a menospreciar la gula. Mas, a fuerza de penetrar en aquellos distintos esta-

dos de ánimo, tuve un día una idea tan espantosa que me horrorizaba de mí mismo.

Podía ser que hubiera ilotas que, resignados a su condición, hasta le fuesen encontrando placeres; ilotas a quienes gustaba el vino y que consideraran una chispa gratuita como una bendición de Dios. Al hacerse los preparativos para el gran espectáculo pedagógico, durante el cual los ilotas hubieran de embrutecerse de modo asqueroso, para que su envilecimiento hiciese presente a los jóvenes lacedemonios su propia nobleza y superioridad, los ilotas se ofrecieron, tal vez, en masa como objetos de enseñanza, para beber con exceso, ávidos y chasqueando la lengua, el vino que se les sirviera, alcanzando con una sonrisa la copa a los escanciadores, y antes de que se desplomasen, su último pensamiento fuera, tal vez, éste: "¡Lo tontos que sois, espartanos! ¿No soy más inteligente que vosotros? Bueno: despreciadme, en tanto que yo bebo vino gratuito, que me gusta mucho". En esta capacidad de sentir la extrema humillación de la propia persona como un mérito personal, y de apreciar el goce de la infamación más vil, veía yo el más horripilante clímax de la tragedia de los ilotas.

No he compuesto la tragedia de los ilotas. Fuí llegando a la edad adulta. Otros proyectos me hicieron abandonar aquel plan primitivo, que se iba esfumando cual desvanecido sueño de la juventud. Tomaba yo parte en las luchas ideológicas de la época, sin mucho pensar en mi origen, orgulloso de mi dignidad de hombre, orgulloso, también, de mi cultura nacional alemana, de que estaba compenetrado y pletórico. Mas, cierto día los alaridos del antisemitismo llegaron también hasta mi gabinete de trabajo; injurias gro-

seras contra los judíos me aturdíen los oídos; levánteme de un salto y salí corriendo, en la firme esperanza de encontrar armado a mi pueblo en todos sus lugares de reunión, dispuesto y determinado a vigorosas acciones de hombres profundamente heridos en su honor. Pero se me ofreció un espectáculo muy distinto. Algunos luchadores singulares se defendían con hermosa audacia. Pero la multitud iba rozando las paredes, agachados, con temerosa súplica en las miradas. De repente surgió ante mí, con palpitante actualidad, la tragedia de los ilotas con que había soñado cuando colegial. Vi la krypteia, la persecución a los judíos, en todas las partes de Europa; vi a los mothaxes, los de media sangre judía que quisieran pasar por super-arios; vi a los neodamodes, que alardean de su asimilación y que, por el afán de asimilarse, llegan a ser antisemitas de los más malignos y más rudes; y hasta vi —¡oh vergüenza insoportable!— a los ilotas judíos que sonríen y guiñan los ojos con astucia al ser compelidos con fustazos a que se envilezcan emborrachándose públicamente. Sí, he visto a judíos que llevan la mano al bolsillo, diciendo: “Los arios se creen superiores y nos niegan la dignidad de hombres. ¿Qué nos importa de ello? Somos más inteligentes, pues ganamos dinero en los negocios que hacemos con ellos”. ¡La ignominia asociada a un buen negocio, la humillación que permite todavía hacer fundaciones y llegar a millonarios, les parece una situación aceptable, y hasta una disimulada ironía del destino!

Yo no habría soportado ser pariente de aquellos ilotas acumuladores de bienes. Por fortuna, surgió en mi horizonte el sionismo y quitó de mi vista a aquéllos. La idea sionista se me presentó en personificaciones orgullosas, y

la más orgullosa es mi amigo Herzl. En los Congresos de Basilea conocí otro judaísmo, que me reconcilió conmigo y con mi pueblo. Desde que tengo presente este judaísmo, no he vuelto a pensar en la tragedia de los ilotas.

Los judíos sionistas no son ilotas. Son espartanos. “Con el escudo o sobre él”. Esto es hoy judío-sionista, tal como fué espartano en los tiempos remotos. En los sionistas alienta este orgulloso saber: ser judío es un alto honor, pues implica altos deberes, y la medida del valor moral del hombre está en el deber que el hombre toma sobre sí, espontáneamente.

Goethe no sabe epitafio más glorioso para el hombre, que éste:

“Un hombre fué,
es decir, un luchador”.

¿Cómo debió cantar al judío más moderno, al sionista? Puesto que ser sionista quiere decir ser dos y tres veces luchador...

HAIL, COLUMBIA!

¡Qué sobreexcitación ha habido en el avispero de la diplomacia europea! ¡Qué zumbidos destemplados! ¡Qué balidos desalentados! ¿Y cuál ha sido la causa de esta algarabía?

La nota circular de Mr. Hay, dirigida a los representantes de Estados Unidos acerca de las grandes potencias, llamando la atención de los gobiernos sobre la situación que Rumania, con su comportamiento, ha creado a los judíos.

Conocéis, sin duda, los hechos de que se trata: me limitaré, por lo tanto, a recordarlos brevemente.

Hasta 1878 Rumania se llamó Moldo-Valaquia y era un principado, semi independiente bajo la soberanía de Turquía. El congreso de Berlín le otorgó la autonomía, elevándole al grado de Reino. Pero la Europa reunida bajo la presidencia de Bismarck impuso al nuevo estado por ella creado, una condición: debería garantizar a todos sus habitantes, aún a los judíos, expresamente designados, plena libertad religiosa e igualdad absoluta de derechos.

Rumania jamás pensó en cumplir esta condición, moviéndose de la manera más cínicamente descarada de las obligaciones que, solemnemente, había contraído en Berlín. Existen en Rumania 269.000 judíos, de los cuales muchos

descienden de familias que habitan en el país desde tiempo inmemorial, seguramente después de muchos siglos, y, por lo menos, desde la época que esos valacos que se pretenden descendientes de los romanos conquistadores de la Dacia; otros llegados de Rumania y de Galitzia se han fijado también allí desde hace varias generaciones. Por una ficción legal, ese cuarto de millón de seres humanos nacidos y criados en el país, que no tienen otra patria, que no poseen el mínimo vínculo en el exterior es considerado extranjero y designado con este nombre.

De tiempo en tiempo algún judío rico que hace inapreciables servicios a los políticos, es formalmente naturalizado ciudadano rumano, por una ley nominativa que debe ser propuesta por el ministerio, votada por las dos cámaras, sancionada por el rey. Desde veinticuatro años atrás, alrededor de 200 judíos han obtenido este privilegio. Cada vez que en el extranjero se eleva una voz contra el salvajismo de la intolerancia rumana, el gobierno enseña triunfalmente ese batallón sagrado de 200 judíos naturalizados y responde con su acostumbrada impudicia: "¡Qué! ¿Somos intolerantes nosotros? He ahí a judíos que son ciudadanos rumanos y que gozan de todos los derechos de los nativos. Bien veis que hacemos de lado todo prejuicio de raza y de religión". Y los judíos favorecidos saben perfectamente a qué precio han logrado esa condición, pero como naturalmente han sido seleccionados entre los más abyectos de su raza, se apresuran a certificar cobarde y vilmente a los crueles perseguidores de sus hermanos, que la Rumania es un paraíso de los judíos, que éstos no tienen por qué quejarse y que se calumnia a esos buenos, a esos generosos rumanos,

al denunciar sus crímenes contra los tratados escritos y contra las leyes no escritas, pero eternas de la humanidad.

Los demás judíos, aparte de los 200 agraciados por los políticos rumanos, están sencillamente fuera de la ley. Esto significa que no tienen derecho de poseer tierra, ni una casa; que no les es permitido habitar en la campaña; que están excluidos de las escuelas secundarias y de las facultades; que sólo son admitidos en las escuelas primarias, dicen los reglamentos, cuando queda sitio después del ingreso de los niños "rumanos", cosa que jamás ocurre.

Sin embargo, los judíos están obligados a participar en los gastos escolares, a pesar de que ningún provecho sacan de ello, viéndose constreñidos, para que sus hijos no carezcan totalmente de instrucción, a fundar escuelas a su costa; pero el gobierno acumula obstáculos, les prohíbe cerrar las clases los sábados, enseñar el hebreo, nombrar profesores judíos. No pueden ser ni abogados, ni farmacéuticos, ni ingenieros; siendo médicos, no pueden obtener ningún empleo en los hospitales, ni en los servicios sanitarios públicos. Tampoco pueden consagrarse a la enseñanza, ni aun a título privado; les está prohibido ejercer los oficios de buhonero, de corredor, de cambista, de banquero, de tabernero, y como si esto no bastase, un decreto recientemente dictado, más cruel que los anteriores, les interdice todos los oficios manuales, sin excepción. Todavía se les consienten que tengan tienda, pero no tienen derecho a trabajar como artesanos, sea independientemente, sea en casa de un patrón "rumano". También se les permite todavía pedir trabajo en las usinas, como jornaleros, pero los patrones no tienen el derecho de emplear a un obrero judío, sino en proporción

de tres "rumanos". Además, todo judío puede ser expulsado del país, por simple mandato de la policía, sin otra forma de proceso. Y hay que tener en cuenta esta otra consideración: aun cuando no les corresponda ningún derecho, los judíos están sujetos a todas las cargas de los "rumanos".

Pagan todos los impuestos, sin contar las sumas que la policía les arrancan por la amenaza, siempre suspendida sobre sus cabezas, de arrojarlos del reino. Prestan servicio militar sin tener derecho al menor ascenso, ni aun al modesto grado de suboficial. Sus superiores en el ejército, todos antisemitas feroces, los torturan odiosamente; pero si se quejan son condenados a trabajos forzados, y si se rebelan son fusilados con general alegría. El fin de este trato ha sido neta y brutalmente confesado: es preciso proletariar a los judíos, transformarlos, de la clase más inteligente e instruída de Rumania, que todavía forman, en brutos iletrados, estúpidos, abyectos, para luego reducirlos a la mendicidad, y por fin, exterminarlos por el hambre, la miseria, la desesperación sin salida. Se tiembla ante un cálculo semejante tan fríamente diabólico. España quemó a sus judíos o los expulsó en masa: fué menos cobarde y menos malvado que condenarlos a una exterminación lenta, a una espantosa agonía de dos o tres generaciones.

Los judíos, por su parte, obran también. Con sus restos de energía se destierran del suelo en que nacieron, pero que amenaza convertirse en la tumba de sus tormentos. Desde el año último, una violenta corriente de emigración arrastra a millares de judíos de Rumania, y otros millares se aprestan a seguir a los fuertes que los han precedido en el camino de la expatriación. Se alejan a pie, en largas carava-

nas trágicas, no llevando otra cosa que un báculo en la mano y el corazón lleno de pesadumbre.

Está bien emigrar; pero, ¿adónde se dirigen? Aquí se revela toda la belleza de nuestra civilización europea y toda la honestidad de nuestros gobiernos. Todos los estados cierran sus fronteras a los pobres judíos que huyen de la muerte que los persigue bajo su forma más horrible. Cuando más, se les consiente que atraviesen los países en compartimientos cerrados, como reses destinadas al matadero, pudiendo solamente exhibir una boleta para un destino situado más allá del estado que quiera atravesar. Durante el camino, no les es permitido bajar del tren. Si alguno de ellos muere, es preciso que lleven consigo el cadáver hasta el fin de su viaje. Los que no tienen dinero para pagarse un largo trayecto en ferrocarril, son detenidos por los gendarmes en las fronteras de los países limítrofes e internados en Rumania, donde son recibidos a garrotazos, y, a veces, también a sablazos. Ninguno de los gobiernos que con tanta presteza ha reglamentado la exclusión de los fugitivos rumanos de su territorio ha tenido el menor movimiento de piedad. Ninguno ha pensado un solo instante recordar sus obligaciones a los salvajes de Rumania, exigir el respeto de ellos a ese tratado de Berlín que, a pesar de todo, es un instrumento de derecho público europeo. Si Inglaterra, una de las signatarias y garantes de ese tratado, a la par de las demás potencias no ha hecho escuchar del gobierno rumano la voz del derecho y de la humanidad, por lo menos ha ofrecido un asilo a los expatriados.

Es verdad que también en Inglaterra se ha formado últimamente un partido que solicita que se cierre el Reino

Unido a los "inmigrantes indigentes", eufemismo que oculta la intención de referirse a los judíos rumanos. El continente europeo, por entero, los rechaza sin compasión. Inglaterra los tolera todavía, pero de mala gana. Solamente la América les abre sus brazos generosos y fuertes.

Y es la América igualmente la que ahora ha tomado la palabra y con su voz potente y grave pregunta a las grandes potencias europeas signatarias del tratado de Berlín: ¿Permitiréis entonces eternamente que Rumania viole los pactos, deshonne a la humanidad y cometa impunemente los crímenes colectivos más atroces? En esta forma de estudiada sobriedad, cada una de cuyas palabras deja como un rastro de fuego, Mr. Hay hace un resumen rápido, y sin embargo completo, de las leyes que anonadan a los judíos de Rumania. Comprueba que se trata de aniquilarlos, de cuerpo y de alma; admite que los Estados Unidos no han firmado el tratado de Berlín y que técnicamente no tienen derecho de exigir su cumplimiento. Pero, a pesar de todo, tienen un interés directo en este asunto, porque los expatriados rumanos, rechazados de todas partes, acuden en masa a Norte América, que acoge con placer a los inmigrantes judíos, que según la experiencia que tienen formada, poseen en alto grado las cualidades morales e intelectuales de excelentes ciudadanos. Pero quieren que la inmigración sea espontánea: no quieren que un país extranjero vuelque violentamente en la América toda una categoría de sus habitantes de que quiere deshacerse. Y, por lo demás, si los Estados Unidos no son signatarios del acuerdo de Berlín, tienen siempre la prerrogativa de hablar en nombre de los principios del derecho de gentes, de la humanidad y de la justicia eterna.

Protestan, pues, de la manera como Rumania trata a sus judíos, e invitan formalmente a las grandes potencias a llamar al orden a ese país.

Esta nota ha caído como un mazazo sobre la cabeza de la diplomacia del viejo mundo, que ha quedado atolondrada. Inglaterra, que no ha tenido el valor moral de tomar la iniciativa, por lo menos se ha apresurado a manifestar su adhesión. ¡Pero las demás no vuelven de su asombro! ¡Cómo! ¿Qué piensan esos americanos? ¿No les basta ya la doctrina de Monroe? ¿Nos prohíben, bajo amenaza de guerra, que nos mezclamos en sus asuntos y pretenden ahora mezclarse en los nuestros?... Y además, ¿qué significa ese lenguaje?... La humanidad... la justicia eterna... el derecho de gentes... ¿Acaso existe eso fuera de los versos de los poetas rancios? ¡Eso no es política: eso es retórica de asamblea política!

Lo que las cancillerías murmuran entre ellas en voz baja, los periódicos antisemitas de todos los países lo dicen en tono alto y agrio. Es la primera vez desde que esas hojas desempeñan su oficio de malhechores aplaudidos, que los judíos calumniados, vilipendiados, perseguidos por ellos y sus patrones declarados u ocultos, encuentran un defensor; ¡y qué defensor!, una potencia formidable que no puede ser considerada como cantidad despreciable. Y este hecho trastorna todos los cálculos de esos bribones cobardes. ¿Es decir que ya no se podrá cortar impunemente en la carne palpitante de los judíos? ¡Pero entonces el oficio fácil y lucrativo de antisemita llegará a ser imposible! Estos yanquis imprudentes que no se limitan a arruinar el comercio europeo y a acaparar toda la riqueza del globo, ¿pretenden,

también, ahora, practicar la policía de las costumbres e impedir que fieras, con cierta vaga apariencia humana, sacien sus instintos criminales en seres débiles, inocentes, indefensos?

Ignoro cuáles serán los efectos inmediatos de la iniciativa americana: probablemente Europa nada hará. Los gobiernos son todos antisemitas, y si no tratan a sus judíos como los rumanos, es porque son más hipócritas que éstos y más cuidadosos en su "pose" de civilizados y de cristianos. Y por otra parte, en materia de principios, la diplomacia europea no conoce más que el de "do ut des". La Rumania, en caso de guerra, puede llegar a ser una aliada pequeña, pero útil, mientras que los judíos no pueden ofrecer ni ejército, ni armada, ni base de operaciones de guerra. Hay, pues, gran interés en dejar a los judíos en manos de sus torturadores.

A pesar de todo, Mr. Hay no ha escrito su nota en vano: perdurará para honor eterno de la diplomacia americana. Crea un precedente de incalculable valor y señala una data en la historia de la civilización. Evidencia la existencia de una fuerza moral que se cierne, por derecho soberano, sobre las leyes escritas y los tratados mezquinos, para afrontar dondequiera la defensa de los débiles y de oponerse en todas partes a los delitos de lesa majestad.

Se ha podido temer, en estos últimos años, un retorno general a la barbarie: se estaba en adoración ante la fuerza de la piedad, vocablos pasados de moda desde largo tiempo bestial: se reía ruidosamente del derecho, de la justicia,

atrás; se hacía alarde de no conocer otra cosa que el más sórdido interés.

La nota de Mr. Hay, tranquiliza y consuela. ¡Hay, por lo menos, un gobierno que se atreve a profesar un ideal desinteresado! Los que casi desesperaron del progreso, vuelven a alentar confianza y no se avergüenzan de ser hijos de la civilización moderna y testigos del siglo vigésimo.

1902.

EL PODER DE LA PRENSA

No sé si el proceso Beiliss ha tenido en América la misma resonancia que en Europa. Aquí se le ha seguido con una pasión que recuerda un poco la que desencadenó el caso Dreyfus. Los poderes públicos de Rusia, confabulados con la hez del pueblo contra la justicia y la verdad, se encarnizaba contra Beiliss, un desdichado judío de Kief, a quien se perseguía con la acusación monstruosa de haber asesinado a un niño ruso llamado Yuschinsky, para emplear su sangre en ritos religiosos judíos. Los jurados de Kief, nueve pobres paisanos y tres empleados inferiores del gobierno, lo han declarado al fin inocente. Y este resultado se debe a la influencia benéfica de ambos mundos, como lo demostrará claramente un breve resumen de esa causa célebre.

En Rusia existe una voluntad suprema que, para bien o para mal, decide toda la vida de ese inmenso estado: la voluntad del zar. Este hombre, divinizado por la turba de esclavos cargados de oropeles que lo adulan de rodillas, tembló durante la asonada de 1905. Porque ese movimiento no fué en realidad más que una asonada, aunque los valientes campesinos de la libertad persistan tercamente en llamarlo revolución. No pueden pretender el nombre de re-

volución las violencias espasmódicas desordenadas de jóvenes llenos de entusiasmo y dispuestos a todos los sacrificios, pero dotados de poco juicio, que sin idea común, sin organización, sin jefe, sin plan, sin objetivo, sin método, maltratan y destruyen ciegamente, que saben morir admirablemente, pero que no conocen disciplina ni obediencia.

En fin, ese movimiento, sea cual fuere su nombre, fué falsamente apreciado por el zar, que lo consideró el fin de todas las cosas. En visiones de terror figurábase ya a la muchedumbre aulladora invadiendo los palacios imperiales, haciéndolos volar con dinamita, paseando cabezas augustas en las puntas de las picas. Ese terror no duraba más que unas semanas, pero sus efectos no han pasado todavía. Ha trastornado para siempre el sistema nervioso de la emperatriz, y ha despertado en el emperador una sed de venganza diabólica que parece fomentada por los fuegos del infierno y que nada sacia.

Desde 1905 el verdugo no ha tenido punto de reposo. Se desencadenaron la tortura y la muerte contra los nacionalistas que en los días de desorden se habían alzado contra la opresión. El zar ordenó una matanza general de paisanos curios, estonios y letones, que, en todo el litoral del mar Báltico y hasta en el interior de las tierras hizo seguir al breve tumulto el silencio del cementerio. Quebró la autonomía de Finlandia y de una plumada tachó los derechos del gran ducado, que había jurado respetar. Arrancó al costado de la Polonia un pedazo de carne viva y palpitante, la gobernación de Kleilm, y sometió a los polacos al régimen del presidio. Pero a los que castigó más rudamente y más inexorablemente, fué a los judíos.

Eso se comprende. Los seis millones de judíos de Rusia no viven en ninguna parte en masa compacta y coherente. Están diseminados de una manera bastante uniforme dentro del radio donde se les permite residir, y en todas partes forman una minoría fácil de separar del resto de la población, de aislar y de encerrar. No hay que temer de ellos, como de los paisanos y aldeanos de las demás nacionalidades del imperio, arranques de desesperación, y mucho menos una resistencia organizada. Al maltratarlos el zar halaga las pasiones bestiales de la plebe y se asegura una popularidad que no desea ni puede conquistar con reformas benéficas.

Los judíos se han granjeado el odio despiadado del zar por la participación que algunos de ellos tuvieron en las violencias de 1905. Jóvenes judíos, estudiantes y obreros socialistas, siguiendo su temperamento excitable, violento y excesivo en todas las cosas, se embriagaron entonces desmedidamente con discursos libertarios. Se entregaron hasta perder el sentido a las orgías del anarquismo. Con un heroísmo y un anhelo de martirio conmovedores e insensatos, se colocaban entre los primeros que luchaban en las barricadas. En muchos sitios parecían ser los directores del movimiento. En todas partes eran el fermento de las masas rusas, pesadas, lentas y estancadas.

Naturalmente, la inmensa mayoría de los judíos censuraban severamente esa actitud de unos cuantos exaltados. Los padres de familia tranquilos, intimidados por la persecución permanente, preveían con horror que nada bueno iba a salir de esos furores ciegos, y que eran ellos los que tendrían que pagar las consecuencias de las locuras. Pero les

era imposible sofrenar a su juventud. Los padres no tienen autoridad sobre sus hijos, sobre todo entre los judíos rusos, cuya generación joven comienza su ascensión con la ruptura despreciativa y burlona de las tradiciones de familia.

Pero los cortesanos supieron convencer al zar de que la asonada de 1905 había sido una fechoría puramente judía, de la que era responsable el judaísmo en masa; los rusos ortodoxos que habían aparecido al lado de los agitadores judío eran pobres tontos que, vueltos a la razón, se habían arrepentido ya de su pasajero extravío; los judíos, por el contrario, eran incorregibles; soñaban vengarse del único estado cristiano que había sabido tenerlos a raya, y nunca se contentarían con menos que con el aniquilamiento total del imperio ruso.

El zar escuchaba ávidamente esas manifestaciones incesantes de su círculo. Las creía sin reserva y cultivaba en su alma gérmenes que siempre había habido en ella, hasta desarrollarlos en un odio al judío que el calificativo de nenoriano caracteriza suficientemente. El pecado que en 1905 habían cometido los judíos, algunos de ellos o todos, lo expiarían terriblemente. Las represalias debían atacar a los seis millones de judíos que viven dentro de los límites del imperio y están bajo la férula del estado, y no había que perdonar ni a las criaturas en el vientre de su madre. Aquellos a quienes se podía prender, los culpables o simplemente sospechosos, fueron entregados inmediatamente al calabozo, horrenda tumba de vivos, a la tortura o al cadalso. Contra los otros, aquellos a quienes no se podía reprochar ni la sombra de una incorrección personal, el zar hizo organizar "pogams", esto es, matanzas, oficiales que las autorida-

des ejecutaron con mucho método por medio de las tropas, de la policía de uniforme y de particular, y de los criminales de profesión, clientes ordinarios de ella y siempre a su disposición.

Unos cuantos millares de judíos fueron víctimas de esas orgías de sangre y de lodo que empezaron con violaciones y asesinatos y acabaron con saqueos, robos e incendios; pero el zar no se sintió satisfecho. El resultado era demasiado pobre para un esfuerzo tan grande. La muerte de unos cuantos millares de judío no disminuía sensiblemente los seis millones, y hacía un ruido que llamaba desagradablemente la atención del mundo. El buen nombre de Rusia iba a sufrir menoscabo si no se sabía impedir los desórdenes y proteger la vida y la propiedad. Los malditos judíos comprometían a su querida patria rusa hasta cuando los saqueaban, los emporcaban y los degollaban los "verdaderos rusos".

Había que emplear otros medios, menos rápidos quizá, pero más eficaces. Se expulsó entonces a los judíos adultos de todas las carreras superiores, del comercio mismo hasta donde era posible, y a los jóvenes se les cerró todas las escuelas públicas, para rebajarlos al nivel de los mujics, embrutecidos. Se les echaba de su lugar de residencia y se les concentraba en algunas gobernaciones del oeste, como se acorralan ovejas. Y como allá no había para ellos trabajo ni medio alguno para ganarse la vida, se les condenaba de hecho a morir de hambre.

Pero tampoco bastaba eso. Los jefes de los Cien Negros idearon un plan que fué calurosamente aprobado por el zar. Un niño Yuschinsky había sido asesinado en Kief por una cuadrilla de criminales inveterados que querían librarse de

él porque el infeliz conocía algunos de sus crímenes, y se acusaría a los judíos de haberlo degollado para mezclar su sangre con el pan ácimo pascual. Un pobre judío llamado Beiliss fué arrestado bajo la acusación de haber cometido ese infanticidio ritual, solo o en compañía de otros judíos.

Lo que siguió a esto no tiene precedentes en la historia moderna. Un periodista ruso de Kief y un jefe de policía se pusieron en campaña y descubrieron sin dificultad a los verdaderos autores del asesinato, una mujer Cheberiack y sus amigos, bandidos conocidos por las autoridades. Se echó al jefe de policía de su puesto, se encarceló al periodista, se les encausó por falsa denuncia, pero no se molestó a los asesinos denunciados. Se mantuvo a Beiliss bajo cerrojo, en secreto, durante dos años y ocho meses, sin entablarle el juicio correspondiente.

Entretanto, se encontró en el fondo del Asia, en Turkestan, un sacerdote católico degenerado, Pranaitis, que afirmaba la existencia de infanticidios rituales entre los judíos y citaba como prueba libros hebráicos, que la defensa pedía en vano que se mostraran y que Pranaitis se negaba a presentar, por la sencilla razón de que no existen. Un ex profesor universitario, Sickonsky, en un largo informe pericial, declaró también que el estado del cadáver del niño Yuschinsky probaba hasta la evidencia el infanticidio ritual. Las primeras autoridades médicas de Europa, reunidas en el congreso internacional de medicina en Londres, tacharon a Sickorsky de cretino ignorante o de calumniador infame. El pedido de un segundo informe pericial hecho por la defensa fué duramente rechazado por las autoridades. La policía aterrorizaba, perseguía, encarcelaba a los testigos de

descargo y dictaba la elección a elementos propios que depunían contra Beiliss de acuerdo con esas instrucciones policiales.

Al fin se permitió que el acusado compareciera ante el jurado de assises de Kief. Se formó el jurado con nueve paisanos elegidos entre los más cortos de alcance, pobres medio solvajes, analfabetos y tres empleados inferiores del gobierno que temblaban por su puesto y por su pan. Se limitó la publicidad de las actuaciones lo más posible. Se amenazó a los periodistas encargados de hacer la crónica de esas actuaciones con la expulsión y la cárcel si se atrevían a ser imparciales. Se castigaba y confiscaba a los diarios que revelaban las maniobras criminales de la policía y de la instrucción. Se obstruía la defensa con los embrollos legales más refinados. Se preparaba a mentirosos siniestros y grotescos que contaban a los jurados las fábulas más horripilantes sobre los asesinatos rituales, y se cortaba la palabra a los defensores que querían exigir a esos farsantes una prueba cualquiera de sus patrañas idiotas.

A pesar de todas estas violencias, a pesar de todas estas bajas maniobras de la corte, del ministerio público y de la policía, los doce infelices del jurado tuvieron la honradez realmente heroica de desafiar los odios antisemitas, las amenazas de los Cien Negros, la presión del gobierno, y la de resistirse al envenenamiento de su alma con los desvaríos calumniosos de los pretendidos peritos, y absolvieron a Beiliss, cuya inocencia era tan palmaria que no dejaba la menor duda ni en el ánimo de paisanos sin instrucción alguna.

El fin que perseguía el gobierno ruso era bestialmen-

te sencillo. La suerte de Beiliss no le interesaba. Esa era una víctima designada por simple casualidad. Lo que quería era conseguir, por un simulacro de proceso judicial, una condena regular que probara, mediante un juicio hecho con todas las formas legales, la existencia del asesinato ritual entre los judíos. Esa sentencia iba a herir de una manera general a los 6.000.000 de judíos de Rusia, y un poco también a los que tienen la dicha de vivir fuera del imperio del zar. Armado de esa sentencia, el gobierno podía tratar a los judíos rusos de asesinos legalmente juzgados y condenados, y así se les privaba de todos los derechos del hombre. Si les trataba peor que a animales, si se les entregaba a las brutalidades sistemáticas de la policía y de los pogromos, eso no sería ya una persecución de inocentes, sino un castigo justificado de criminales.

Y este plan iba realizándose punto por punto, a los ojos azorados de los rusos honestos y del mundo. No causaban más que risa, en San Petesburgo, las protestas de algunas personas honradas, de sociedades, de reuniones públicas. Se afectaba encogerse de hombros y decir burlonamente "¡Vaya: es el oro judío que trabaja!" Los gobiernos, temblando ante Rusia, se negaban a intervenir pretextando hipócritamente que no tenían derecho a inmiscuirse en las cuestiones internas de un estado soberano o a perturbar el curso de la justicia "regularmente administrada".

Si, a pesar de esta connivencia cobarde y criminal, el gobierno ruso retrocedía ante lo extremo y no suprimía simplemente la defensa y la publicidad de las actuaciones,

haciendo así posible el veredicto libertador, era porque tenía miedo.

Es que una voz de trueno le había gritado de pronto: "¡Atrás, infames!" Y los infames palidecían y perdían pie temblando. La voz que había lanzado ese grito formidable era la prensa de ambos mundos. Sólo ella tenía valor para hacer lo que no se atrevían a intentar los gobiernos de las grandes potencias: defender a la civilización deshonrada del siglo veinte. Los pocos órganos de los "Cien Negros" en Rusia y fuera de Rusia se estorzaban en vano por proteger a los directores oficiales del drama policial y judicial de Kief. Sus balbuceos mentirosos se perdían en el coro unánime de los diarios honrados, que llenaba al mundo de un polo al otro. El plan del zar y de sus cortesanos ha fracasado. Saben ahora que, aunque todos los gobiernos se revuelquen ante ellos, queda un poder al que no pueden desamarrar: la prensa.

¿Qué no se dice contra ella? La prensa tiene sus defectos, no lo niego. En todas partes hay diarios "amarillos", en todas partes hay diarios que cultivan un imperialismo patriotero, agresivo, que pone en peligro la paz del mundo; en todas partes hay publicistas incompetentes o faltos del sentido de la responsabilidad. Pero los casos de sarna son raras excepciones en el rebaño. En general, la prensa es, a pesar de todo, la conciencia de la humanidad y el tribunal supremo para los vivos y los muertos. En las cuestiones en que el tribunal de La Haya es impotente, la prensa conserva su competencia; a la larga, ningún estado puede substraerse a su jurisdicción, y sus sentencias implican la sanción que

hasta hoy se ha procurado dar en vano a las del tribunal de arbitraje de La Haya.

Esa sanción es la opinión pública simplemente. Ningún poder consigue suprimir la opinión pública. Es imposible pasarla por alto. La opinión pública es la expresión de las fuerzas fundamentales que sostienen a la sociedad y al estado. Todos los medios de acción de los gobiernos son superestructuras erigidas sobre el terreno de la opinión pública. Los poderes sienten eso instintivamente aunque su razón no lo comprenda. Y tiemblan cuando el suelo vacila sordamente bajo sus pies amenazando abrirse y tragarlos.

1913.

LAS CAUSAS PSICOLOGICAS DEL ANTISEMITISMO

El señor Modigliano comienza sus comentarios a las observaciones del Señor Loria sobre "Las bases económicas del antisemitismo", con genuflexiones, sosteniendo que "los axiomas —de dicho sabio de la economía nacional— no admiten discusión". Lamento, pues, verme obligado a discutir dicha competencia; más aún, la niego en absoluto en cuanto al antisemitismo se refiere.

En su hipótesis, donde establece que las persecuciones judías de la Edad Media y de nuestros tiempos fueron ocasionadas por la envidia que siente el capital "bautizado" contra el capital "circuncidado", demuestra el autor no poseer ni siquiera una leve noción de este problema. Supongo asimismo que el Señor Loria, como la mayoría de los asimiladores incondicionales, ignora totalmente las cuestiones atinentes al judaísmo, su situación y las condiciones de su existencia.

Hay quienes se imaginan que todo aquel que desciende de judíos conoce forzosamente los problemas judíos o por lo menos alguno de sus aspectos, y se dirigen a él para obtener datos seguros sobre el problema. Pero en realidad estos judíos asimilados perdieron todo contacto con su raza, no saben nada de ella y aun se enorgullecen haciendo alarde

de su ignorancia. Ellos investigan la vida de los patagones, tratan de ilustrarse sobre los indios, leen todo lo referente a los **botocudos** y demuestran gran interés por los **papúes**. El único grupo humano, que según ellos no merece ninguna atención, es el judío. Suponen estos delicados señores, que sólo así su "asimilación" será considerada por los cristianos como efectiva.

No vengo aquí a reprochar a estos correligionarios que se avergüenzan de nosotros, reniegan de sus familias y se apartan de nuestro seno. Pero exijo que permanezcan consecuentes con la lógica de su conducta. Si alguien se dirige a ellos a fin de recabar algunas informaciones sobre nosotros, deben excusarse y no facilitarlas, apartando así todo equívoco en cuanto a sus relaciones con nosotros se refiere y declarar honradamente su falta de competencia en nuestras cosas.

El Señor Loria ve el antisemitismo en la riqueza judía; su error puede explicarse tan sólo por el hecho de que adquirió sus conocimientos sobre los judíos de fuentes exclusivamente antisemitas. La "riqueza de los judíos" no existe en absoluto; es un invento de los antisemitas, arraigado en sus corazones por el odio. Esta riqueza, que está bien lejos de ser la causa del odio a los judíos, no es más que un mito inventado por los que difunden esta leyenda a fin de dar una especie de explicación a los sentimientos que descubren ante nosotros.

La verdad es, que el pueblo judío considerado en su totalidad, es el más pobre de todos los pueblos civilizados. Hay probablemente pueblos salvajes que viven en mayor pobreza que el nuestro, pero aquéllos no padecen su indigencia,

mientras que los judíos lo soportan con amargura, pues ellos sienten las mismas necesidades que toda persona civilizada; particularmente es grande su necesidad de aprender y trabajar y carecen de medios para satisfacerlos.

¿Desean cifras? Bien, las presentaré. El 80 % de los judíos que se hallan en el mundo está predestinado a una alimentación insuficiente en el transcurso de toda su vida; su nivel económico es más bajo que el de cualquier otro proletario, ya que el proletario cristiano tiene por lo menos el derecho de buscar trabajo en todo lugar donde pueda hallarlo, mientras que el judío de Rusia y Rumania — donde habitan 6.500.000 judíos, — está obligado a encerrarse en algunas ciudades donde no hay trabajo para él y donde no le queda más solución que elegir entre estos dos caminos: vagar de puerta en puerta y morir de hambre lentamente o morir rápidamente de inanición sin extender la mano. 17 % de todos los judíos ganan penosamente lo más indispensable para su sostén y se ven al mismo tiempo obligados, debido al odio que las envuelve, a trabajar doblemente para conseguir las mismas entradas que sus competidores cristianos. Apenas si hay un 3 % de acomodados o ricos. Entre éstos se hallan unas tres o cuatro familias ¡no más!, cuyos nombres son muy conocidos gracias a la propaganda de los enemigos. Pero ninguna de estas familias, ni los Rothschilds, ni los Hirsch, Bleichreder y Polakoff están incluídas en la lista de los billonarios, que simbolizan las riquezas de nuestra generación: los Astor, Rockefeller, Guld, Wanterblit, Morgan, Kornag's, etc. Asimismo, sin investigar la cifra exacta de sus bienes, se exagera su importancia por la recla-

me ilimitada que el antisemitismo les hace para los fines precitados.

Es, por consiguiente una tontería y una vergüenza hablar de la "riqueza de los judíos"; al contrario, habría que proclamar en voz alta, en todas partes, constantemente, la espantosa miseria que sufre la mayoría de los judíos. Tal declaración cubrirá de vergüenza a los perseguidores y serviría de mancha acusadora contra los gobiernos; pues para terminar con dicha miseria habrá que proscribir las leyes de excepción, que prohíben a los judíos valerse de sus fuerzas y capacidad a fin de ganar lo necesario para vivir con dignidad. Por eso, no existiendo realmente "riqueza judía", mal puede ser ella la causa del antisemitismo. Asimismo se puede demostrar, de otro modo, la absoluta falsedad de las explicaciones del señor Loria.

¿Dónde se hallan los principales focos del antisemitismo? ¿Dónde adquiere una forma más salvaje, más brutal? En Rusia, en Rumania y en Galitzia; es decir, precisamente en los países donde el judío es cotizado como factor económico. Los judíos, que en los mencionados países llegan a cierta posición de bienestar material, son tan raros que constituyen casos excepcionales. No tienen palacios, ni casas, ni coches, ni amantes; no poseen bancos, fábricas ni ferrocarriles; hasta en la bolsa de aquellos países se pierden entre la mayoría cristiana. No pueden perjudicar al capital "bautizado" porque frente a él resultan demasiado insignificantes. ¿Qué queda, pues, de la explicación del señor Loria?

Precisamente en los países donde se puede hallar algunos millonarios judíos, Inglaterra, América, Holanda, el antisemitismo es mucho más tolerante que en aquellos donde

los judíos son pobres, verdaderos mendigos. En Francia hay judíos ricos y desde hace algunos años el antisemitismo se agita ahí, pero este antisemitismo acusa no a los judíos ricos, sino al "internacionalismo judío", es decir su falta de amor a la patria. En Alemania, es cierto, desempeñan los judíos un papel preponderante en la bolsa y ocupan un lugar importante en las finanzas y en la industria. Pero ¿qué observamos allí? Que precisamente los judíos ricos son los que gozan de consideraciones oficiales y sociales, mientras que los perseguidores encuentran sus víctimas solamente entre los que nada poseen o apenas tienen algo y que quisieran revelar su talento en alguna especialidad que no sea la bolsa, ni las finanzas. Pues ¿dónde se ha visto a un millonario judío que sea perseguido y que sufra a causa de su religión y raza? ¿Quiénes son los judíos que se adornan con títulos de nobleza? ¿Acaso los sabios, escritores o artistas? ¡De ningún modo! Estos son todos, sin excepción, gente admirada, ellos o sus descendientes. En Rumania los únicos judíos que han conseguido, gracias al tratado de Berlín del año 1878, derechos civiles, son los banqueros; en Rusia los únicos judíos que pueden habitar todo el territorio son, a excepción de los diplomados en la Universidad —cuyo número es bien limitado, dado el pequeño porcentaje de judíos que admiten las instituciones superiores— los comerciantes de "primera gilda", es decir aquellos que pagan impuestos elevados, los potentados o aquellos que ocupan una posición distinguida en el comercio. Los Rothschild en Francia son socios del Jockey Club y los descendientes de la familia de los Heine casan a su hija con un príncipe.

De ahí que no sea cierto que se odie a los judíos por su dinero. Primero, porque los judíos adinerados constituyen una rara excepción; segundo, porque precisamente los pocos judíos ricos nada sufren del antisemitismo; ellos no son perseguidos ni siquiera donde el antisemitismo arde con furor; al contrario, gozan ampliamente de consideraciones de parte del gobierno, de la sociedad y de sus competidores cristianos; se elevan y llegan a formar parte de la nobleza, obtienen condecoraciones y títulos oficiales y gozan de todos los derechos, hasta de los especiales, derechos distintivos propios de la nobleza más rancia.

El señor Modigliano está más cerca de la verdad al indicar que las clases gobernantes, al cooperar con todos sus medios al desarrollo del antisemitismo, explotan la ignorancia del populacho y sus prejuicios, a fin de desviar hacia los judíos el furor de los indignados del aprovechamiento y las malas acciones de los gobernantes.

Empero esto sirve solamente para fijar hechos pero no para explicarlos. ¿De dónde provienen los prejuicios del populacho? ¿De dónde el odio a los judíos que las clases gobernantes necesitan sólo azuzar, dominar y desviar a su voluntad?

A esta pregunta no contesta el señor Modigliano. Probaré de hacerlo por él.

El origen del odio a los judíos reside en las características principales y más universales del pensamiento y del instinto. Todo ser dotado de conciencia siente antipatía a todo aquello que se diferencia de él en su aspecto, categoría, costumbres, a excepción de aquellos casos especiales, en que el ser diferente está rodeado de una aureola que lo

acredite como sujeto de adoración. Lo común es que sea distinto a nosotros para que nos sea desagradable. Esto es una de las formas del misoneísmo y constituye uno de los medios de defensa del organismo contra el esfuerzo de adaptación, que mi gran maestro César Lombroso analizó y clasificó hábilmente. Y si los que se diferencian de nosotros forman una minoría pequeña y débil, entonces, no vemos ninguna necesidad de combatir este odio que anida en nuestro corazón, de reprimirlo, ni siquiera de ocultarlo, y la insolencia con que se descubre tal odio coopera también al progreso del mismo.

Esta es la causa general del odio humano, razón por la cual toda mayoría desprecia a la minoría que vive entre ellos y llama la atención por su aspecto peculiar. En cuanto a nuestro caso particular, hay que agregar al motivo principal: el sempiterno viejo fanatismo que provoca el furor contra "los asesinos de Dios" y también el eco de mitos de la Edad Media que propagan supersticiones relacionadas con toda clase de crímenes judíos, como ser, el asesinato ritual, el robo de la hostia, etc.

El odio hacia la minoría, distinta de la mayoría, convierte a los judíos, por la fuerza de la ley psicológica, en el "chivo emisario" de todos los errores y situaciones difíciles de la mayoría. En los tiempos antiguos, cuando los pueblos unidos por su origen y religión sufrían calamidades y no encontraban o no buscaban explicación satisfactoria en sus propios errores, solían suponer que eran sus dioses nacionales que se enojaron con ellos. En todos aquellos casos, en que los pueblos de otra edad, echaban la culpa de sus males a sus dioses, los pueblos modernos y civilizados arro-

jan la culpa a los judíos que viven entre ellos. Es exactamente la misma superstición, solamente envuelta en ropaje nuevo, que les da la posibilidad de ser aceptados por gente moderna.

Como la causa del antisemitismo es una característica de la psicología humana, no creo en el fondo, al contrario del señor Mondigliano, que sea un "fenómeno pasajero", que pronto se liquidará y desaparecerá. Ello sucederá tan sólo cuando los judíos dejen de ser reconocidos como tales, entre los no judíos, es decir, cuando pierdan su religión, su tradición nacional, sus antiguas costumbres y hasta su tipo antropológico. Y como tal asimilación me parece muy difícil, casi imposible, yo veo el antisemitismo como un fenómeno accesorio y eterno de la existencia judía, y mientras el judaísmo sea una débil minoría entre otros pueblos. El único remedio para esta situación es la vuelta del pueblo judío a Palestina, donde dejará de ser una minoría, librándose así de la acción de la ley psicológica que indiqué antes.

EL ESPIRITU JUDIO

El Espíritu Judío, de Muret, es uno de los libros más llenos de odio, de los más emponzoñados, también de los más absurdos, de entre todos los que han escrito en estos últimos treinta años, los antropólogos antisemitas. Y lo que le hace particularmente odioso es la calma estudiada, con la cual el autor representa las invenciones más monstruosas y la impudicia con que osa acogerse a la ciencia. Con ese doble ardid trata de engañar al lector que no está en antecedentes. Como ninguna expresión injuriosa lo pone sobre aviso, el lector no ve que tiene por delante a un sectario fanático a quien todas las armas parecen buenas contra su **bête noire**, y como las afirmaciones mentirosas, hasta la más ultrajantes, están expresadas en su libro en una jerga sembrada de términos técnicos y que finge un carácter doctoral, pseudocientífico, aquellos lectores, ingenuos a quienes la palabra ciencia impresiona siempre, las aceptan respetuosamente como otros tantos hechos, sin examinar si realmente la ciencia las aprueba.

Para Muret es cosa averiguada que los judíos, todos los judíos, tienen una mentalidad especial, diferente de la de todos los otros pueblos y caracterizada por los rasgos siguientes: son subjetivos, individualistas, incapaces de la

concepción de la ciudad, antisociales, en una palabra, tienen un monoteísmo estrechamente nacional y están animados de un odio profundo contra el cristianismo, al que tratan de minar, de derribar por todos los medios; por último, son radicales, hasta anarquistas, que persiguen sin descanso el plan diabólico de destruir hasta los cimientos la obra de la civilización cristiana: el orden político, el orden económico, social, moral, las tradiciones de patriotismo, de orgullo histórico, de honor nacional, las instituciones del matrimonio, de la prosperidad de las clases.

Tal es la tesis científica de Muret. Para probarla, aparenta estudiar a seis judíos que, según él son la encarnación de su famoso "espíritu judío": Spinosa, Henri Heine, Disraeli (lord Beaconsfield), Karl Marx, George Brandes, y a este servidor de ustedes.

No quiero dignarme hablar del capítulo que me concierne. Que los que nunca han leído un libro mío, crean en el análisis de Muret: los que me conocen como autor y como hombre, juzgarán a Muret, a su manera de comprender y de proceder.

Permítaseme, en cambio, hablar de los otros cinco judíos con quienes Muret me ha asociado.

Ante todo, una observación curiosa. De estos cinco judíos, cuatro han sido debidamente bautizados y tienen el derecho de titularse cristianos, tanto como el mismo Muret: son Spinosa, Heine, Disraeli y Marx. Brandes no se ha convertido, que yo sepa; pero eso solamente porque es librepensador y no cree que debe enfeudarse en ningún dogma. Marx no es siquiera judío de raza, pues su madre fué una alemana de raza ariana.

Veamos ahora cómo se manifiesta "el espíritu judío" en sus cinco encarnaciones:

1) Es el odio al cristianismo.

Heine ha escrito "La Peregrinación a Kerlaar", que es uno de los más bellos poemas y figura en los libros clásicos en uso en las escuelas católicas, de la provincia rhénica. Para quien conoce el espíritu receloso, el exclusivismo y el antisemitismo implacable de los pedagogos que eligen los textos para los estudiantes católicos alemanes, eso es decirlo todo. Es positivo que en ninguna literatura, ni en la española existe un homenaje más ardiente, más tierno, más fervoroso a la Santa Virgen, que esa célebre composición de Heine.

Lord Beaconsfield fué un practicante devoto, y su nombre está unido a medidas legislativas que han fortificado considerablemente la posición de la Iglesia anglicana. ¿Fué sincero? No lo sé, ni tengo que examinarlo. En todo caso es difícil acusar de odio al cristianismo y de tendencias destructoras para con la iglesia, al hombre que edifica a todo el mundo con su asiduidad al oficio del domingo y que aumenta los privilegios de la religión del estado.

Brandes, el librepensador, fundó su renombre literario de un libro sobre Grundvig, el gran teólogo reformador de Noruega, y ese libro no ha impresionado al público escandinavo, sino porque es una apología casi extática del cristianismo evangélico y un himno entusiasta a Jesucristo. He ahí cómo "el espíritu judío" es el odio al cristianismo.

2) Es monoteísta, estrechamente, nacionalmente.

Spinosa ha negado el Dios personal; ha planteado la identidad de Dios y del Universo; ha considerado a la natu-

raleza como la forma bajo la cual Dios se manifiesta, a Dios como la esencia de la naturaleza, y a los dos, Dios y la naturaleza, como a dos aspectos de un solo mismo fenómeno. El hombre, para él, es una parte de Dios, y Dios la unidad fundamental, hacia la cual se concentra toda la diversidad de las almas humanas.

He aquí cómo "el espíritu judío" es subjetivo, individualista y racionalmente monoteísta.

3) **Es radical, hasta anarquista y diabólicamente destructor.**

Disraeli, más tarde conde Beaconsfield, era el jefe venerado de los "Tories" ingleses, poniéndose a la cabeza del partido conservador cuando éste se hallaba en pleno desconcierto; lo llevó al poder, en el cual lo mantuvo durante largos años, y le dió un programa, es decir, una razón de ser. No creo que sea temerario decir que sin Disraeli, los conservadores ingleses jamás habrían vuelto a rehacerse; el radicalismo habría evolucionado rápidamente hasta llegar a la revolución, e Inglaterra sería a estas horas una república.

"El espíritu judío anarquista y destructor", de lord Beaconsfield, ha conservado probablemente la iglesia de Inglaterra, la cámara de los lores y el mismo trono real.

De esta manera justifican e ilustran la tesis "científica" de Muret los prototipos elegidos por él mismo. Pero su elección es arbitraria en el más alto grado; al lado de los judíos que le ha gustado agrupar en sus panfletos, hay docenas, centenares, que han llegado habitualmente a la notoriedad, hasta la celebridad, de los cuales ni uno sólo responde al

retrato que Muret ha esbozado del judío en general. Yo desearía mencionar sólo a alguno de ellos.

El profesor Neander, cuyo padre todavía se llamaba Mendel, fué el padre del protestantismo ortodoxo, que reina actualmente en la iglesia evangélica de Prusia. Todos los grandes teólogos alemanes de la primera mitad del siglo XIX fueron sus discípulos y se inspiraron en su enseñanza. Su "Vida de Jesús" es clásica entre los estrictos creyentes, y nadie ha sabido desarrollar y profundizar como él la historia de los dogmas del cristianismo.

Los profesores Stahl y Leo han sido los dos cerebros pensantes de la reacción en Prusia, después de la tempestad revolucionaria de 1848. El partido feudal tenía puños, pero carecía de cabezas; esos dos judíos convertidos fueron a llevarle las ideas que le faltaban, una doctrina que se sostiene, una filosofía, un ideal por la cual hasta una inteligencia cultivada puede entusiasmarse. Ellos elevaron al nivel de la intelectualidad la brutal violencia de la reacción, nobiliaria y militarista.

El profesor Wolf ha combatido al socialismo cuando éste había conquistado a todo el mundo y seducido hasta la ciencia; cuando toda la enseñanza de la economía política aceptaba la tesis de Marx; cuando en todas las Universidades reinaba lo que se llamaba "el socialismo de la cátedra", Wolf, solo, criticaba implacablemente al marxismo, lo batía con brillo y mantenía triunfalmente la tradición de la economía clásica.

Podría continuar esta enumeración hasta llenar columnas y columnas; pero no quiero hacerme fastidioso; dejemos

atrás los detalles concretos y avancemos a un terreno más alto y más general.

Los hombres que han minado la base del cristianismo y de la fe en general, se llaman Voltaire, Suerbach, Moleschott, Vogt, Büchner, Auguste Comte, Herbert Spencer. Todos ellos son cristianos de nacimiento, "arianos", para emplear la jerga de los antisemitas. Los demoledores de Jesucristo son D. F. Strauss y E. Renan, dos cristianos, mientras el judío Neander lo ha defendido y glorificado. Los clásicos del anarquismo son: Bakunine, Kropotkine, Tolstoi, Elysée Réclus, Max Stirner, Nietzsche, todos cristianos.

Así, pues, los antepasados intelectuales del libre pensamiento, del radicalismo, de la revolución bajo todas las formas, no son judíos, sino cristianos. Si no hubiera vivido en Europa un solo judío, el estado intelectual y moral de la raza blanca sería hoy exactamente lo que es, no habría ni un conservador más ni un revolucionario menos. M. Brunetiére habría escrito "La bancarrota de la ciencia", y Guyau "La irreligión del porvenir".

Los judíos, cierto, no tienen razón alguna para constituirse en guardianes del cristianismo, cuyos dogmas místicos no aceptan, el cual lo ha perseguido cruelmente y continúa haciéndoles en todas partes el mayor mal posible; pero nunca los judíos han atacado a una iglesia cristiana, nunca han tratado de apartar a los cristianos de su fe, ya sea por prudencia de minoría débil, ahogada por una mayoría inmensa, ya también por una cierta ternura secreta, inconfesada, hacia la persona del judío Jesús, un pariente que hizo carrera y que en resumen predicó en el mundo el monoteísmo y la moral judía.

Al mismo tiempo, hay judíos revolucionarios, y yo tendría vergüenza si no los hubiera, pues eso probaría que los hombres de mi sangre eran refractarios a todo progreso, a toda generosidad, a todo espíritu de sacrificio y a toda reivindicación de justicia. Pero los revolucionarios —lo digo casi con pena— son una minoría ínfima entre los judíos, quienes por el contrario, constituyen en todas partes pilares de una sociedad, en el seno de la cual, sin embargo, se les rehusa un lugar equitativo. Por instinto, el judío es conservador. ¿Cómo existiría todavía si no lo fuera? ¿Hay una prueba mayor de un conservadorismo intransigente como el que le hace permanecer fiel a la fe de sus antepasados durante diez y nueve siglos de torturas, de humillaciones, de persecuciones a sangre y fuego, cuando habrían bastado un poco de docilidad y algunas gotas de agua bendita para substraerle a todas las molestias?

Yo creo que existe un carácter judío, un carácter formado de tenacidad, de orgullo, de fidelidad, de sentimentalismo; pero no existe "espíritu judío" alguno: los judíos, como todos los hombres, reflejan diversamente las tendencias intelectuales de su ambiente. Y que si existe también es el "espíritu antisemita", un espíritu de denigramiento metódico, de mentira sistemática y de odio estúpido y bárbaro.

PEQUEÑA CRONICA DE LA CIVILIZACION EUROPEA

Seguramente el cable ha de haber informado ya a ustedes de los sucesos pasablemente sensacionales de la Rusia meridional. El nombre de Kishenef debe ser a estas horas tan popular en Buenos Aires como en las demás capitales de ambos mundos. De modo que no creo tener nada nuevo que decir sobre los hechos, y, por lo tanto, voy a limitarme a recordarlos lo más brevemente posible.

En Kishenef, pues, asiento del gobierno de la provincia de Besarabia, en Rusia, ciudad muy moderna, de 110.000 habitantes, en ocasión de las Pascuas ortodoxas, unos 200 ó 300 caballeros, divididos en bandas de 25 a 30, todos con una blusa roja encima de sus ropas habituales y con el rostro cubierto por una máscara, recorrieron el barrio donde habitan principalmente los judíos, penetraron en las casas de éstos, robaron el dinero, las alhajas y los objetos valiosos de pequeñas dimensiones, destrozaron los muebles, y arrojaron por la ventana sus astillas, asesinaron a los varones, tanto a los adultos como a los niños, violaron y asesinaron también después a las mujeres de cuatro o cinco años arriba, y a las de menos edad las precipitaron a la calle desde lo alto de un tercer o cuarto piso, o las aplastaron bajo los tacones de sus botas, y, una vez terminada

la tarea en una casa, la abandonaron, para volver a empezar la obra en la de al lado.

Este ejercicio, metódicamente sostenido, duró dos días. Cuando terminó, se pudo hacer el balance del trabajo pas-cual. Había: 104 muertos; 300 heridos graves, de los cuales la mitad ha pasado ya, o pasará dentro de poco, de esta vida a la otra; 700 heridos leves, pero que en su mayor parte quedarán mutilados o desfigurados para toda su vida; un número indefinible de mujeres, de jóvenes y de niñas de corta edad, mancilladas, de las cuales 16 se han vuelto locas furiosas a causa de los ultrajes de que han sido víc-timas, 2000 casas, departamentos y tiendas, saqueadas y de-molidas; 4 millones de rublos, o sea más de diez millones de francos, de propiedad judía, robados o destruídos; 3000 familias judías completamente arruinadas, sin techo, sin ali-mentos, reducidas a la mendicidad. ¡Ah!... ¡los 200 ó 300 caballeros de blusa roja no perdieron el tiempo!

Entre los muertos y heridos de uno y otro sexo había algunos muy pintorescos. Las mujeres que tenían los pechos cortados o arrancados a dentelladas, eran bastante nume-rosas. Los ojos vaciados o saltados, no se contaban. No eran pocos los cadáveres que mostraban los labios rebanados, los dientes rotos, y la lengua arrancada de raíz, laringe y todo, con tenazas. A varias mujeres, en estado de embarazo ade-lantado, se les había anticipado la hora del alumbramiento a fuerza de asestarles garrotazos en el vientre. De pronto, en un momento dado, los caballeros ocupados en la faena experimentaban la necesidad extravagante de tener banderas. Mañosos para salir de apuros, degollaban a unos cuantos y empapaban grandes lienzos en la sangre caliente que bro-

taba a chorros. A veces, si no estaban muy apurados, se divertían un poco. Abrían los vientres, extraían los intes-tinos y rellenan el hueco con plumas de almohadones y acolchados hechos tiras. A unos los crucificaban; a otros les abrían el cuello, como a los cerdos, de modo que se de-sangraban lentamente; cortaban por aquí unas manos, por allá unos pies, o narices, u orejas; y, a uno que otro privi-legiado, les descoyuntaban vivos todas las articulaciones de los cuatro miembros. Pido disculpa por este detalle dema-siado naturalista quizá, pero el rasgo se impone para com-pletar el cuadro: llegaron al extremo de emporcar la cara y la boca, previamente desdentada, de las mujeres violadas, de los muertos y de los agonizantes tendidos en la calle.

¿Me preguntan ustedes, tal vez, por qué estoy llamando caballeros a los autores de estas hazañas? Eh... ¡por qué son caballeros! En efecto, había entre ellos estudiantes de medicina y de teología, colaboradores del diario *Bessarabetz*, de Kishenef, abogados, funcionarios de policía y de otras reparticiones públicas, nobles. Había también unos cuantos ex presidiarios, pero en número muy escaso. Eran para las tareas que exigiesen un esfuerzo muscular.

Pero ¿qué hacían los 110.000 habitantes de la ciudad mientras ocurrían estos hechos? Los pobres seguían las hue-llas de los caballeros; y, cuando éstos habían concluído con una casa, y salían de ella para invadir otra, ellos entraban en las ruinas para completar el pillaje, y retiraban también de la calle los muebles y artículos que tuvieran algún valor todavía. En cuanto a las clases superiores, éstas se abste-nían casi por completo de tomar nada, salvo pequeños re-cuerdos, aquí y allá. Se limitaban a mirar, como especta-

dores singularmente interesados y divertidos, las escenas raras que se desarrollaban ante sus ojos. Desde las primeras horas de la matanza, la alta sociedad acudía al barrio judío en sus carruajes, en coches de alquiler, en bicicleta, a pie también. Las damas, con trajes primaverales y con sus anteojos de mango en posición, no perdían ningún detalle. Los hombres tomaban instantáneas. Las violaciones, que, casi es inútil decirlo, se perpetraban por lo general en público, en medio de la calle, tenían un éxito especial. Durante aquellos dos días, el barrio judío fué un sitio de recreo. Se iba a él en partidas elegantes. Se disponían picnics en las calles en que funcionaban los blusas rojas, con cestas de fiambres y vino champaña.

¿Y las autoridades? ¿Estaban de brazos cruzados? No, señores... ¡de ninguna manera! La ciudad de Kishenef cuenta con una guarnición de 12.000 hombres y con varios millares de agentes de policía armados. Desde la iniciación de los desórdenes, las tropas y los agentes de policía estaban en sus puestos. Suboficiales de uniforme indicaban a los blusas rojas las casas de los judíos. Los soldados formaban un cordón alrededor de las casas donde se asesinaba, e impedían la aproximación de los ingenuos que habrían querido socorrer a las víctimas. Algunos oficiales que no conocían la consigna, o que eran de mal carácter, se indignaban y echaban a los blusas rojas. Se les castigó por esto inmediatamente. En algunos casos, muy raros en verdad, un judío que poseía una arma, revólver, bastón o cuchillo de cocina, hacía ademán de servirse de él para defender su vida y la de los suyos. En seguida, los agentes se arrojaban sobre el infeliz, lo desarmaban y lo entregaban a los blusas

rojas que, para castigarlo por su audacia, lo martirizaban antes de matarlo. Judíos escapados a la matanza corrían a casa del gobernador, el general de Raaben, y le imploraban de rodillas que interviniese. El gobernador les declaraba fríamente que no tenía instrucciones de San Petersburgo; y, si insistían, los hacía echar del palacio. Además, ellos lo habían ofendido. Tres semanas antes de las Pascuas sangrientas, les había pedido un "empréstito" de 80.000 rublos, previniéndoles que estaba preparándose algo desagradable contra ellos. Ellos habían hecho mal en negarle la suma que pedía. Los judíos se disculpan, es cierto, afirmando que no poseían los 80.000 rublos. Pero ésa no es una razón suficiente para faltar el respeto de una manera tan abominable a un gobernador general. El prestigio de la autoridad exigía que el general de Raaben hiciera ver a los judíos lo caro que cuesta el fruncir el entrecejo cuando un gobernador general les hace el honor de pedirles 80.000 rublos. Los judíos tuvieron la idea de pasar por sobre el poder del gobernador y enviar despachos a San Petersburgo para poner al ministerio al corriente de los sucesos de Kishenef. Pero las oficinas telegráficas se negaron a transmitir los despachos, del mismo modo que la boletería de la estación del ferrocarril se negó a vender boletos a los judíos que se proponían substraerse por la fuga a la matanza decretada, organizada y vigilada por las autoridades.

La duración de esta matanza había sido fijada sin duda alguna de antemano. Hay mucho orden en Rusia. Cuando llegó el momento, una señal contuvo bruscamente a los blusas rojas en su obra. Se encaminaron éstos tranquilamente a sus casas, los soldados volvieron a sus cuarteles, y la

policía empezó a llamar a los judíos que no habían sido muertos o heridos, para que levantaran a sus muertos y se ocuparan de sus mutilados. La fiesta había terminado por el momento.

Pero el trabajo de la administración, no. Por el contrario, acababa de empezar. Era menester, ante todo, impedir que la noticia de los crímenes oficiales de Kishenef saliese al exterior. Se retenían los telegramas. El gabinete negro (está muy bien organizado en Rusia) abría todos los pliegos sospechosos y hacía desaparecer los que tenían alusiones indiscretas a los sucesos de la Pascua. La censura se extremaba contra los diarios que pretendían informar a sus lectores. Esto fué eficaz durante 15 largos días. Salían personas de Kishenef, y una vez lejos de allí, en el extranjero, hablaban, escribían. Entonces la Europa tuvo conocimiento de los horrores del 19 y 20 de abril. Esto ponía delante del pobre gobierno ruso una nueva tarea, más delicada, más pesada que la primera: había que mentir, impunemente, descaradamente, vilmente, para tratar otra vez de amordazar la verdad, si era posible. Se esparcía por todas las vías un relato oficial de las jornadas sangrientas. Se falsificaban las cifras. Se suprimían los detalles horribles. Y, sobre todo: se completaba la obra de los asesinos, calumniando a los asesinados. Estos eran, naturalmente, los que habían comenzado. Un judío propietario de una carrousel había atropellado a una cristiana. O si no, unos judíos perversos habían armado pendencia a varios cristianos. Estas provocaciones habían tenido sus represalias. Y después de todo, en el fondo, la ejecución era un poco severa, pero justa. Porque los

judíos de Kisnehef, aunque de una pobreza abyecta, todos son unos usureros implacables, y los estudiantes, periodistas, etc., que los han exterminado, han hecho simplemente obra de justicieros.

Esto era para el exterior. Para el interior, el gobierno desplegaba una actividad no menos febril. Estaba organizando una comisión de auxilios para socorrer... a las familias de algunos de los asesinos que se había creído conveniente meter en la cárcel, para salvar la cara, como dicen los chinos. Abría un sumario, y encargaba de él al hombre que, en el diario *Bessarabetz*, ya citado, había estado preconizando, desde hacía años, el exterminio de los judíos. Como los judíos hubieran hablado de organizarse para la defensa, en caso de que se repitieran los horrores, el ministro del interior, M. de Plehwe, se apresuraba a recordar, por medio de una circular severa, que la ley rusa prohíbe a los particulares armarse y ponerse de acuerdo para una acción cualquiera, y que el mantenimiento del orden incumbió únicamente a las autoridades. El gobierno ruso no tiene escrúpulos, pero tiene ingenio y humor. En todas partes, fuera de Rusia, los judíos reúnen fondos para las víctimas de Kishenef, y cometen la ingenuidad de enviar ese dinero a la comisión de auxilios oficial. Este remite la mitad de las sumas recibidas (digo la mitad, pero bien puede ser más) a los asesinos encarcelados y a sus familias, y el resto a las viudas y huérfanos judíos. De modo que los judíos del mundo entero están pagando una gran recompensa a los blusas rojas por el trabajo que se han tomado de matar, violar y torturar a judíos y judías, durante dos días enté-

ros, con el sudor de su frente. La broma es buena... ¿no es cierto?

Un lector poco al corriente de los asuntos rusos podría preguntar qué interés tiene el gobierno moscovita, en resumen, para disponer matanzas de judíos. El interés es evidente, sin embargo. Los judíos rusos son casi todos proletarios. Incomparablemente más inteligentes que sus camaradas eslavos, empiezan a mostrar veleidades de rebelión contra la tiranía de sus patrones apoyados por el knut y el sable de los cosacos. El socialismo se difunde entre ellos. Están organizándose con propósitos de resistencia. Esto no puede ser tolerado. Entonces, el gobierno organiza una pequeña matanza de judíos, para enseñarles a vivir. Es verdad que los judíos asesinados no son los socialistas que se quiere eliminar. Pero son parientes de ellos. Y los muertos sirven para hacer saber a las malas cabezas que el gobierno se dispone a tratar a los seis millones de judíos de Rusia como rehenes por los socialistas del Ghetto, unos cuantos miles.

Es instructivo observar la actitud de la Europa en presencia de estas cosas tan terribles. Los antisemitas de todos los países, particularmente de Alemania, de Austria y de Francia, están encantados. Lamentan profundamente no haber sido de los que estuvieron en la fiesta. Desean con todo ardor que el ejemplo de Kishenef sea imitado en todas partes. La prensa liberal cumple con su deber en Inglaterra y en Alemania; pero, en Francia, el *Matin*, la *Aurore* y la *Pétite République*, son absolutamente los únicos que publican la relación de estos hechos. No hablo del *Européen*, que ocupa un lugar aparte en el periodismo parisiense. El *Figaro*, se calla obstinadamente. El *Temps*, ha resumido en unas cuan-

tas líneas, lacónicas, la versión oficial rusa sobre los sucesos de Kishenef; pero, desde hace quince días, este nombre no aparece ya en sus columnas, que rebosan todos los días una indignación verbosa contra las atrocidades que esos horribles turcos cometen, según este diario humanitario, contra los pobres y simpáticos búlgaros lanzadores de bombas y demolidores de bancos en Salónica. Ha habido en París una reunión, poco numerosa, de estudiantes y de profesores, que han protestado contra los crímenes de la administración rusa. Y nada más.

En cuanto a los gobiernos, éstos se callan con una imponente unanimidad. La cosa se explica. La Rusia es poderosa. Es aliada de Francia, está en decidida coquetería con Italia, ha concluido convenciones con la Austria con respecto a los asuntos turcos, inspira, si no terror, recelos, por lo menos, a Alemania y a Inglaterra. Nadie tiene ganas de rozarse con un enemigo tan fuerte. Le está permitido a éste cometer todos los crímenes. Puede verter a torrentes la sangre de inocentes, destrozar todas las leyes, ser perjuro, mentir, diezmar a sus judíos, ahorcar a sus socialistas, torturar a sus heréticos, robar su Constitución y sus libertades a sus finlandeses... la Europa hace como que no ve ni oye nada, y continúa lamiéndole la bota, con una servilidad abyecta, a ese zar, a ese grande, a ese noble zar que ha convocado la conferencia de La Haya.

Tal es el aspecto de la civilización europea a principios del siglo veinte. No hay ni ley, ni justicia, ni moral, ni humanidad; no hay nada más que la fuerza brutal y la hipocresía infame. Porque los asesinos de Kishenef llevan en la boca grandes palabras de caridad y de progreso, se

atreven a hacer, en nombre de estos dos nobles principios, representaciones al Sultán, tienen la audacia de dirigir a los gobiernos de Europa circulares que parecen homilías, y, a los pueblos, proclamas de un evangelismo enternecedor: ¡hablan de llevar a los chinos y a otros asiáticos, los beneficios de la civilización europea, de la civilización de ellos!

En eso estamos. Vivimos en plena barbarie. Nuestra época, a despecho de su telegrafía sin hilo, de sus automóviles que hacen 120 kilómetros por hora, de sus rayos X y de su análisis espectral de nebulosas invisibles para el ojo humano, vale, desde el punto de vista moral, tanto como las de Genghis Khan y Atila. Las tinieblas de la superstición y del fanatismo, la atmósfera pestilente del crimen, nos rodean por todas partes. Trabajemos todos, mientras existamos, en esparcir la luz; trabajemos en ello noche y día. Esto, a lo menos, mantendrá en nosotros la fe en el advenimiento de mejores días. Es el único recurso para no desesperar.

1903.

R A Z I S M O

LA NUEVA LOCURA DE LAS RAZAS

¡Ah! ¡cuánta razón tenía el divino Platón al excluir al poeta de su república ideal! Cuando canta, el poeta es delicioso, naturalmente, si tiene un poco de talento; pero, cuando se entromete en la política, resulta, por lo general, tan edificante casi como los soberanos que hacen teología, o los pastores que hacen medicina. He aquí una prueba muy reciente de esta proposición.

La actitud hostil de los diarios de los Estados Unidos con respecto a la intervención alemana en Venezuela en favor de los acreedores de esa nacionalidad ha dado lugar a una polémica muy violenta entre la prensa de ambos países. La de Nueva York ha atacado las pretendidas ambiciones de Alemania, y ha llegado hasta amenazarla con el poder guerrero de los Estados Unidos; la de Berlín, contestando con demasiada templanza, ha calificado la doctrina de Monroe, es decir, la interpretación que dan a ésta los imperialistas yanquis, de atrevimiento que merecería una lección severa de parte del viejo continente.

En el curso de esta querella, Ernst de Wildenbruch se ha creído en el deber de tomar la palabra, para amonestar a los diarios alemanes, y también para romper lanzas en favor de la doctrina de Monroe, de las pretensiones expan-

sionistas del pueblo yanqui y de la buena inteligencia de Alemania con los Estados Unidos. Evidentemente, esto le ha salido al hombre del corazón, y su intención es laudable. El papel de ángel de la paz es siempre simpático.

Pero el hecho es que el excelente Wildenbruch ha recurrido esta vez a argumentos inesperados: ha dado a su pretendido sermón pacífico entonaciones extrañamente guerreras. Nadie —ha dicho en substancia— debe despertar las legítimas desconfianzas y quisquillosidades de los americanos del norte, entrometiéndose en los asuntos de las repúblicas sudamericanas. Porque estos países están y deben estar siempre bajo el dominio exclusivo de la influencia de los Estados Unidos, cuya misión histórica es llegar a ser, en un día próximo, dueños de toda la América latina. Y continuaba: "Si el mundo entero está interesado en que la mano de la América del Norte, germánica, se asiente sobre la América del Sur, latina —ese desecho y escoria de la Europa latina— todo alemán no jesuita debe comprender que la Alemania está doble y triplemente interesada en ello; que las ventajas de Alemania serán inmensas el día que el latinismo, este enemigo interior suyo, el más brutal, el más venenoso, sufra de manos del germanismo una derrota decisiva, la definitiva tal vez".

Es probable que esta muestra de la prosa de Wildenbruch despierte en el lector la curiosidad de saber algo del poeta Wildenbruch. Porque no pienso que la gloria de éste esté muy esparcida en esa América latina, juzgada por él de una manera tan extraña. Wildenbruch es consejero del Ministerio de Relaciones Exteriores de Prusia; pero, me apresuro a decirlo, es uno de esos consejeros a los que

nadie pide consejo. Disfruta simplemente del título y de una sinecura, recompensas acordadas a su buena cuna y a sus méritos, menos evidentes, de dramaturgo. Ernst de Wildenbruch ha salido, en efecto, de una familia noble que puede vanagloriarse de ser una rama loca del trono augusto de los Hohenzollern, porque el primer Wildenbruch, abuelo del poeta, era hijo morganático de un príncipe de la casa real y de una artista con quien éste se había malcasado.

En cuanto al dramaturgo, Wildenbruch tiene en su activo cierto número de piezas históricas, escritas en verso casi todas, que han tenido un éxito bastante bueno entre el elemento ingenuo del público. Pero ninguna de sus piezas ha sido traducida nunca a lengua extranjera, y esto se explica. El mérito principal de ellas consiste en un legitimismo hohenzolleriano desatinado, que poco puede interesar, y mucho menos agradar a todo el que no sea un prusiano conservador y feudal. Wildenbruch ha cantado en ellas a un buen número de electores de Brandenburgo y de reyes de Prusia, a quienes puede reivindicar orgullosamente como antepasados suyos; ha glorificado el valor y la sabiduría de éstos, su generosidad y su justicia. A la verdad, el teatro de Wildenbruch es un panteón de la dinastía de Prusia. Circunstancia agravante: estos homenajes fervientes de un súbdito leal y descendiente piadoso a la vez, son de un estilo deplorable. Estos dramas carecen tanto de psicología como de verdad; en ellos, la acción es violenta, y al mismo tiempo, incoherente; el lenguaje es una mezcla de redundancias, de inflaciones y de trivialidades; y precisamente por sus efectos escénicos groseros, estos dramas hacen presa en el espíritu bobalición de los espectadores

ingenuos. Como cuentista, Wildenbruch vale mucho más que como dramaturgo. Sus relatos no presentan los defectos de que adolecen sus piezas. En ellos no es verboso, ni declamador, ni truculento, ni vulgar; sino, por el contrario, delicado, pintoresco, tierno, y a veces llega hasta mostrarse verdadero poeta.

Pero no me he propuesto estudiar aquí al autor, muy célebre en Alemania, muy ignorado fuera de ella. Y al citar su manifiesto político, su galante dádiva de la América latina a los Estados Unidos, "germánicos", tampoco era mi intención denunciarlo a la indignación de los hispanoamericanos, que, dicho sea de paso, no deberían tomar a mal las tontas bravatas de un romántico rezagado, de melodrama, que demuestra no tener gusto, ni el menor sentimiento de responsabilidad. No se puede ser muy severo con Wildenbruch. El hombre es víctima, simplemente, de una moda nueva, que está haciendo estragos hoy en Alemania: se ha intoxicado con la doctrina de la raza, exagerada por apóstoles cuya exaltación llega hasta la locura furiosa.

En las universidades, en los periódicos científicos y vulgarizadores, en los diarios políticos, en la literatura corriente, están predicándose ahora en Alemania, como verdades probadas, los dogmas siguientes: la raza es una cantidad antropológica dada, primitiva e inmutable; ningún cambio de ambiente, ni de condiciones biológicas, ni de grado de civilización, puede modificar en lo más mínimo las cualidades originales de la raza; el individuo, todo entero, no es más que el trasunto de sus antepasados; el atavismo lo domina y determina imperiosamente su mentalidad, sus sentimientos, sus inclinaciones, su carácter, sus capaci-

dades. La más alta virtud de toda raza es su pureza; su crimen más grande, la mezcla de su sangre con la de alguna otra raza. Este catecismo tiene un complemento: hay razas nobles y hay razas viles. Hoy unas están destinadas por la naturaleza misma a dominar a otras: si las razas inferiores se resisten a la hegemonía de las superiores, cometen un verdadero crimen contra las leyes eternas del universo, y merecen ser castigadas con la invasión, la conquista, la esclavitud, y también el exterminio. En fin, como bien se comprende, la raza más noble, la raza señorial por excelencia, es la germánica; y las razas viles son la latina y la eslava, y la más vil de todas la judía.

Porque el punto de partida de toda esta hermosa doctrina ha sido el antisemitismo; y sólo por ampliación ha caído también el anatema sobre los latinos y los esclavos. Esta doctrina se ha apoderado de los espíritus y los arrastra a una verdadera manía de las grandezas. ¡Es tan halagador oír decir que uno es la flor del género humano y el más hermoso producto del universo, que uno tiene todas las virtudes, todas las bellezas, todas las cualidades ideales, y que, por lo tanto, está en situación de poder despreciar a todo el resto de la humanidad!

Y cuanto más se exagera esta doctrina de la raza, tanto más seguro se está de causar efecto en el público alemán; sobre todo, en la juventud universitaria. Ciertos autores que la han exaltado hasta una especie de delirio místico, han alcanzado gran celebridad, gracias a esas divagaciones. En este orden de ideas, hay que citar al profesor Lagarde, cuyo nombre real es Boetticher, que, aunque ha considerado más grato para él llevar un nombre francés, no ha desdeñado

el placer de tratar con un fanatismo salvaje, en sus "Escritos alemanes", a los pobres latinos; tan viles, según él, como los semitas, cosa que, para el profesor Lagarde, equivale a ser villano hasta el colmo.

Más curioso es todavía el caso de Houston-Stewart Chamberlain. Como lo indica su nombre, este escritor es inglés, pero escribe en alemán. Bien sabe él por qué hace esto. En su país natal no encontraría ni un editor ni un lector para sus insensateces, y hasta correría quizá el riesgo de ser colocado, de oficio, en un asilo de alienados. Después de un gran volumen sobre Ricardo Wagner, que desde la primera hasta la última página es una especie de adoración perpetua, y que sobrepuja en lirismo místico a todo lo que los frailes más exaltados de la Edad Media han escrito sobre el Cristo, ha publicado una obra, en dos tomos, en octavo, interminable, titulada "Los cimientos del siglo XIX", obra que ha tenido un éxito vertiginoso en Alemania. En poco tiempo se han hecho de ella tres ediciones, lo que es realmente un prodigio, dadas las dimensiones de la obra y el tema poco retozón de que ella trata. El emperador Guillermo está literalmente loco por ella. Este es ahora su libro de cabecera, y el objeto de sus recomendaciones al círculo de sus íntimos. Si se le quiere hacer la corte, hay que leer la obra, y probarle esto por medio de citas oportunas: él facilita la cosa regalando un ejemplar a sus visitantes distinguidos. Un admirador anónimo de esta obra ha pedido al editor ejemplares de ella hasta la cantidad de diez mil marcos, para distribuirlos gratuitamente a las bibliotecas públicas que la soliciten, vulgarizando de esta manera las ideas de H.-St. Chamberlain.

Para dar al lector una muestra de estas ideas, voy a resumir aquí las principales. Los germanos son, por naturaleza, los sacerdotes del idealismo. Ellos son los únicos que pueden sentir lo sobrenatural, que pueden comprender la poesía sublime de la religión y el genio de las artes. Huelga decir que los ingleses forman parte de la noble familia germánica. El sentido de toda la historia de la humanidad es éste: la lucha de las razas prosaicas, mercantiles, desprovistas de ideal y de talentos creadores, contra la aristocracia genial, germanica; y la preparación del triunfo final de esta última. El único peligro serio para la raza apolínea está en que ella pierda su pureza. Y correría este temible riesgo, si tolera en su seno a los semitas, que se han introducido subrepticamente en todos los países germanicos. Los semitas llevan en su frente un estigma de Cain. Los atormenta un remordimiento inmenso, espantoso, que acabara por matarlos; el de ser el fruto bastardo, una mezcla de la sangre de dos razas hostiles e incompatibles. Porque los judíos son el producto del cruzamiento de una tribu mongoloide y un pueblo ariano que se encontraron en Canaán hace cosa de cuatro mil años. Y desde entonces los descendientes de estos dos pueblos viven aplastados bajo el recuerdo del crimen de sus antepasados, que pecaron contra la ley elemental de la pureza de la sangre.

Ustedes exclamarán tal vez que esto no es posible, que me burlo o que exagero, que un pueblo culto no puede absolutamente tomar a lo serio un concepto tan excesivamente ridículo. La cosa es así, sin embargo: he resumido lo más

fielmente posible las ideas principales de la obra de Chamberlain.

Es una observación corriente que los errores que contienen un escrúpulo de verdad, son mucho más peligrosos que las afirmaciones enteramente falsas y engañosas. Esto explica la aberración del público que exalta las imbecilidades de Chamberlain. Porque la noción de la raza tiene realmente un grano de verdad. Pero la ciencia antropológica es la única que está llamada a extraer ese grano y a definirlo; y la ciencia declara, por el órgano de sus representantes más autorizados, que no hay un problema más arduo ni de solución más remota que el problema de la raza.

¿Procede la humanidad de una sola cepa, o de variedades originariamente diferentes? Primera cuestión gorda, que lanza dos escuelas una contra la otra. Una de ellas afirma que al principio, a fines de la época terciaria, hubo una sola especie humana, negroide o francamente negra; que durante el último período glaciario, una parte de la humanidad, uniforme todavía, se retiró al Norte, en tanto que la otra parte emigraba hacia las latitudes ecuatoriales; que bajo la influencia del frío la rama septentrional fué emblanqueciendo poco a poco y produjo el tipo escandinavo actual, mientras que la meridional ha seguido siendo negra, y no se ha elevado a un grado superior, porque no ha tenido que luchar durante millares de años contra los horrores de un clima polar. La otra escuela rechaza esta hipótesis y sostiene que ha habido siempre blancos y negros, y que los hombres de color diferente no son hermanos sino, cuando más, primos lejanos.

Segunda cuestión fundamental: como variedades de un mismo color, y dentro de los límites que les imponen esta condición ¿tienen las razas existencia biológica? ¿Son inmutables? ¿Son constantes sus leyes hereditarias? ¿No son simplemente un efecto del medio las diferencias innegables que hay entre ellas? ¿No dependen la mentalidad y las cualidades morales de la educación, de la instrucción, de las condiciones económicas? Hay a este respecto opiniones en pro y en contra, pero ningún sabio de reputación se atreve a hacer aún afirmaciones positivas sobre alguno de esos puntos.

Tercera cuestión, no menos importante ni menos controvertida que las dos anteriores: ¿Mejoran la descendencia o dan malos resultados los cruzamientos entre razas de un mismo color? Las dos tesis tienen partidarios igualmente resueltos, pero es muy difícil decidir la cuestión, por cuanto no hay ya razas puras entre los pueblos actuales, y, por consiguiente, no se podría compararlas con los pueblos mezclados. Y aun cuando esta comparación fuera posible, siempre habría que encontrar una medida común de sus cualidades intelectuales y morales, que permitiera establecer superioridades e inferioridades.

Los cerebros perturbados, los espíritus llenos de humos, los fanáticos y los especuladores de una popularidad de mala ley, no han esperado que la ciencia resuelva estos grandes problemas, prudente y concienzudamente, con serenidad y con calma. Ellos los han resuelto despreocupadamente, y proclaman sus doctrinas, fundadas únicamente en su capricho, en un tono de infalibilidad y con una vehemencia que la ciencia no conoce y que detesta cordialmente, pero que

impresionan a los ignorantes. Y he ahí cómo puede darse el caso de que dramaturgos como Ernst de Wildenbruch, poco indicados para hacer alta política, lleguen a transformar el mapa del mundo, distribuyan continentes, obsequien a los Estados Unidos con las repúblicas hispanoamericanas, bauticen con el nombre de alemanes a los anglosajones, aunque éstos no se creen de ninguna manera idénticos a aquéllos, y denigren a los latinos con los epítetos más ultrajantes.

Todo esto no es más que el efecto de las obras de los locos y de los charlatanes de la teoría de la raza, sobre todo, de ese galimatías monumental que se titula "Los cimientos del siglo XIX", de Houston-Stewart Chamberlain.

1903.

LA CUESTION DE LAS RAZAS

Bossuet veía en la historia universal la revelación del designio de la Providencia de llevar a la humanidad por medio de pruebas y de penas, a través de los errores y las faltas, a la perfección espiritual.

Karl Marx no admitía como factor activo en la historia más que las fuerzas económicas. En el fondo de toda organización política, de todo desenvolvimiento constitucional, de toda la revolución interna y guerra exterior, encuentra uno, según el teórico del socialismo, las necesidades materiales de los más y el deseo de una minoría de explotar a la mayoría.

Desde hace unos diez años, ha empezado a afirmarse casi en todas partes un concepto nuevo en la historia, especialmente en Alemania y en Francia. Según esta doctrina, sólo las influencias de raza determinan la marcha de los acontecimientos históricos. La historia no puede ser comprendida sino antropológicamente. Todos los hechos de la civilización tienen su raíz en particularidades de raza. Un pueblo se expande en cultura grandiosa, otro permanece en situación mediana, a veces bárbara —todo a causa de su raza—. Se forman los imperios, se hacen grandes y pode-

rosos, entran en decadencia y se derrumban: ora sus pueblos conserven o pierdan la pureza de su raza.

Las guerras son un choque de razas en el que las nobles manifiestan su superioridad sobre las más vulgares. El régimen de cada país refleja las particularidades de su raza dominante. Las clases sociales tienen su origen en razas distintas. Hasta en los partidos políticos repercute vagamente una diferencia originaria de raza. Uno es conservador o radical, no porque tenga tal o cual convicción, sino porque ha nacido de tal o cual raza; de la misma manera uno que es gran propietario aristócrata, o muerto de hambre proletario, porque sus muy remotos antepasados eran rubios o morenos.

De modo que la raza lo es todo: es la fatalidad inevitable, tanto para el individuo como para las naciones. El hombre debe seguir rigurosamente la vía que su raza le trace. Antes de su nacimiento está condenado a ser gran señor o descamisado, clerical o librepensador, idealista y hombre del deber o grosero bromista. No hay para él esperanza alguna de sustraerse a su suerte. Será eternamente prisionero de su raza. La noción de la igualdad humana es un error monstruoso y criminal. La desigualdad, tanto de formas y de facultades como derechos y deberes, es la ley de la naturaleza. Sólo los indios, con su sistema de castas, están en lo justo. Uno es y debe ser siempre de su casta, y no puede salirse de ella. La raza tiene por obligación suprema la conservación de su pureza. En cuanto se deja invadir por sangre extranjera, está perdida. No hay peor cosa para ella que tolerar esa mezcla, siempre nefasta. Si la civilización creada por las razas puras ha de sumirse un día en la bar-

barie, la bestialidad y la abyección, esto sucederá por culpa de la promiscuidad de las razas, por la horrible **panmixia**.

Temblando pregunta uno de los preconizadores de tan siniestra doctrina: "¿Y qué es la raza? ¿En qué consiste? ¿Cuáles son sus distintivos?"

Y los intérpretes responden:

El color de la piel establece las primeras diferencias entre las razas humanas. Tenemos los negros, los rojos cobrizos, los morenos bronceados, los amarillos y los blancos. No hablemos de las razas de color. El caso de ellas no tiene necesidad de ser definido. Su inferioridad es incontestable. Ocupémonos únicamente de los blancos. Entre ellos se distinguen dos grandes grupos: los de cabeza larga y los de cabeza corta; los dolicocefalos y los braquicefalos. En lo físico, el dolicocefalo es de estatura alta, rubio y de ojos azules, es la encarnación de la armonía y de la belleza; el braquicefalo es bajo, regordete, pesado, desgarrado, tiene los cabellos oscuros y los ojos castaños o negros, es el tipo de la fealdad humana. En lo moral, el dolicocefalo es idealista, adorador de lo bello, de lo verdadero y del bien, está dotado de todos los talentos, es genial, fiel, valeroso, caballeresco, casto, pensador, artista; el braquicefalo, es incapaz de concebir un ideal, está siempre hundido en la materia, es un utilitario vulgar de vistas cortas, que no comprende más que la ventaja práctica inmediata. Es obtuso para lo bello, no se preocupa de la verdad si ésta no favorece sus intereses, y para su egoísmo el mal no es repugnante; es de una incapacidad consumada, inconstante y superficial en sus afecciones, coarde y disimulado, es despiadado para con el débil, y amigo de deshonorar al vencido; es concupiscente y cultiva un ero-

tismo bajo y crapuloso; ignora la noble curiosidad y no siente más que indiferencia ante los fenómenos de la naturaleza y de la vida y el encadenamiento misterioso de ellos; es ajeno a las inspiraciones elevadas y se apoltrona de buen grado en una mentalidad de estrechos límites.

El dolicocefalo busca los austeros goces del alma, y el braquicefalo se revuelca en las satisfacciones de los sentidos: el dolicocefalo crea, y el braquicefalo imita, el dolicocefalo encuentra, inventa, y el braquicefalo explota. Toda la ciencia, la moral, la poesía, el arte, la religión, son obra del dolicocefalo; el braquicefalo ha usurpado esa obra, deformándola, envileciéndola, destruyéndola, sea por incapacidad, sea por envidia impotente y rabiosa.

El hombre que ha lucubrado esta bella teoría es un tal Gobineau, muerto hace unos treinta años. En vida, se hacía llamar conde, y aunque burdelés de origen, estaba empeñado en convencerse a sí mismo y en convencer a los demás de que descendía de los normandos que entraron en Francia en el siglo IX. Era diplomático, y después de haber conseguido su retiro se puso a escribir. Compuso un poema en 20.000 versos: **Omadis**, novelas e historietas extravagantes hasta la locura, como esa **Akrivia Phrangopoulo** que justifica por sí sólo el diagnóstico de enajenación mental; y en fin, en 1854, ese **Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas**, en cuatro inmensos volúmenes, obra a la cual debe su reputación póstuma.

Gobineau era estimado por sus amigos como hombre de sociedad perfecto y como conversador agradable. de ocurrencias paradójicas y de salidas imprevistas. Por estas cualidades se le perdonaba su manía de escribir. Nadie lo con-

sideraba seriamente como autor, y nadie leía sus libros. Pero sucedió que, en el curso de un viaje, Gobineau hizo relación con Ricardo Wagner y éste se entusiasmó por el hombre y por sus teorías.

Gobineau había inventado sus dolicocefalos y sus braquicefalos, el ángel y el bruto, para vengarse de la Revolución, que había suprimido los títulos mobiliarios y que había cortado la cabeza a no pocos de los que llevaban esos títulos. Para él, el noble gigante rubio, de cabeza larga, era él mismo, conde **soidisant** salido de los conquistadores escandinavos; y el vil enano moreno, de cráneo corto, era la plebe francesa, la joven democracia que, en el gobierno y en la sociedad, había suplantado a la aristocracia más o menos histórica. Para Wagner, que sufría notoriamente de la manía de las persecuciones y se creía víctima de judíos imaginarios, las ficciones de Gobineau tenían otro sentido. El dolicocefalo era él, el gran genio desconocido entonces; el braquicefalo era sencillamente el judío que, según creía él, estaba impidiéndole conquistar el teatro alemán.

Desde entonces Wagner se constituyó en apóstol de las divagaciones de Gobineau. Como se sabe, el wagnerianismo es un todo indivisible: el wagnerianismo ortodoxo no debe limitar su fe a la música de su ídolo, tiene que admirar con igual fervor sus versos abracadabránticos, sus teorías estéticas imbéciles, su filosofía de mistagogo reblandecido. Y, desde el momento que Wagner se hacía gobinista, toda la capilla Wagneriana se posternó ante Gobineau. Hay que tener presente que Wagner, que se extasiaba ante el hermoso gigante rubio de cráneo alargado, y que fulminaba con su execración al intransigente y malévolo braquicefalo,

era precisamente un gnomo tan alto como un muchacho de doce años, con una cabeza de bocha, y una nariz cruelmente encorvada, como la que los caricaturistas propinan a los judíos, Se habría dicho que, al describir un honroso enano braquicéfalo, Gobineau había tomado por modelo a Wagner. Pero nadie veía lo chusco de esta coincidencia. Los wagnerianos están enteramente desprovistos de sentido cómico. Si hubieran sabido reírse ante lo bufo y lo ridículo, la suerte prodigiosa y mundial del wagnerismo habría sido imposibles.

Gracias a la admiración de Wagner y sus acólitos, Gobineau, desconocido en Francia, se hizo un gran hombre en Alemania. Se traducían allí sus obras, hasta las más ineptas, como sus tragedias de estudiante ambicioso y obtuso; se le estudiaba, se le comentaba, se le hacía objeto de cursos universitarios y hasta se formaban "sociedades gobinianas", sociedades verdaderamente cultas en la que papamoscas fanatizados comulgaban bajo las especies sacramentales de su difunto maestro Gobineau.

A fuerza de oír hablar de él a los wagnerianos alemanes, los franceses empazaron también a ocuparse de su gran hombre, ignorado por ellos hasta entonces; y Gobineau encontró al fin sus discípulos en su propia patria. Lapouge se ha apropiado todas sus pamplinas, y las presenta en gruesos volúmenes con la pretensión de ofrecer tratados de antropología científica. En Alemania, el gobinismo sigue haciendo estragos. No se cuentan ya los libros que se inspiran en esas teorías. Tres revistas serias, se consagran a su propaganda. La filosofía delirante de Nietzsche está enteramente basada en el gobinismo, porque el famoso "Superhombre"

no es más que un disfraz del prestigioso dolicocefalo de Gobineau. Houston Stewart Chamberlain, un inglés que se ha hecho escritor alemán, ha publicado una obra maciza en dos volúmenes: "Los fundamentos del siglo XIX", en la que repite la teoría de Gobineau, pero poniendo en lugar de "dolicocefalo" la palabra "ariano", que comprende a todos los germanos, anglosajones, celtas, latinos, iberos y eslavos, y en lugar de "braquicéfalo" la palabra "semita", que comprende a todos los judíos. Gracias a esta oportuna sustitución, ese libro está en vías de hacerse la biblia de los antisemitas alemanes, es decir, de las tres cuartas partes de la nación.

En tanto que el dogma de las razas de Gobineau no era más que una teoría literaria, podía reírse. Pero la cosa se ha hecho seria desde el momento que una tanda de imbéciles y desarraigados se ha puesto, casi en todas partes, a sacar de ese dogma conclusiones prácticas. El antisemitismo alemán y francés se declara originario de la teoría de las razas nobles y viles; esta teoría es responsable de la cuestión Dreyfus; en nombre de esta teoría se quiere poner fuera de la ley a los negros en los Estados Unidos; en su nombre se quería hacer pasar a los rusos por campeones y mártires de la causa de la civilización "ariana" y amotinar a Europa y a América contra los japoneses y contra el peli-gro japonés. Se hacía necesario, pues, reaccionar contra este envenenamiento sistemático de la opinión pública desarmada ante impostores o necios que pretenden hablar en nombre de la ciencia, que se presentan con obras de numerosos volúmenes y que se expresan en una jerga atemorizadora, erizada de vocablos griegos y latinos.

Por fortuna, ha aparecido un hombre capaz de realizar esta obra de salud pública. Este hombre es M. Jean Finot, el célebre director de la *Revue parisienne*, autor de la "Filosofía de la longevidad", que ha sido traducida a todas las lenguas; un escritor vivo, despierto, fogoso, sabio, convincente, erudito, fuertemente armado, y crítico dotado de una penetración irresistible. Raras veces ha sido solicitado, esperado y saludado como necesario y victorioso un libro en la misma medida en que ha pasado esto con "La preocupación de las razas", que caba de aparecer, editado por Félix Alcau, de París. Es realmente un placer seguir a M. Finot en su trabajo de demolición, que nada deja en pie de las construcciones fantásticas de Gobineau y sus émulos. M. Finot prueba que la novela del dolicocefalo y del braquicefalo no se funda absolutamente en nada, no se apoya en un solo hecho real. Es cierto que hay cráneos largos y cráneos cortos, pero a estas diferentes conformaciones de la cabeza no responde ninguna cualidad intelectual y moral determinada. Gobineau ha inventado una figura a la que ha atribuido todo lo que él admiraba y amaba, y la ha llamado "dolicoceflos"; y, para darle relieve, a opuesto a ella otra cargada de todo lo que él execraba o despreciaba, y a la que ha bautizado con el nombre de "braquicefalo". En realidad, los dolicocefalos más caracterizados se encuentran entre los negros, y tanto los antiguos griegos como muchos de los franceses contemporáneos son braquicefalos. Hay dolicocefalos que se hallan en los más bajos peldaños de la humanidad, y braquicefalos que están en las alturas.

M. Finot no se limita a la refutación, demasiado fácil de las jaramallas de Gobineau y de las audaces afirmaciones de

los seudos antropologistas de la misma laya. Ataca toda la teoría de las razas y muestra la inocuidad de ella. Voy a resumir aquí su tesis, haciendo a un lado sus pruebas abundantes, que hay que leer en el libro mismo.

La humanidad es una. Sus razas no son ni siquiera variedades de la especie. Son el producto de la adaptación del hombre a sus diversos medios. Al cambiar de ambiente, el hombre pierde las particularidades que ha adquirido en su medio anterior, y adquiere otras nuevas. Por consiguiente, la raza no es inmutable. Nace en circunstancias determinadas, se transforma a causa de otras circunstancias del suelo, de clima, de alimentación, de instituciones religiosas, políticas y sociales. La mezcla de razas, lejos de ser peligrosa, es precisamente la ley biológica de la especie. Las pocas razas que han querido conservarse puras, como las castas de la India, las dinastías, las aristocracias exclusivas, han caído todas en una profunda degeneración y han perecido miserablemente, o están en vías de extinguirse. Por el contrario, los pueblos y las clases mejor dotados, más vivaces, más prósperos, son los que, como los franceses y los americanos del norte, proceden de un entrecruzamiento inextricable de decenas de razas diferentes. En todas las razas de un mismo grado de cultura se encuentran, en proporción casi igual, todas las buenas y todas las malas cualidades humanas. Si alguna de estas razas están atrasadas todavía, a ninguno le está prohibido la redención, mediante el progreso de la instrucción y de las costumbres: execrarlas sin remedio, como eternamente condenadas a la inferioridad, es temerariamente criminal.

No me es posible acompañar a M. Finot en todas sus proposiciones. En el estado actual de la ciencia no se puede demostrar la unidad de la especie humana. No se tiene prueba alguna de que una raza pueda transformarse en otra por la sola influencia de las circunstancias del medio sin mezcla alguna de sangre. No se puede asegurar tampoco que existan razas más o menos bien dotadas. Pero acepto la moral de la otra de M. Finot, moral que resume él en estas hermosas palabras finales: "Sobre las ruinas de la mentira de las razas, nacen la solidaridad y la verdadera igualdad, basadas una y otra en el sentimiento racional del respeto a la dignidad humana".

1905.

LA IGUALDAD DE LAS RAZAS

Los delegados del Japón a la conferencia de la paz han pedido que en los estatutos de la Liga de las Naciones se reconozca formalmente la igualdad de derechos de todas las razas humanas. Los que reconocen en el pueblo del sol Levante uno de los mejor dotados de la tierra (y yo estoy entre ellos), considerarán que los japoneses dan prueba de una modestia singular al formular esa demanda. ¡Cómo!, ¿creen tener necesidad de solicitar como una concesión graciosa el reconocimiento expreso de su pretensión de ser tratados como iguales por las demás naciones? En todos los dominios han sabido imponerse a los más recalcitrantes. Hasta ayer un estado teocrático y una sociedad rígidamente feudal, han adoptado de un día para otro las formas gubernamentales del liberalismo avanzado; y aunque no sea aún una república, tienen una democracia parlamentaria que pone el poder en manos del pueblo y asegura a la voluntad de éste, el papel decisivo en el manejo de los asuntos públicos. Como hombres de guerra, los caballeros de armadura y dos espadas se han transformado en estrategas y tácticos que pueden dar quince y falta a los más duchos militares de occidente; después de haber vencido fácilmente a los chinos atrasados, amasaron como yeso a los rusos, que

en 1904 eran todavía el espantajo de Europa, y sin esfuerzos expulsaron a los alemanes de Kia-Chan en 1914. Del valor de su marina de guerra, tuvo que convencerse, en el combate de Tsuchima, cuando vió a su escuadra aniquilada, el magnífico Rojdestvensky, que había partido para aniquilar al Japón como duque de Medina Sidonia con la gran armada para conquistar la Inglaterra de Elisabeth. En política internacional, Inglaterra, la más orgullosa de todas las potencias, solicitó su alianza, la primera que hizo después de la guerra de Crimea; y en 1914 todos los pueblos del acuerdo llamaron a los japoneses en su auxilio y se felicitaron al verlos unirse a los defensores del derecho y de la justicia. En ciencia, han producido brillantes bacteriólogos, como Kitasato y Nogushi, y, para no citar más que un ejemplo, han descubierto el suero antidiftérico cuyo mérito se ha atribuido Behring, audazmente. En arte, han entusiasmado a los más refinados estetas europeos; su Hokusai, su Harunobu están clasificados entre los más grandes pintores y grabadores del mundo, su estilo ha revolucionado, y desconcertado también un poco, las formas decorativas europeas, y los snobs que se pasan con los impresionistas más extremos y con el arte de Backst no saben, probablemente, que se arrojan ante débiles y torpes imitadores, simples remedadores a veces, de los japoneses. Como hombres, como sociedad, han sido puestos en las nubes por escritores del valor de Lafcadio Hearn, que no ha encontrado un lirismo bastante exaltado para celebrar a sus hombres caballerescos e ingeniosos, a sus mujeres delicadas y encantadoras, a sus criaturas deliciosas.

¡Y esta flor y nata humana pide que se le admita en un pie de igualdad entre los demás pueblos! Más explicable sería que exigiera que se proclamase oficialmente, solemnemente, su superioridad sobre el resto del género humano.

Pues bien, que no haya engaño. Como budistas que son, los japoneses no tienen motivo para practicar la virtud cristiana de la humildad. Pero son muy sutiles, y su demanda a la conferencia de la paz ha sido un golpe diestro, aunque encubierto con habilidad consumada, contra las preocupaciones arcaicas de los americanos del norte y de los ingleses. Un gran número de los estados que forman la Unión americana y la mayor parte de las colonias autónomas de la Gran Bretaña, tienen leyes que prohíben a los amarillos, muchas veces a los japoneses específicamente, la inmigración, el establecimiento en sus territorios, y también el simple acceso a su suelo. Es evidente que los japoneses habrían podido decir: "Es menester que declaréis abolidas las leyes restrictivas contra los amarillos y que acordéis a éstos un tratamiento igual al que dáis a los hombres de vuestra raza". Pero consideraban inferior a su dignidad un procedimiento semejante. Además, se les habría podido oponer la objeción de que su demanda constituía una intromisión en los asuntos internos de países independientes. Preferían otro método, más hábil. Hacían abstracción de su caso especial y generalizaban su tesis. No podían nada para los japoneses, nada para los amarillos; postulaban el reconocimiento de la igualdad de todas las razas sin distinción, de todo lo que tiene la figura humana. Implícitamente decían a los americanos del norte: "Vosotros sois los que habéis propuesto

la constitución de la Liga de las Naciones. Eso es idea vuestra; habéis establecido sus principios y sus normas de realización. Pues bien: empezad por aplicar sus leyes a vosotros mismos”.

No veo como los Estados Unidos podrían negarse a satisfacer la demanda japonesa sin ponerse en fragante contradicción consigo mismos y con la política de que Mr. Wilson se ha hecho campeón aclamado por la humanidad entera. Quiéranlo o no, los estados de la Unión que han legislado contra los amarillos y los negros, se verán obligados a aceptar el nuevo derecho del hombre; y las colonias inglesas del Canadá, del Africa del Sur, de Australia, sin hablar de las Indias, no podrán tampoco mantener su altanero exclusivismo.

El antropólogo, el moralista, el filósofo verán con igual satisfacción que uno de los vencidos en la gran guerra es el conde Gobineau, ese desequilibrado manómano que tiene una parte considerable en la responsabilidad de la catástrofe mundial. Ese maníaco funesto, que tal vez era Gobineau, pero que con seguridad no era conde, ha lucubrado su teoría absurda y maléfica “De la desigualdad de las razas humanas”. En Francia, el libro que tenía ese título fué ignorado profundamente al principio; las pocas personas que consentían en leerlo o en hojearlo lo tiraban a un rincón encogiéndose de hombros. En Alemania se sacó partido de ella. Allá lo tradujeron, lo divulgaron con ardor, lo pusieron en las nubes, lo comentaron infatigablemente. Un pseudo sabio llamado profesor Schoemann se instituyó profeta del gran Gobineau, fundó un museo Gobineau, un archivo Gobineau, una sociedad de gobinistas, una cátedra universitaria de gobi-

nismo, una revista gobinista, y su apostolado fanático hizo innumerables adeptos a la nueva fe que, de rebote, acabó por penetrar en Francia, también y por conseguir en ella prosélitos.

Los sectarios del gobinismo tenían la boca llena de nobles dolicocefalos y de viles braquicefalos, de sublimes rubios con ojos azules y de abyectos triguenos con ojos negros, de la aristocracia ariana y de la turba plebeya de los no arianos. La flor de la humanidad era el hombre del norte, más sencillamente dicho, el germano. A éste lo consagraba rey y amo de la naturaleza misma. Había sido creado para dominar. Muy profundamente debajo de él hormigueaba la multitud de los mediterráneos, con más claridad, de los latinos, o poniendo los puntos sobre las íes, de los franceses y de los italianos, sangre cruzada, manchada de africanismo, horda de esclavos destinada a servir al soberbio germano.

Esta doctrina de un monómano de delirio especial sistemático exaltaba el orgullo alemán hasta la locura de las grandezas. Embriagaba a la juventud universitaria, infectaba a la burguesía con pretensiones intelectuales, era apoyada, encomiada jubilosamente por el mundo oficial, que veía en ella un auxiliar muy útil del militarismo y que lo aprovechaba para crear y mantener en el pueblo alemán la mentalidad pangermanista de que iba a salir al fin la guerra de 1914 con todas sus consecuencias trágicas.

El sofisma de la desigualdad de las razas ha sido reducido a la nada por los hechos de la historia. Y los japoneses se han encargado de darle ahora el golpe de gracia reclamando su expulsión formal de los códigos de leyes de los pueblos civilizados.

¿Hay algún fundamento antropológico en el galimatías gobiniano? Naturalmente, ningún hombre sensato acepta las exageraciones del maníaco desequilibrado. Pero el buen sentido admite sin dificultad que hay diferencias entre las razas humanas. Estas se distinguen unas de otras por el color, la estatura, las facciones, el pelo. Pero ¿acaso en el sentido de superioridad e inferioridad? ¿Responden a las desemejanzas físicas particularidades inmutables de orden moral e intelectual? La cuestión esencial es esa.

Una jerarquización de las razas que pone al hombre septentrional en lo alto de la escala y al mediterráneo al pie de ella hace reír simplemente, puesto que los griegos, los latinos, los hebreos, es decir, los creadores de la civilización existente eran mediterráneos, mientras que los salvajes destructores del imperio romano y de la altura antigua eran septentrionales. En lo que concierne a las razas de color, es cierto que hasta ahora sólo los amarillos, los japoneses, los chinos, los dravidianos de la India han probado plenamente su capacidad para colaborar como iguales con los blancos en la obra común del progreso de la humanidad. Los negros y los rojos, en el supuesto de que estos últimos constituyan una raza definida, no han justificado aún históricamente su derecho a la igualdad. Pero sería temerario estigmatizarlos de una manera definitiva y como irremediablemente inferiores. La Francia de la Revolución aclamó al negro Toussaint d' Overture como un gran hombre; el más gran poeta ruso Pushkin, era hijo de negros; y Alejandro Dumas padre, uno de los más bellos talentos del siglo XIX, tuvo por abuelo un negro puro. En cuanto a los pieles rojas, basta recordar que Juárez era un individuo de esa raza.

Es cierto que los ejemplos de Pushkin y de Dumas se aplican a los productos de cruzamiento; y contra los mestizos la mayor parte de los blancos, y sobre todo de las blancas sienten una repugnancia instintiva la mayor parte, no todos. Y cuando el cruzamiento da un producto superior esto prueba que sus elementos deben ser excelentes. En todo caso, el reconocimiento de los derechos de todas las razas a la igualdad de tratamiento no implica la obligación del cruzamiento. Puedo ver un hermano mío en un negro sin sentir el deseo de casarme con una negra, y el hecho de que aprecie las grandes cualidades de los amarillos no me impide preferir una blanca a la más encantadora de las musas del Japón. No hay ninguna necesidad de confundir los problemas matrimoniales con los argumentos legales. Para los primeros, la conferencia de la paz no es competente. Bastará que dé una solución lógica, justa y moral a los segundos.

1919.

EL CASO DREYFUS

LEYENDAS

Era un gran día para Francia y para la humanidad ese glorioso 12 de Julio en el que el primer presidente de la corte de casación, M. Ballot - Beaupré, delante de los 48 jueces de púrpura y de armiño de ese tribunal supremo de la república, en una sentencia destinada a ser grabada en bronce, proclamaba la inocencia de Alfredo Dreyfus, la indignidad de los jueces militares de Rennes que en 1899 habían condenado al inocente y la infamia de los bandidos que habían inventado contra él la falsa acusación de traición y la habían sostenido, luego, con mentiras, documentos falsificados, felonías y crímenes sin número. El corazón de todo hombre honrado saltaba de júbilo ante ese triunfo de la justicia sobre la maldad y de la verdad sobre la más baja y más infernal impostura; y la única amargura que se mezclaba a esa noble satisfacción era pensar que no les estaba permitido a los héroes de la lucha contra las potencias del mal, a los Zola, a los Tarieux, a los Bernard Lazare, a los Scheurer-Kestner, asistir a su victoria.

En medio de la embriaguez de esa hora histórica, muchos hombres se sentían más orgullosos que de ordinario de su dignidad humana, más fervientes en su culto a lo verdadero y a lo bueno, más dispuesto a estallar en ese grito ju-

biloso: "¡La verdad es grande, y prevalecerá siempre!" Miraban ansiosamente del lado de los enemigos de la justicia, de los vencidos en esa lucha gigantesca. Estos estaban fulminados sin duda. Dejaban que se escaparan de sus manos paralizadas la bandera negra del crimen y las armas envenenadas. Se quedaban mudos de vergüenza y de remordimiento, o balbuciendo contritos: "¡Mi culpa! ¡mi grandísima culpa!..."

¡Ah! ¡cómo se engañaban si tenían esa ilusión! ¡Cuán mal conocían la psicología humana si nutrían la piadosa fe en la fuerza de penetración de la verdad y en el poder irresistible de los hechos patentes! Los criminales son inaccesibles a argumentos y a emociones morales. Sienten el furor impotente de su derrota y de su aplastamiento final, pero no el arrepentimiento de su crimen. Por lo tanto son irreductibles.

Ahí están, en esos momentos de supremos desequilibrios, los piratas, los falsarios, que han elevado el momento de picardía infame de la acusación contra Dreyfus... No se confiesan vencidos. Jules Soudry ladra: "¿Qué me importa la sentencia del tribunal de casación? Para mí, la insensatez de esos 49 jueces chochos es como si no se hubiera producido. Sigo con mi convicción de que Dreyfus es traidor, porque es judío". Maurice Barrés gruñe: "El sumario del tribunal de casación, si no ha sido falseado, por lo menos es incompleto. No ha sido público; no ha habido en él confrontación de testimonios". Ernest Judet y todos los jesuitas del Gaulois y de la Libre Parole aullan: "¿Qué los civiles han abuelto a Dreyfus? ¡Linda comedia! Los militares eran los únicos que podían rehabilitarlo. Pero él no se ha atrevi-

do a afrontar por tercera vez a sus iguales. Les ha tenido miedo. Y con esto se ha confesado culpable". Y por medio de estos efugios imprudentes es como continúan defendiendo ellos su leyenda, y rebelándose contra la verdad.

Si el tribunal de casación hubiera enviado la causa a un consejo de guerra, esto tampoco los habría satisfecho. En caso de absolución habrían dicho: "¡Bah! se ha escogido uno por uno de los siete oficiales que debían formar el tribunal militar ¡y no se ha admitido en él más que a los obtusos lacayos del poder, a los vendidos, a los corrompidos!" Han dicho esto de antemano. En cuanto se les presentaba la posibilidad de un traslado de la causa publicaban artículos en los que contaban con gran lujo de detalles historias, inventadas en todas sus partes, de oficiales cuidadosamente seleccionados en las guarniciones de Francia y transferidos a Versalles, porque el consejo de guerra de esta localidad iba a ser designado por el tribunal de casación para que volviera juzgar a Dreyfus. Esta fábula imbécil y calumniosa fué lucubrada a pura pérdida, por cuanto el traslado no llegó a producirse. Pero revela cómo se han arreglado los criminales para desacreditar de antemano y en toda circunstancia cualquier acto de la justicia favorable a la verdad.

Durante todo el curso del sumario y de los debates en la corte de casación, reunida en pleno, ni un solo día han dejado de cubrir con sus viles injurias a los augustos ancianos que forman el supremo tribunal de Francia. Los 49 jueces encanecidos al servicio de la justicia, llegados al más alto escalón de su jerarquía a fuerza de integridad, de talento, de ciencia y de sentimiento del deber, eran todos pre-

varicadores, a todos se les había untado la mano, todos eran sateadores que traficaban cínicamente con su autoridad. Y los miserables que trataban de manchar, de deshonorar así a la primera institución judicial de su país, la llave del arco de todo el orden legal de la sociedad francesa, tienen la audacia de llamarse patriotas, simulan indignarse como franceses celosos del honor de su patria cuando se estigmatiza como cobardes bandidos a los Mercier, los Gonse, los Billot, los Zurlinden, los Deluye, los Roget... El calumniador de Francia es, por el contrario, el que la solidariza con una media docena de criminales de uniforme, marcados con el hierro candente por el tribunal de casación y salvados de presidio solo por la ley de amnistía de 1900; es el que echa barro a dos manos sobre el armiño de los 49 más altos jueces de Francia y denuncia a esta ilustre junta como una especie de corte de los milagros, compuesta enteramente de pícaros y fulleros.

Pero los clientes de los abyectos miserables, a quienes siguen, aplauden y aclaman ciegamente desde hace doce años, permanecen sordos a todo rozamiento y continúan creyendo todas las bolas que sus cabecillas le cuentan. La gente honrada se aleja repitiendo: "Todo ha concluido ahora. Los salteadores no engañan ya al pueblo. La sentencia del tribunal de casación, con todos sus considerandos que tan luminosamente resumen la cuestión completa, será fijada en las 36.124 comunas de Francia. De modo que todo el mundo podrá leerla, y la verdad aparecerá por primera vez a los que no la conocen aún porque no han leído más que los diarios de mentiras, de lodo y de sangre".

Nueva ilusión ¡ay! y nuevo error. Todos podrán leer la sentencia, es cierto, pero pocos la leerán. En primer lugar porque es larga y no hay paciencia para estudiar un documento extenso y severo; luego porque está redactado en ese lenguaje judicial, especial, supervivencia de la Edad Media, que ni las personas de instrucción superior comprenden fácilmente; y en fin, en fin... porque los que tienen hecha ya su resolución se niegan a dejarse convencer, cierran los ojos, se tapan los oídos y defienden su convicción absurda fanáticamente, bárbaramente contra todo asalto que venga de afuera.

Es una verdad que se ha hecho ya trivial la de repetir que la leyenda es indestructible. Lo es necesariamente por razones psicológicas evidentes. ¿Qué es una leyenda? Es el relato de un hecho inexistente, inventado en todas sus partes, o el relato arreglado arbitrariamente, modificado con agregados, supresiones, adornos, de un hecho real. ¿Cómo se forma la leyenda? Se compone intencionalmente o nace espontáneamente. En el primer caso, debe favorecer el interés de alguna persona, dinastía, clase o partido; en el segundo, satisface una necesidad sentimental, responde a una tendencia intelectual o moral, a una aspiración, un rencor, una esperanza. ¿Por qué se cree en la leyenda? Porque halla alguna preocupación de las masas, algún fuerte sentimiento, un odio, un amor propio, un concepto hereditario, profundamente arraigado, al que parece confirmar y justificar.

En tales condiciones, es fácil comprender como nada puede destruir, ni hacer bambolear siquiera una leyenda. Esta satura al creyente, se une armoniosamente con toda la

mentalidad de él, forma cuerpo con sus convicciones, sus simpatías y antipatías; y, una vez que ha penetrado bien en su conciencia, sería necesario, para extirparla, volver de arriba abajo, por decirlo así, el subsuelo de su alma. La leyenda vive tanto como los sentimientos que la han creado o que han hecho que se la acoja ávidamente, y muere de muerte natural en el momento mismo en que la constitución moral del creyente se modifica.

A nuestros ojos, hemos visto nacer y consolidarse, hasta hacerse firme como una roca, varias leyendas, a cual más mentirosa, más insensata, de las que voy a analizar dos brevemente.

La primera es la leyenda de Boulanger, general de la "revancha". Boulanger debía ser el hombre providencial que declararía la guerra a Alemania, la derrotaría lamentablemente y recobraría, no solo la Alsacia y la Lorena, sino también toda la orilla izquierda del Rhin. ¿En qué se basaban las grandes esperanzas puestas en el "bravo general"? En el fondo, en nada absolutamente. Boulanger había petardeado al infeliz Turpin su invento de la melinita, había hecho pintarrapear de rojo, blanco y azul las garitas de los centinelas, y hacía construir cuarteles de madera junto a las fronteras del oeste. Esto era todo, y era poco. Ni los cuarteles, ni la pintura tricolor de las garitas, podían garantizar con toda eficacia la victoria; y, aunque la melinita, era un buen explosivo, no llegaría a decidir, sin embargo, la suerte de las batallas. Nada revelaba, en el pasado profesional de Boulanger, un jefe excepcional, ni siquiera un talento militar cualquiera. Pero el alma francesa estaba sedienta de desquite, la altivez francesa humillada por reveses involida-

bles reclamaba imperiosamente la satisfacción de nuevas glorias guerreras, e interpretaba ávidamente en el sentido de sus aspiraciones algunos ademanes pueriles de un ministro de la guerra, petulante y enredador. De ahí la leyenda del "bravo general".

Luego, la leyenda del Panamá. Esta era una empresa gloriosa de ese grande de Lesseps, que había creado ya el canal de Suez. Pero los judíos se apoderaban del negocio, se comían el capital, en lo que eran ayudados por 104 diputados, y arruinaron así un proyecto que, sin ellos, habría sido triunfalmente realizado por el "gran francés". La verdad es singularmente diferente. Lesseps era un reaccionario y clerical hasta la médula. Estaba rodeado por una banda de estafadores de su misma filiación. No toleraba judío alguno en su negocio. Su secretario general, Marius Fontane, autor de una "Historia Universal" que es un monumento de cretinismo, se ha distinguido como antisemita feroz. No había estudiado la empresa, no tenía ningún plan, y marchaba a la ventura, como en el caso de Suez, fiado en su estrella, como un jugador que espera hacer saltar la banca de Mónaco, convencido de que las cosas se arreglarían ellas solas, milagrosamente. Dilapidaba los fondos del pequeño ahorro, enriqueciendo a su corte, a sus empresarios de obras, a sus agentes financiero (buenos arianos, todos) y corrompiendo a la prensa como un gobierno ruso. Solo en vísperas de la quiebra fué cuando aceptó la ayuda de un judío, el barón Reinach, que le llevaba, demasiado tarde, los 300 millones de la emisión de loterías, único título de Panamá que se ha substraído al desastre, y cuando pagó una prima a otro judío, Hugo Oberndoerfer, para que no hiciera una oposición de

Bolsa a ese empréstito, prima que, por otra parte, ha restituido ya el bolsista. Pero los pequeros tenedores de títulos ya sin valor alguno, furiosos ante sus pérdidas, necesitaban una cabeza de turco y creían ansiosamente en la leyenda de "los judíos destructores del Panamá" creada por los clericales, deseosos de apartar de ellos la cólera popular.

No es la sentencia del tribunal de casación lo que destruirá la leyenda del traidor Dreyfus, será el maestro francés libre pensador y radical. La generación que la ha creído la creará hasta su muerte. Pero, después de ella, vendrá otra cuya mentalidad habrá modificado la escuela laica, y ésta se reirá de la leyenda y comprenderá la verdad sin dificultad ni resistencia alguna.

1906.

DREYFUS Y JUDET

¿Será infundada, después de todo, la comprobación hecha por un pesimismo negro y amargo de que las ruindades de los perversos queden impunes, y el mal triunfa del bien descaradamente? ¿Habrà de veras una justicia inmanente, lenta, tardía por cierto, pero eficaz e impresionante? Al observar los sucesos que ocurren, uno querría creer eso.

Desde el otoño de 1894 hasta la primavera de 1900, el juicio criminal del capitán judío Dreyfus, falsamente acusado de traición, ocupó el primer término en la escena del mundo. Esa cuestión, que pronto se hizo la cuestión a secas, la cuestión por excelencia, apasionaba a Francia, y después de ella a todo el universo. La agitación que creaba estuvo a punto de degenerar en guerra civil sangrienta y de voltear a la república. Waldeck-Rousseau, llamado providencialmente al poder, trató de impedir las peores consecuencias del profundo trastorno de los ánimos indultando ante todo al inocente, condenado por segunda vez por el embaucado consejo de guerra de Rennes en 1899, y decretado en 1900 una amnistía general para todos los crímenes y delitos relacionados con la cuestión. Las cortes y los tribunales dejaron de ocuparse del caso, pero la calma estaba lejos de haberse restablecido. La cuestión seguía fermentando y enve-

nenando las almas. La vida pública y privada estaba infestada aún por ella. La cuestión determinaba la marcha de la política; daba la clave de todas las crisis; adoptaba cien disfraces, pero era siempre la misma en el fondo. Fué menester nada menos que la guerra mundial de 1914 para hacer que desapareciera definitivamente, o por lo menos que se perdiera de vista, porque en secreto no ha dejado de existir nunca, ni de causar solapadamente, silenciosamente, pero sin tregua, sus estragos mortales; y muchos incidentes singulares de los años de guerra, incomprensibles para los observadores lejanos, se explican sencillamente por el odio satánico de los antiguos antidreyfusistas contra sus adversarios de antaño, y que los habían vencido en combate franco y leal. Al que se sorprenda del trato que se ha dado a ciertos grandes jefes militares, ex ministros y parlamentarios, de las campañas encarnizadas, infames, de la prensa realista y clerical contra muchos hombres públicos, escritores, periodistas, diré solamente: "Buscad la cuestión Dreyfus". Se la encontrará siempre, oculta bajo el antifaz de un pretendido patriotismo exasperado. Un extranjero, menos prudente o menos diestro que los espadachines odiosos de la reacción de Francia, ha dejado ver torpemente la clave del enigma. El crítico inglés Edmond Gosse, alineador disertado de frases bonitas, pero alma de barro, ha escrito últimamente en un artículo de la "Edimbergh Review" esto: "Dreyfus, ese judío misterioso cuyo carácter exacto y cuya intención definitiva nunca tal vez se pondrán del todo en claro..." Nótese la estúpida despreciable perfidia de las expresiones laboriosamente ambiguas elegidas para suscitar dudas, para despertar sospechas, para hacer creer que subsiste aún algún se-

creto, que Dreyfus es un personaje turbio, que la cuestión es una enterrada viva, que en resumen, no se ha dicho la última palabra, que es lícito suponerlo todo y que falta descubrir y aclarar muchas cosas tenebrosas y feas. He ahí lo que se atreve a insinuar Edmond Gosse, lacayo obsequioso de la reacción francesa, diez años después de haberse terminado la publicación de la monumental "Historia del proceso Dreyfus", en seis volúmenes, obra de M. Joseph Reinach, en que se presentan desenredados todos los hilos más tenues y más ocultos de la trama de esa conspiración de los realistas y clericales de Francia, que proyectaban voltear a la república e implantar de nuevo el antiguo régimen monárquico, aristocrático y teocrático, poniéndose la máscara de defensores intransigentes astutamente, abyectamente con el patriotismo ardiente y también con el antisemitismo instintivo, latente, de las masas francesas, engañadas durante años por una propaganda sin ejemplo de mentiras y de calumnias infernales, hecha a expensas de millonarios conservadores, entre ellos una duquesa muy conocida, que contribuyó con tres millones de francos a esa obra meritoria.

Ahora bien: Dreyfus, el "judío misterioso" del despreciable Edmond Gosse, "cuyo carácter exacto y cuya intención definitiva" nunca tal vez logrará poner en claro ese impostor, Dreyfus que, después de su rehabilitación solemne ante todos los regimientos alineados de la guarnición de París, y de su reintegración en el grado de capitán de artillería agregado al estado mayor, y de haber sido condecorado con la cruz de la Legión de Honor, había obtenido su retiro, al empezar la guerra fué llamado al servicio activo y permaneció en el frente de batalla durante cuatro años y

medio, se distinguió mucho en los combates y en premio a su valor obtuvo los galones de comandante, luego los de teniente coronel y la escarapela de oficial de la Legión de Honor. Sus jefes, sus camaradas y sus subordinados no lo han encontrado "misterioso" ni por un momento y no han tenido duda alguna sobre su "carácter exacto" ni sobre su "intención definitiva" durante todo el curso de la larga guerra, de la que es uno de los héroes modestos.

En cambio sucede ahora otra cosa que debería hacer que se metieran bajo la tierra los Edmond Gosse y sus iguales, si su audacia no supiera aguantar sin tambalearse todos los bofetones que le dan los hechos. Ernest Judet se encuentra bajo el peso de una acusación de alta traición, de inteligencias con el enemigo y de espionaje; el sumario afirma que recibió grandes sumas de Alemania por haber vendido su patria francesa, y se ha dictado contra él una orden de arresto, a la que el acusado se ha substraído refugiándose en Suiza.

Ernest Judet... ¡qué nombre y qué recuerdos!... Ese es uno de los más grandes protagonistas de la cuestión Dreyfus. Es uno de los que se encarnizaron de la manera más odiosa, más venenosa, contra su víctima inocente. Fué uno de los atosigadores más eficaces del alma popular. Fué uno de los inventores más fecundos, más inagotables, de las mentiras más abominables, de las calumnias más monstruosas contra el desdichado oficial judío durante los años en que éste era impotente para defenderse, cuando estaba encaadenado por el grillete doble a que lo había condenado el despreciable Andrés Lebon, y cuando los defensores de la

justicia y de la verdad hacían esfuerzos sobrehumanos para desenmascarar a la banda asesina de los conspiradores contra la república y para hacer brillar la verdad.

Ernest Judet, ex normalista, universitario desvalorizado, existencia catilinaria, ora periodista obscuro, ora extorsionista eximio, siempre intrigante y ambicioso sin escrúpulos, fué puesto al frente del "Petit Journal" por influencias poderosas en el momento en que estallaba la cuestión para que trabajara en interés de la banda de conspiradores clericales y realistas. El hombre respondió de una manera superior a la expectativa de los que pagaban. Los sirvió demasiado bien. "La Libre Parole", "La Croix", "Le Gaulois" tenían una clientela especial de reaccionarios fanáticos ganada de antemano para toda causa en que un judío se encontrara en brega con discípulos de los jesuitas provistos de grados y de títulos. A esa clientela se le podían ofrecer los fábulas más grotescas porque lo tragaba todo con deleite y pedía más. Otra cosa sucedía con el "Petit Journal". Este órgano hablaba a la gran masa media del pueblo francés, imparcial, neutra, aunque liberal en el fondo, llena de buen sentido, generosa por naturaleza, capaz de reflexión, propensa a la crítica, moderada y equilibrada en sus juicios, recelosa ante toda exageración evidente. A ese público había que hablarle de distinta manera que al de los órganos de sacristía y de jesuitería. Judet no comprendió eso. En su celo de mercenario deseoso de ganarse el salario, se excedió mucho de la medida. Sus extremos chocaron en seguida a sus lectores de "Petit Journal", que empezaron a abandonarlo decididamente. Ese era el diario de mayor circulación en Francia, pues tiraba 700.000 ejemplares. La campaña inmunda de Judet

le hizo perder, en tres años, los dos tercios de sus abonados. Alarmado entonces el consejo de administración de la empresa, y no era para menos, Judet fué puesto en la calle, pero demasiado tarde. El "Petit Journal" se repuso después, sobre todo bajo la dirección de M. Stéphen Pichon, pero nunca pudo reconquistar el terreno perdido, que ha sido ocupado con creces por el "Petit Parisien". En cuanto a Judet, sus patrocinadores habían estado demasiado satisfechos de su trabajo para que no desearan verlo continuar. En consecuencia, crearon para él el "Eclair", donde Judet era amo y podía proseguir sin trabas y sin freno la tarea interrumpida por su expulsión del "Petit Journal".

El "Eclair" ha sido el teatro de sus hazañas más ignominiosas. En ese diario era donde Judet presentaba sus embustes más irritantes y sus falsificaciones más criminales. En él era donde sentaba la teoría de que, en el interés superior de la patria, era lícito emplear documentos falsos y testigos falsos contra un traidor al que no se podía condenar de otra manera, por falta de pruebas auténticas; lo que llamaba cínicamente "lo falso patriótico". En él era donde contaba la novela abracadabrántica del "Sindicato internacional y judío que había reunido millones para destruir el ejército francés, y del que Dreyfus había sido agente. Pero ¿para qué remover esa vieja inmundia? Su labor provoca náuseas después de tantos años.

Y ahora, con santo horror, se ve que aparece de pronto Némesis y empieza su obra trágica. Avanza lentamente, con su andar majestuoso, pero acaba por llegar infaliblemente. No olvido que Judet es un simple acusado todavía, que no ha sido condenado. Los indicios reunidos contra él son for-

midables, y su fuga al extranjero no habla en su favor. Esperemos, pues, la sentencia. Pero las peripecias de su drama judicial son ya impresionantes.

Todas las mentiras que inventó contra Dreyfus resultan ser ahora elementos del acta de acusación contra él; el sumario afirma que ha practicado el espionaje en provecho de Alemania, que ha traicionado a Francia por dinero, que ha tramado con cómplices una empresa de ruina y derrota de su patria.

Su víctima de otro tiempo, libre de todo reproche, teniente coronel en servicio activo, oficial de la Legión de Honor, padre de un oficial condecorado con la cruz de guerra, es honrado por su patria e injuriado solamente en el extranjero por un Edmond Gosse cualquiera; y él, Judet, el Judet del "Petit Journal" y del "Eclair", tachado de infamia por la acusación de la más vil traición en tiempo de guerra... ¿qué desquite de la verdad ultrajada y amordazada por un momento!

1919.

H U M A N I S M O

LA JERARQUIA

No hay quien ignore el título del famoso panfleto que resume la tendencia fundamental de la gran Revolución: “¿Qué es el tercer estado? Nada. ¿Qué debe llegar a ser? Todo.” El socialismo ha recogido este título aderazándolo al gusto de moda. Dice: “¿Qué es el proletariado? Nada. ¿Qué debe llegar a ser? Todo”. Hubo un tiempo en que los proletarios se aplican, a guisa de sinónimo, el nombre de desheredados. ¡Cuán lejos estamos de eso! ¿Desheredado el proletario”. Hoy es un opulento heredero. Los bolcheviques rusos comprenden su tiempo. En todos los diarios hemos leído que habían constituido una clase de ciudadanos privilegiados a la cual habían conferido el título y rango de “proletarios hereditarios” que los coloca muy por arriba de la masa vulgar. Es una aristocracia nueva, con una dignidad y prerrogativas especiales, que la constituyen en clase suprema, la sociedad bajo la cual rebulle la multitud oscura, indistinta, de la miserable burguesía.

La gran Revolución proclamó tres principios cuya enunciación formaba su divisa: “Libertad, igualdad, fraternidad”. Su conquista más gloriosa, la más difícil de realizar, fué el segundo de esos tres principios: la igualdad. Fué la que dió su sentido a la Revolución. Es la que dió fin a la Edad Me-

dia, derrocó el feudalismo, hizo de los siervos de la gleba y de los señores de atributos de semidioses, ciudadanos. Es la que estableció el mundo nuevo en que vivimos.

Pues, bien: el proletariado moderno, que pretende provenir de la Revolución y dice proseguirla, reniega del principio de la igualdad y procede metódicamente al restablecimiento de una feudalidad al revés. Rechaza la balanza a nivel, el símbolo impresionante de un derrumbamiento y de una reacción social operada por medio de la Revolución, y restaura la diferencia de clases. Crea nuevos parias, que son los burgueses, y no solo los capitalistas, sino también los intelectuales que son, no obstante, obreros que viven por igual de su trabajo, aunque este trabajo no sea manual. Establece el estado de guerra permanente contra todo quien no sea operario mecánico de usina o de taller: no conoce ni admite más interés que el de su propia clase: sigue el ejemplo de los nacionalistas que proclaman el "egoísmo sagrado de la nación" frente a todos los otros, con los derechos que tengan, y declaran altivamente el egoísmo sagrado de la clase contra todas las otras clases, particularmente contra la burguesía, a quien combaten sin miramientos, a quien combaten sin merced, a quien tratan de vencer, de aplastar, de expropiarla, de eliminarla y de establecer un dominio sobre sus ruinas.

Los amigos del proletariado, los que anhelan más fervientemente su ascenso, tienen el deber de advertirle, seriamente, que están errando la vía. Nada más legítimo que su lucha por la emancipación, mientras procuraban acabar con las leyes odiosas que los encadenaban. Contaban, entonces, con la simpatía activa de todos los hombres de bien, ene-

migos de la injusticia y de la tiranía. Eran sus amigos vestidos de levita y galera de felpa, los hombres de ciencia, de pluma y de palabra que los encabezaban en el asalto a las bastillas atávicas. Eran esos hombres que, desinteresados por completo, movidos únicamente por su odio a las iniquidades, por su amor al prójimo, acudían en socorro de sus hermanos ignorantes, víctimas milenarias de explotadores sin escrúpulos, aclaraban sus ideas confusas, los organizaban, dábanles métodos de defensa y de ataque y los conducían a la conquista de un sitio al sol, amplio y hermoso sitio. Bajo jefes y guías que no eran casi nunca de su clase han logrado los proletarios esas victorias sucesivas y cada vez más brillantes que se llaman el derecho de reunión, de asociación, de huelga, de libertad de fijar su domicilio donde le plazca, el privilegio de primera hipoteca para su salario sobre todos los bienes de su patrón, las leyes sobre higiene en las fábricas, sobre el trabajo de las mujeres y los niños, sobre el seguro contra los accidentes y las enfermedades, sobre los retiros de ancianidad, las Bolsas de trabajo subvencionadas por las comunas y, recientemente, la jornada de ocho horas. Menciono de paso el sufragio universal, del que no se aprovechaban únicamente los proletarios, pero que a ellos, sobre todo, les ofrecía un arma singularmente eficaz, el seguro contra la desocupación y el salario mínimo, que aun no han sido establecidos en todos los países; y la participación en las ganancias, que muchos patrones han empezado a acordar.

Todos esos éxitos han sido obtenidos porque eran los de una causa justa y razonada. Hubiera sido necesario ser de un corazón seco, extraño a toda generosidad, a todo sen-

timiento de simpatía por el prójimo, anquilosado en una lastimosa capacidad de comprensión, para no aplaudirlos a dos manos. Pero sucede que el proletario, menos satisfecho que estimulado por sus conquistas, formula pretensiones que van mucho más allá de lo que ha adquirido. Las ocho horas de trabajo parecenle ya jornada excesiva, quieren la de seis horas, acaso la de cuatro, y menos si es posible. Quiere el proletariado ser reconocido como copropietario de la empresa que lo ocupa. ¡Qué digo! Quiere ser el único propietario de la empresa con la eliminación entera del capital que la ha fundado, pero que él pretende desposeer, confiscar.

Junto a esas satisfacciones materiales que deben dar al proletariado su parte —y la parte del león— en todos los regocijos del lujo, todos los placeres que puede procurar la riqueza, aspira a otros de carácter moral. No tolera ya superioridad espiritual. Quiere ser el amo, tener el sentimiento del dominio. Es el número, dice; quiere dictar la ley a la colectividad. Quiere gobernar el estado como la fábrica; es el factor esencial de la civilización y puede exigir la deferencia y el respeto debidos a un elemento tan soberano en el estado y en la sociedad.

Consciente de su alta dignidad, desdeña ya los jefes y los consejeros, y aun los simples colaboradores que no sean de su clase y afirma no necesitar de ningún modo de los recursos intelectuales de los burgueses.

Esta actitud es deplorable, pues importa una singular ingratitud y representa un peligroso desconocimiento de una ley de la naturaleza.

En primer lugar, la ingratitud. La historia del esfuerzo del proletariado por conquistar el reconocimiento de sus derechos humanos, cívicos y económicos, nos muestra que quienes los condujeron al combate y a la victoria han sido, casi todos, burgueses que no tenían ningún interés personal en ponerse a luchar contra las condiciones existentes y se metían en la refriega movidos por un sentimiento de la justicia y su simpatía por la clase obrera. Esta ha tenido sus angustias y sus padecimientos, pero no supo encontrar el remedio por sí misma. Ha gemido o rugido, pero no se ha encontrado capaz de formular un programa de acción sensata. Ha tenido concepciones vagas, nebulosas: no ha tenido ideas claras. Pensadores burgueses son los que han hecho por ella el trabajo intelectual indispensable. Muy raras veces y en excepcionales ocasiones se ha visto surgir de las filas de los obreros manuales hombres dotados de las calidades de jefes, capaces de ponerse a su cabeza, de señalarles un objetivo racional, de organizarlos, de darles un método, de prepararles éxitos serios y duraderos. Como norma común, ese trabajo ha sido hecho por aliados que no venían del mundo de los trabajadores.

El proletariado olvida los movimientos tumultuosos y caóticos en los cuales los seculares rencores de los desheredados se pusieron bien a la vista, los motines ingleses suscitados por Jack Cade, la Jacquerie francesa, la rebelión de los campesinos alemanes durante la Reforma, el alzamiento de los "lazzaroni" napolitanos que rodeaban a Masaniello. Destruyeron edificios y mataron gente, pero no crearon nada, no construyeron nada. La agitación perseverante, enérgica, metódica, de la cual salieron el partido socialista, la

Internacional, los sindicalistas, la única que ha sido fecunda en resultados y ha colocado al proletariado en la fuerte situación que tiene actualmente, esa agitación ha sido imaginada, llevada a la práctica y dirigida por burgueses. Si Prudhon, el admirable teórico del sindicalismo, fué tipógrafo de profesión; si Bebel, que durante tanto tiempo ha sido el jefe parlamentario de los socialistas alemanes, comenzó su vida activa como encuadernador; si Gompers, el portaestandarte de los obreros norteamericanos; si Goubaux, el organizador de la Confederación General del Trabajo (la C. G. T.) han sido simples obreros, en cambio los grandes nombres históricos de la evolución socialista han sido llevados por burgueses archiburgueses. En el siglo XVIII, Morelly, Babeuf, fueron intelectuales. En el siglo XIX Saint Simon era aristócrata de nacimiento, Marx era filósofo de oficio y escritor, Lassalle era "privat-dozent" de la universidad, hijo de millonario y "dandy", Johann Jacoby, médico; el viejo Liebnecht, literato; Víctor Adler, doctor en derecho; Jean Jaurés, profesor de filosofía; Enrico Ferri, ex profesor de la universidad de Roma. Son esos los hombres que han hecho socialismo, los que han educado, ilustrado y guiado a los proletarios, los que les dieron ideas, principios, la comprensión de su situación, los que al fin los han emancipado. Si hoy los obreros manuales se creen superiores a la gente de una cultura más intensa, reniegan de su propia historia, y si se figuran que de aquí en adelante podrán pasarse sin ellos y tendrán derecho de someterlos a su dominio, se forjan una ilusión de la que pronto han de desengañarse.

Y la actitud del proletariado es también, como lo he dicho, contraria a una ley de la naturaleza. El obrero ma-

nual representa el músculo, el intelectual el cerebro. Ahora bien; el cerebro es un tejido orgánico mucho más altamente diferenciado que el músculo y sus funciones son incomparablemente más complejas y delicadas. El argumento de la masa no tiene ningún valor. Es un hombre normal de un peso medio de setenta kilos, los músculos pesan de 20 a 23 kilos, en tanto que el peso del cerebro oscila entre un mínimo de 1300 a un máximo de 2200 gramos, el más grande registrado hasta ahora; y, sin embargo, esos 1300 o 2200 gramos dominan soberanamente esos 20 o 23 kilos. El cerebro es quien gobierna los músculos, quien les envía las impulsiones para que las ejecuten, y los músculos no tienen sino que obedecer las órdenes del cerebro. H. G. Wells, en su "Guerra de los planetas", se ha complacido en imaginar seres muy evolucionados —marcianos— que son únicamente cerebros servidos por aparatos mecánicos de su invención y que no necesitan en modo alguno, de músculos. No se podría imaginar músculos que no necesitaran de cerebro y de su dirección, no los imaginaría ni siquiera un novelista ultra-fantástico. El obrero manual, erigiéndose en amo del burgués intelectual, expulsándolo de las filas de los ciudadanos nativos y rehusándole toda influencia sobre los negocios públicos, sobre la vida política y económica de la colectividad, es la revuelta contra la ley biológica, la resistencia contra la evolución de los organismos vivientes; es una tentativa pueril condenada de antemano.

Es, por cierto, nuestro ideal llegar a un grado de desarrollo en que el obrero dejará de ser un simple portador de energía muscular que repite maquinalmente movimientos poco complicados en que el pensamiento casi no tiene

parte, sino que se convertirá en un ser plenamente evolucionado, que viva la vida humana total. El maquinismo cada vez más perfeccionado, obra de los inventores y de los hombres de ciencia, es decir, intelectuales burgueses, le dispensará del esfuerzo puramente dinámico, y la transformará en un simple vigilante y director de aparatos mecánicos. La jornada de ocho horas, acaso de menos, le dejará el ocio suficiente para cultivar su espíritu. Su parte de las riquezas producidas por la colectividad entera será bastante grande para procurarle todas las satisfacciones razonables. Podrá aprender, conocer las obras del espíritu de la humanidad, gozar de la belleza en todas las formas del arte, participar en el trabajo del pensamiento universal, vivir la más alta vida espiritual. Entonces será, verdaderamente, igual a las personas de noble cultura, pero esta igualdad será el triunfo de la jerarquía orgánica, de la supremacía del cerebro, de la sumisión del músculo. Toda lucha contra esta marcha rigurosamente fatal, es vana.

1919.

LA SITUACION DE LOS PUEBLOS

Está visto que nos hemos puesto a recordar, a festejar iba a decir, los aniversarios de la guerra abominable, el segundo desde que la guerra impera. Esto es humorismo, el humorismo shakespeariano en la tragedia, el humorismo del sepulturero de Hamlet, al que el cráneo del "pobre Yorick", salido del sepulcro, inspira ideas chuscas y ocurrencias grotestacas.

Hace dos años que se abrió el infierno y que se desencadenó y soltó a los demonios sobre la tierra. Era un lindo día de verano. El sol reía, radiante, en un cielo azul encantador. En los campos, los labriegos gardaban contentos una cosecha opulenta. En las ciudades, el pueblo se refrescaba bebiendo en los cafés y se divertía en los sitios de recreo. En los balnearios, en las playas, multitudes elegantes distraían sus ocios estivales con entretenimientos amenos. La naturaleza estaba de fiesta, los hombres gozaban la vida. El momento era de regocijo, el día de mañana era de esperanza y de promesas.

De pronto, estalló un trueno con estrépito de fin de mundo, y surgió la cosa horrible. Una voz gritaba: "¡A las armas! ¡Estamos en guerra! ¡Abalanzaos, degollad, quemad, asolad!" Y millones de hombres se lanzan al asesinato, a la

violación y a todos los crímenes que se castigan normalmente con el presidio y el cadalso, sin vacilar, sin preguntar el cómo ni el por qué, sin protestar "¡Ah, cuán idiota e infame nuestra raza humana!".

¿Puede uno representarse ahora el aspecto del mundo hace dos años? Me parece que para esto habría que hacer gran esfuerzo de memoria, buscar en los diarios y escritos de ese tiempo, cotejar documentos, exactamente como si se tratara de una época muy remota. He aquí lo que se encuentra reuniendo los recuerdos, ayudándose con todos los testimonios contemporáneos.

Se examinaba apasionadamente la cuestión de si el tango podía ser cultivado o debía ser proscripto. Se discutía perdidamente el futurismo de Marinetti y el cubismo de Matzinger. El gran acontecimiento sensacional que absorbía, que monopolizaba la atención de ambos mundos, era la causa y la absolución de la señora Caillaux. Se hablaba acaloradamente de las sufragistas inglesas, cuyos métodos violentos eran aprobados por unos y censurados por otros. La gente se preguntaba, aunque sin mucho ardor, en qué iría a parar el antagonismo de los irlandeses protestantes del Ulster, opositores de Home Rule, con sus compatriotas católicos que pedían a voz en cuello la autonomía de Irlanda. Se veía con satisfacción que el servicio de tres años había vencido las resistencias, por un momento inquietantes, y había quedado tranquilamente establecido. Se disertaba sobre las nuevas tentativas del cinematógrafo para agregar las obras maestras del teatro clásico a los asuntos de sus películas burdamente simplistas. Se meditaba sobre la falda am-

plia que reemplazaba a la vaina estrecha, y profetas inspirados se arriesgaban a vaticinar el advenimiento del miriñaque.

¿Qué se han hecho todas estas obsesiones? Se restriega uno los ojos al leer su enumeración. Apenas si se atreve uno a citar, a propósito de ellas, el verso melancólico de François Villon: "Mais, où sont les neiges d'antan?"

¿Debo consignar algunos rasgos más del cuadro de hace dos años? En todos los laboratorios se trabajaba, se buscaba, se experimentaba. En todos los talleres se pintaba, se modelaba, se esculpía. Los autores preparaban libros para el otoño, piezas para la temporada. Los músicos componían partituras, rellenándolas lo más abundantemente que podían de disonancias aulladoras, de notas falsas desvergonzadas, de cacafonías dementes, pruebas gloriosas de modernidad. Los buenos burgueses, ni intelectuales ni artistas, proyectaban viajes que cualquiera podía emprender a su gusto o capricho con tal que tuviera la bolsa convenientemente provista.

¿Y ahora? Ahora, casi no hay valor para echar una mirada en torno. Uno preferiría más bien cerrar los ojos. La humanidad civilizada no tiene ya sino una idea: la guerra. Ha llegado al monodéismo monstruoso de no pensar más que en la matanza gigantesca, diabólica, en las batallas presentes y próximas. Se impacienta al encontrar en los diarios algo que no sea los comunicados de los grandes estados mayores. Echa una mirada distraída a las noticias de la revolución china, del conflicto mejicano, de la campaña electoral para la presidencia de los Estados Unidos, del regreso de Shackleton del polo sur. Se sorprende cándidamente de que estas cosas insignificantes puedan interesar a alguien. Los

hombres de ciencia se ocupan únicamente en descubrir venenos, gases asfixiantes, líquidos corrosivos o inflamables, armas balísticas inéditas, más mortíferas que las que hasta ahora se han conocido y usado. Los artistas gandulean o, a lo sumo, dibujan tarjetas postales y caricaturas de diario lo más venenosas, lo más odiosas posible, contra alguno de los beligerantes. Los músicos guardan silencio, afligidos. Comprenden que, en medio del horrísono tronar de los cañones y morteros, ninguna voz tiene la menor probabilidad de ser oída, aunque fuera la más extravagantemente cacofónica del mundo. Los escritores de edad militar están bajo las armas y manejan el fusil en lugar de la pluma. Sus hermanos mayores se ingenian para encontrar algún diario a fin de atizar el odio contra el enemigo, y decir en forma revésada, y repitiéndose incesantemente, lo que sus pobres lectores angustiados desean leer y esperan ver realizado. Aquellos a quienes el respeto a sí mismos y a su talento prohíbe una tarea tan subalterna, componen historias de trinchera que parecen perfectamente grotescas a los soldados de todas las líneas de batalla, o folletos de ocasión para los que rara vez encuentran editores, y nunca público. Se nos ofrecen estadísticas demostrativas de que en todos los países en guerra la librería sigue trabajando y produce aún de 6.000 a 28.000 novedades por año. Pero ¿qué va a quedar de todo este fárrago monótono, sin verdad, sin medida, sin interés? Al día siguiente de la terminación de la guerra, nadie querrá tocar eso, y sus autores mismos se avergonzarán al ver su nombre en las tapas de tan deplorables producciones. Su único consuelo será la certidumbre de que todo ello se habrá sumido en el olvido más profundo.

Más desconsolador que su aspecto intelectual es el aspecto material de Europa. De hecho, el correo y el telégrafo han dejado de funcionar. Un despacho de París a Madrid requiere 60 horas, uno de Lausana a la capital de España 96 horas, una carta de París a Madrid cinco días, de Londres entre seis y doce, de Suiza entre siete y diez. Entre la Europa occidental y los imperios centrales no existe ninguna comunicación postal desde hace cuatro meses. Y por supuesto, la censura abre toda carta y la destruye fríamente si por alguna razón, o aunque no la haya, desagrada al censor; a veces sólo porque es muy larga o está demasiado mal escrita para su impaciencia. Fuera de los personajes oficiales, nadie tiene ya derecho a viajar. Cada país es una vasta cárcel en la que los habitantes son simples internados, a los que no les está permitido cambiar de lugar, ni escribir, ni hablar, casi ni pensar a su antojo. Pasar la frontera se ha hecho cosa poco menos que imposible. Para eso hacen falta una multitud de papeles que las autoridades niegan casi invariablemente: tarjetas de identidad, fotografías selladas y legalizadas, pasaportes visados por una multitud de prefecturas, ministerios, embajadas y consulados. Y no basta, por cierto, estar provisto de todos esos santos sacramentos. En la frontera se le somete a uno a severo interrogatorio policial acerca del fin, del móvil, de la duración del viaje de los lugares y de las personas que se propone ver en el exterior, y sobre una multitud de otras cosas a cual más imprevista y extravagante. Se le registra a uno a fondo, y desgraciado del que aparezca con una moneda de oro o una carta de recomendación escrita en lengua extranjera. Sobrevienen la

confiscación, la prohibición de salir del país, a veces la prisión para el incauto.

Los que se resignan a permanecer acorralados sufren otras molestias, otras humillaciones, otros dolores. La vida es en todas partes difícil y excepcionalmente cara. En los imperios centrales todo ha sido racionado, desde el pan in-comible y desde la carne inaccesible hasta el calzado y la ropa. Entre los aliados hay víveres, pero hay que pagarlos al doble y al triple de su valor normal. Las tierras están incultas, las fábricas no funcionan, las tiendas han debido cerrarse por falta de brazos, de gerentes, de artículos. Los diarios aparecen mutilados por una censura puntillosa y chicanera. Escasa y penosamente se reciben noticias de las parientes movilizadas que se baten en los campos de batalla. En todas las familias hay incertidumbres crueles y lutos demasiado ciertos. Los proveedores de la guerra se enriquecen escandalosamente; todos los demás ciudadanos marchan a la ruina por la paralización de la vida económica, por la depreciación de los billetes de banco, que pierden desde el 20 hasta el 50 por ciento de su valor nominal, y por el derrumbamiento de las fortunas en títulos.

He ahí cómo se vive en Europa, fuera de los pocos países neutrales, que sufren menos, aunque no dejan de sentirse muy incómodos. Y esto dura desde hace dos años, y nadie vislumbra el fin todavía.

Tocamos así un punto sobre el cual todo el mundo se equivocó grandemente al principio de la guerra. La generalidad de los hombres estaban convencidos entonces de que la guerra sería corta. Cuando lord Kitchener se atrevía a predecir que duraría tres años, la gente se encogía de hombros.

Se probaba con cálculos complicados y sapientes que Europa no podría soportar la carga más de seis meses, de un año cuando mucho. La guerra requeriría 200.000.000 de francos por día, esto es, 73.000.000.000 por año, y todos los recursos líquidos o disponibles de los países beligerantes serían insuficientes para costearla. Pues bien: los gastos han sido, no de 73.000.000.000 por año, sino de 400.000.000.000 en dos años, y Europa ha sabido encontrar esta suma fabulosa, y los gastos siguen corriendo y aumentando con una rapidez vertiginosa. Es cierto que en todas partes, menos en los países neutrales, los pagos se hacen en papel que las máquinas de imprimir multiplican milagrosamente. ¿Qué valdrán esas montañas de papel cuando la paz vuelva? Nadie se atreve a emitir suposiciones al respecto. Los pesimistas aseguran que todo ese material sólo servirá para hacer una fogata. Otros recuerdan los asignados de la gran Revolución, que representaban cuarenta y cinco mil millones, sin contar los falsificados, y que un buen día fueron declarados nulos y sin valor después de haber sido aceptados, al fin de su carrera, al tipo de 2500 libras por franco, en moneda metálica. Entretanto, toda la producción de Europa se está dando en cambio de papel marcado con cifras imponentes, y con este papel por único haber es cómo todos los trabajadores, todos los creadores de valores, excepto los propietarios de bienes raíces, se encontrarán al fin de la guerra. Y este manejo engañoso continúa, y las finanzas prosiguen su fatal carrera al abismo.

Al lado de los economistas, se oía la voz de los psicólogos y de los biólogos afirmando que el sistema nervioso de un hijo del siglo XX, refinado, diferenciado, hiperestésico, de equilibrio inestable, sería absolutamente incapaz de resistir

por largo tiempo a la tensión terrible de una guerra de exterminio general; al cabo de un año, cuando más, todo el mundo, los soldados en primer lugar, pero también las poblaciones situadas detrás de ellos, los no combatientes, mujeres, adolescentes, hasta las criaturas en edad de comprender, estarían rendidos, concluídos, derrumbados, o se habrían vuelto positivamente locos, o abúlicos plañideros, víctimas de todas las neurosis del insomnio, de la histeria, de las pesadillas, de las obsesiones, de los impulsos mórbidos, de la confusión mental, de la emotividad, enfermiza, de los terrores súbitos, de la melancolía o de la irritabilidad patológica, del delirio, de la amnesia. No me avergüenza confesar que he estado entre los que hacían tales pronósticos. También en esto los hechos han desmentido nuestras previsiones. Los nervios de los pueblos civilizados han sido más sólidos de lo que habíamos presumido. Han soportado, no un año, sino dos años de emociones sobrehumanas incesantes, de expectativas torturadoras, de frecuentes duelos repentinos y atroces.

Sí; los nervios de los europeos han aguantado estos choques y estos dolores. ¡Pero cómo! Porque no hay que hacer-se ilusiones: la fachada que parece pasablemente intacta todavía, es engañadora. El que penetra no descubre detrás de ella más que grietas, desmoronamientos y ruinas. El alma de los pueblos y de los individuos se ha transformado profundamente. Es cierto que el soldado se bate, sabe morir heroicamente. Se declama mucho sobre el patriotismo, sobre el porvenir radiante comprado con la noble sangre de la flor de las naciones, sobre la libertad, el derecho, el ideal. Pero en realidad la sensibilidad se ha gastado en todas partes,

una indiferencia extraña ha tomado posesión de las mentes, un odio diabólico gruñe en los corazones, una crueldad feroz se esparce, la moral se rebaja y se deprava, el gusto por la violencia, el desprecio del derecho y de la justicia se sobreponen a la equidad, a la consideración al prójimo, a la caridad, a la solidaridad humana. Esta degradación espiritual es el efecto más positivo de dos años de guerra y el indicio más absolutamente seguro de desórdenes intelectuales y éticos más temibles, que se preparan infaliblemente.

He querido fijar el instante actual. No me atrevo a contemplar el porvenir. Cierro los ojos ante él. ¿Cuánto tiempo más durará esta guerra abominable? No me arriesgo a predecir nada. Pero, ya sea que dure un año más, como dicen los optimistas, o quince años, como lo prometen los locos furiosos de la conquista y del dominio universal, de todas maneras la generación que hace la guerra o es testigo consciente de ella está sacrificada irremediablemente. Que renuncie a toda esperanza. Hasta su muerte la asediará la visión de estos años infernales, estará poseída de rencores, de resentimientos despiadados, de una sed de venganza inextinguible. No conocerá nunca más la serenidad ni la alegría de vivir.

1916.

LOS NUEVOS ESTADOS INDEPENDIENTES

Los antiguos creían que los enjambres de abejas habían nacido de la carroña de un zorro muerto. Así lo afirmaba Virgilio, con la gran seriedad del poeta inspirado, en una de sus églogas. Lo que está pasando a nuestra vista recuerda un poco esa leyenda. La vieja Europa ha muerto, asesinada por la guerra mundial; su cadáver ha entrado ya en putrefacción, y he aquí que una bandada de jóvenes entidades políticas se desprende de esos restos descompuestos, remolineando y haciendo rumbo hacia nuevos destinos.

Un humorista nos ha presentado recientemente un escolar poltrón que vuelve a su casa con muy malas notas en geografía, y que responde así al padre que lo regaña: "Pero, papá ¿de qué me valdría estudiar la geografía ahora? Mañana habrá cambiado todo, y yo tendría que estudiar de nuevo". Ese es el lado divertido de la situación, que los tiene también graves.

Alemania, que ha sido mutilada, a la que se han amputado sus provincias polacas, un tercio del Schleswig, los distritos de Eupen y de Malmédy, defiende violentamente la unidad de lo que queda; pero la agitan los sordos esfuerzos de la Renania, de la Baviera, de otros estados del sur y del centro, que parecen querer separarse para hacer vida

independiente, sin hablar de la ciudad libre de Dantzing que, convertida en un cuerpo extraño en el organismo alemán, entra en competencia con los estados diminutos de Mónaco, San Marino y Andorra, de los que se ha hecho parte igual.

Del cuerpo de la antigua Austria-Hungría han salido la Checoeslovaquia y la ciudad libre de Fiume, pareja para dojal de la de Dantzing, mientras que la Galitzia ha ido a ensanchar la Polonia, y la Bucovia, la Transilvania y la región sudeste de Hungría se han agregado a Rumania, y el sur de Hungría, la Croacia, la Eslavonia, la mitad de la Dalmacia y la Carniola, con una parte de la Istria, han completado la Yugoslavia o Gran Serbia.

Acerca de la forma que tomará al fin lo que era Rusia no sabemos nada todavía. Por el momento vislumbramos vagamente las figuras borrosas de media docena de estados nuevos, precipitadamente reconocidos por la conferencia de la paz; aparte de Polonia, resucitada está la Finlandia, que tenía ya un asomo de autonomía bajo el régimen ruso y que ahora es del todo independiente; la Lituania, organismo político híbrido, tan impregnado de polonismo que tarde o temprano será absorbido fatalmente por la Polonia; la Letonia, que por un tiempo podrá conservar quizá una apariencia de estado autónomo, pero que carece visiblemente de elementos sólidos que puedan garantizarla una vida duradera; la Ucrania, país inmenso, de fronteras indecisas, de nacionalidad poco definida y de lengua tan semejante a la rusa que filólogos autorizados le niegan individualidad y la declaran simple dialecto, un país horriblemente bárbaro, caótico y que ha iniciado su carrera de estado independiente con la matanza de 120.000 judíos, hombres, mujeres y

eriaturas, todos irreprochables e indefensos. Están, además, al otro lado del Cáucaso, la Georgia, que tal vez pueda mantenerse, y el Azerbaiján, donde los tártaros parecen querer hacer la tentativa de gobernarse a sí mismos, no obstante la diferencia que hay entre ellos y los turcos vecinos de la Anatolia.

En la Turquía disuelta empiezan a cristalizarse algunas figuras más o menos precisas. Los árabes se han constituido en dos estados al menos, el de Hedjaz, con las ciudades santas de la Meca y Medina y la península arábiga menos Aden y Mascat, y la Siria, que pretendía abarcar la Palestina, pretensión a la que la conferencia de la paz respondió desdeñosamente, sin ocuparse de ella, con la creación de la Palestina, autónoma, destinada a ser el hogar nacional del pueblo judío. Los armenios, nación mártir, digna de las más fervientes simpatías, han sido llamados a la vida independiente después de casi 13 siglos de servidumbre bajo el yugo extranjero, en Cilicia. Constantinopla parece destinada a un régimen por el estilo del de Tánger, lo que justificaría un pronóstico más bien desagradable.

Estamos, pues, en presencia de toda una serie de formaciones políticas nuevas o renovadas, que tratan de afirmar sus cimientos y de orientarse en el mundo. El gran principio que ha presidido su creación, si estamos a lo que pretende la conferencia de la paz, es el de la nacionalidad. Pero ¡con qué aturdimiento, con qué inconsecuencia, con qué desenvoltura cínica a veces, se ha aplicado ese principio! Se ha dejado daneses en el Schleswig alemán, y alemanes en la Posnania, declarada polaca. Se ha arrebatado a Alemania, Dantzing, que es indiscutiblemente alemana, y a Italia, Fiu-

me, que por su lengua, su corazón y sus aspiraciones es tan italiana como cualquier ciudad intangiblemente, tradicionalmente italiana. Se han erigido dos reinos árabes, pero se ha tenido el cuidado de dejar fuera de esos estados nacionales a todos los árabes que pueblan el Egipto, la Tripolitania, el estado tunecino, la Argelia y la parte más considerable de Marruecos. Se han fundado una Armenia en Cilicia, excluyendo de ella a los millones de armenios del Kurdistán y de la Rusia meridional. Se ha dado a Polonia la Galitzia oriental, cuyos habitantes son ucranianos puros, y se ha adjudicado a Rumania la Transilvania, cuya población *székely* es tan magiar como la de Debrecken, y cuyos sajones son tan alemanes como los de Dresden o Berlín. Los diplomáticos que con el sudor de su frente han dibujado y compuesto este complicado mosaico étnico, pretenden haber salvaguardado todos los intereses legítimos al insertar en el tratado de paz, que es la carta constitucional de los nuevos estados, una cláusula que impone a todas las creaciones de la conferencia de la paz el reconocimiento y el respeto de los derechos de las minorías nacionales. Pero estos estados flamantes, aunque sólo gozan de su independencia desde hace meses, semanas apenas, aunque las grandes potencias los tienen aún del cabestro podría decirse, están haciendo ver ya lo que van a ser en la práctica los derechos de las minorías étnicas. Se burlan de ellos, sencillamente. Y cuando las minorías se quejan, se las castiga con el látigo o con la cárcel, cuando no es con la confiscación y con la horca, o al menos con la expulsión sumaria. La verdad es que, so pretexto de libertad a ciertas nacionalidades, se ha avasallado a otras, y en homenaje a la gran causa del derecho, que ha salido victorio-

so de una guerra infernal, se ha despojado fríamente a millones de seres humanos de sus más elementales prerrogativas de hombre y de ciudadano.

Por ejemplo, la conferencia de la paz tiene el mérito de haber creado una institución que representa una gran novedad en derecho internacional: el mandato conferido por la Liga de las Naciones a uno de sus miembros para que se encargue de la administración interina de uno de los estados nuevamente establecidos. La nación que acepta el mandato no se hace dueño del país que se le confía; no adquiere soberanía sobre él, ni señoría siquiera. Su posición es la de un tutor con respecto a un menor de edad. Como se considera a éste incapaz de manejar sus asuntos, el tutor asume la responsabilidad de ellos. Vela para que se mantengan en ese país el orden y la paz. Defiende a su pupilo contra los ataques abiertos o las empresas sordamente perjudiciales de terceros ávidos y mal intencionados. Lo protege contra sus propias inclinaciones reprochables y contra sus extravíos. Hace el papel de preceptor y le enseña el arte de gobernarse y de administrarse, de crearse finanzas sanas, de desarrollar sus recursos económicos, de avanzar por el camino del progreso general. Y cuando el mandatario considera que el país protegido e instruído por él ha alcanzado el grado de madurez que le permite seguir su camino sin guía, sin apoyo, sin ayuda a cada instante, cuando cree que ha llegado la hora de que, procediendo con conciencia, pueda emancipar a su pupilo, porque éste es ya mayor de edad, devuelve su mandato a la Liga de las Naciones y deja a ésta el cuidado de admitir en su seno, en un pie de igualdad completa con todos

los demás países que la constituyen, al nuevo estado que en adelante será el único responsable de su destino.

Como idea, este concepto es simplemente admirable. Es el triunfo de la solidaridad humana. Es una prueba conmovedora de altruismo, de desinterés, de espíritu de sacrificio. Como idea, repito. Falta saber lo que esta idea será con la práctica. ¡Ay! mucho me temo que en ese terreno tenga que moderar mi entusiasmo. Los dos primeros mandatos han sido conferidos ya: el del reino de Siria a Francia, y el de la Palestina, declarada hogar nacional del pueblo judío, a la Gran Bretaña. Pues bien: Francia no parece estar muy contenta del papel que le ha tocado. Invoca una antigua tradición del protectorado ejercido sobre la Siria, que data tal vez de las cruzadas, y con seguridad de Francisco I, y que no concuerda mucho con la existencia de un reino de Siria, al que últimamente han declarado independiente, bajo el rey Feisal, unos cuantos desconocidos de Damasco, que se titulaban representantes del pueblo sirio. Francia ha puesto dificultades para aceptar la misión que se le ha confiado. Le repugna visiblemente enviar al país colocado bajo su guarda las fuerzas militares y navales que deben velar en él por el orden y el desarrollo tranquilo de todas las instituciones políticas y sociales, y no habría que sorprenderse si un buen día se ve que Francia retira hasta el último de los soldados que tiene aún en Siria, y se la oye decir a la Liga de las Naciones: "Gracias por vuestra confianza, que nos halaga; pero cedemos de buen grado a otros el honor de ser el ángel guardián de la Siria".

La Gran Bretaña ha aceptado sin inconveniente el mandato para la Palestina. ¿Ha sido por pura generosidad? Po-

dría dudarse de ello al recordar que la Palestina está justamente al lado del canal de Suez y que Inglaterra tiene el mayor interés en ver instalado allá al pueblo judío, del que nunca tendrá nada que temer, segura como está de la gratitud eterna que siente ese pueblo por la nación que le ha devuelto, después de dos mil años de trágica separación, el país de sus antepasados. Si nos figuramos a la Palestina, no como estado judío, sino incorporada a un gran reino que abarca todos los territorios habitados por poblaciones árabes y tendiendo la mano por encima de la península de Sinaí, a los mahometanos de Egipto y del Africa del norte, comprenderemos el peligro inminente que amenazaría al canal de Suez y a la posición general de Inglaterra en Asia, peligro que esta nación conjura eficazmente al crear un estado intermedio en la Palestina, cuyos primeros pasos dirigirá ella misma.

Se está buscando ahora por todas parte un mandatario para la Armenia. Los Estados Unidos, invitados al efecto, se excusan. Los neutrales se hacen los sordos. Lo que se explica puesto que para el caso sería menester un desinterés real, por cuanto ninguna potencia europea o americana tiene que salvaguardar o ganar algo en Armenia.

Por más que se haya encontrado un expediente nuevo e ingenioso, no se ha podido cambiar de la noche a la mañana la naturaleza humana. La Liga de las Naciones, los mandatos, son bellos conceptos; pero quien debe realizarlos es la tradicional, la rutinaria diplomacia. Esto es poner vino nuevo en odres viejos, procedimiento que el evangelio descalfica enérgicamente. Para que las nuevas instituciones produzcan su efecto benéfico será necesaria aún una larga evo-

lución moral de los individuos y de los pueblos. Entretanto, los nuevos estados que surgen a la existencia en Europa y en Asia obrarán cueradamente si no esperan mucho de sus padrinos, mandatarios o no, y si se arreglan para bastarse a sí mismos y para poder mantenerse sin protectores, y en caso necesario contra ellos...

1920.

I N D I C E

	Pág.
Prólogo de Lázaro Liacho	5
J U D A I S M O	
Discurso pronunciado en el primer Congreso Sionista	17
El Sionismo	37
Teodoro Herzl	47
Patriotismo y Sionismo	53
Las crisis modernas en la historia Judía	63
A N T I S E M I T I S M O	
Ilotas y espartanos	75
Hail, Columbia!	80
El poder de la prensa	89
Las causas psicológicas del antisemitismo	99
El espíritu judío	107
Pequeña crónica de la civilización europea	115
R A Z I S M O	
La nueva locura de las razas	125
La cuestión de las razas	135
La igualdad de las razas	145
E L C A S O D R E Y F U S	
Leyendas	153
Dreyfus y Judet	161
H U M A N I S M O	
La jerarquía	169
La situación de los pueblos	177
Los nuevos estados independientes	187

BIBLIOTECA DE TEMAS JUDIOS

- Guinzburg, Iser: *El Talmud* \$ 2.50
- Coralnik, Abraham: *Gentiles y Judíos...* „ 2.—
- Bellezas del Talmud*
(Prólogo, selección y traducción de R. Cansinos-Assens) .. „ 2.—
- Zangwill, Israel: *El rey de los "schnorrers"* „ 2.—
- Anecdotario Judío*
(Folklore, humorismo y chistes) (Prólogo y selección de Lázaro Liacho) ... „ 2.—
- Nordau, Max: *Judaísmo y Humanismo.*
(Prólogo de Lázaro Liacho) „ 2.50

OTRAS PUBLICACIONES

- Gallo, Vicente C.: *Evocaciones Históricas* \$ 3.—
- Frank, Waldo: *City Block* „ 2.—
- Gerchunoff, Alberto: *Los Gauchos Judíos* „ 2.—
- Ramírez, Emilio: *Polvo de todos los Caminos* „ 2.—
- Antuña, José G.: *Perspectiva de América* „ 3.—
- Besouchet, Ledia y Freitas, Newton: *Diez escritores del Brasil* „ 2.—

Este libro se acabó de imprimir el 31 de Agosto de 1943, en los Talleres Gráficos "Sócrates" de B. Ciambotti, Rivadavia 755 Buenos Aires.